

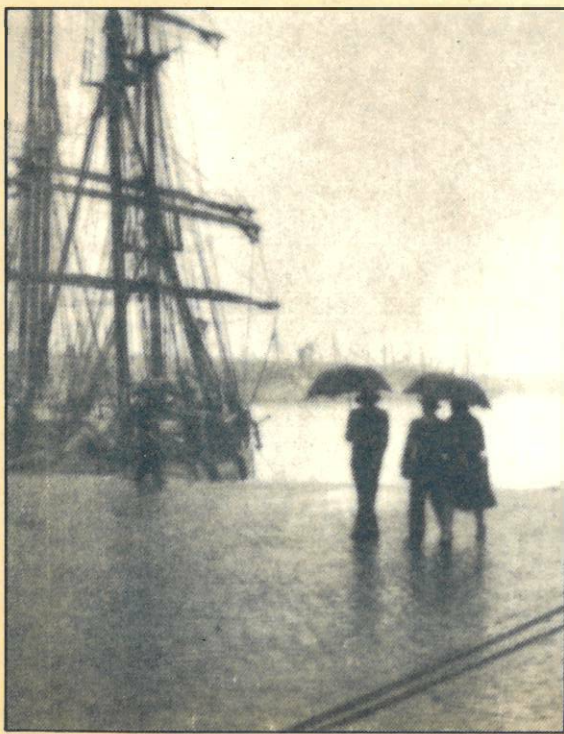
MEMORIA Exilios y
ROTA Heterodoxias

Martín de UGALDE

Cuentos

I. De la nueva tierra y
los inmigrantes

Introducción de Iñaki Beti Sáez



Amerika eta Euskaldunak

ANTHROPOS
EDITORIAL DEL HOMBRE

CUENTOS

I. DE LA NUEVA TIERRA Y LOS INMIGRANTES

Martín de Ugalde

Introducción de Iñaki Beti Sáez

Anthropos
Editorial del hombre

28

MEMORIA ROTA
Exilios y Heterodoxias

Colección dirigida por Carlos Gurméndez

Cuentos / Martín de Ugalde; introducción de Iñaki Beti Sáez. – Barcelona: Anthropos, 1992. – 20 cm. – (Memoria Rota. Exilios y Heterodoxias; 28). – ISBN 84-7658-343-5

Vol. I: De la nueva tierra y los inmigrantes. – LXI + 160 p. – Edición subvencionada por el programa "América eta Euskaldunak". – (La cultura del exilio vasco; 15). – Bibliografía p. LV-LIX. – ISBN 84-7658-344-3

1. Cuentos españoles – S. XX I. Amerika eta Euskaldunak (Vitoria-Gasteiz) II. Beti Sáez, Iñaki, int. III. Título IV. Colección
860-34"19"

Primera edición: abril 1992

© Martín de Ugalde, 1992

© de la Introducción: Iñaki Beti Sáez, 1992

Editorial Anthropos, 1992

Edita: Editorial Anthropos. Promat, S. Coop. Ltda.

Vía Augusta, 64. 08006 Barcelona

ISBN: 84-7658-343-5 (Obra completa)

ISBN: 84-7658-344-3 (Volumen I)

Depósito legal: B. 8.442-1992

Fotocomposición: Seted, S.C.L. Sant Cugat del Vallès

Impresión: Indugraf, S.C.C.L. Badajoz, 147. Barcelona

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico electrónico, magnético, electro óptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Introducción

Esbozo biográfico

La biografía de un escritor, sus vivencias personales, a pesar de no ser un factor fundamental para ciertas corrientes de la crítica literaria actual, no cabe duda de que en determinadas ocasiones puede ayudar a desentrañar los textos con una mayor precisión. Disociar por principio el binomio autor-obra bajo el pretexto de lograr así una mayor objetividad analítica no siempre es recomendable. Otra cosa es que sea absolutamente necesario remitirnos a la personalidad del escritor para poder leer con garantías sus obras. La experiencia demuestra que la figura del autor es prescindible, pues, de no ser así, tendríamos que admitir la imposibilidad de estudiar de manera más profunda y saturadora los textos anónimos. Y esto, evidentemente, es mucho decir. Sin embargo, esta realidad no contradice otra realidad no menos obvia, que la visión del mundo que el escritor expresa y el estilo a través del cual lo lleva a cabo están en íntima relación con sus vicisitudes existenciales.

Es por ello que me ha parecido conveniente iniciar este breve estudio-prólogo presentando algunos rasgos de la biografía de Martín de Ugalde, con la seguridad de que al lector le resultarán de utilidad para entender la génesis de los relatos que se recogen en los dos volúmenes.

Martín de Ugalde nació en Andoain (Guipúzcoa) el 11 de noviembre de 1921. Los primeros años de su vida transcurren en un ambiente familiar tranquilo y entrañable. Sin embargo, con el estallido de la guerra civil en 1936, la situación cambia rápidamente de manera desfavorable. En junio de 1937, con la caída de Bilbao, se inicia en el seno de la familia una desgarradora separación que iba a durar varios años. Acompañado de su madre, el futuro periodista y escritor embarca en el puerto de Santander rumbo a Francia.

Este primer exilio se fija en un primer momento en Chateau Chinon (Nievre) por un año, y luego en Donibane Garazi (Saint-Jean-Pied-de-Port) y Ziburu (Ciboure). En esta última localidad continúa sus estudios de bachillerato bajo la dirección de un plantel de profesores que dejarían una profunda huella en el alma desorientada y preocupada del adolescente. José Miguel de Barandiarán, Adrián de Ugarte Goikuría, Pablo y John de Zabalo, Félix Dorronsoro, etc., son algunos de los maestros que estuvieron a su lado en esos dramáticos momentos.

En 1939, como consecuencia de la derrota definitiva de la República, vuelve a encontrarse con su padre que, como ex-concejal y hombre comprometido políticamente, no tuvo más remedio que huir a Barcelona y escapar luego a Francia. La madre, por su parte, vuelve a quedarse aislada del resto de la familia.

Es precisamente en esta época cuando la idea de viajar a América y comenzar una nueva vida se vislumbra como posible al mismo tiempo que necesaria. El 26 de agosto de 1939 el progenitor del escritor embarca en Burdeos con destino a Venezuela.

Cuando en 1940 se produce la invasión de Francia por las tropas alemanas, los ocupantes le ponen a Martín de Ugalde ante la alternativa de ir a colaborar con la industria alemana o regresar a Euskadi Sur. Y, evidentemente, decide regresar para reunirse con su madre. Su único hermano fue evacuado de Bilbao, a los trece años, con destino a Rusia, y no sabrían nada de él hasta finalizada la contienda mundial.

En definitiva, este primer exilio duró tres años. Al regreso, a sus dieciocho años, la vida no iba a resultar nada fácil: la obligación de presentarse una vez por semana en el cuartel de la Guardia Civil y las dificultades con las que se encuentra para conseguir trabajo hacen que la incertidumbre y la inseguridad de cara al futuro sean los sentimientos más habituales con los que tenga que aprender a convivir.

En 1942, es llamado al servicio militar y destinado al XIV Regimiento de Flechas Azules en Marruecos (Tetuán, Tzelata de Anyera, Alkazar Zeguer). Este segundo destierro dura casi otros tres años. Licenciado en 1945, no consigue, sin embargo, embarcar con su madre para Venezuela, pero dos años más tarde lo logran. En 1947 tiene lugar el definitivo reencuentro familiar después de 10 años de separación, ya que su hermano ha podido salir de Rusia por reclamación de su padre y la decisiva intervención del Embajador de Venezuela en Moscú. Es el inicio del tercer exilio, que durará veintitrés años.

Libre ya de todo tipo de persecución, Martín de Ugalde comienza su nueva vida trabajando como vendedor de ferretería y material eléctrico. Sus aptitudes, sin embargo, no parecen encaminarse por esta senda, y, poco a poco, va descubriendo su verdadera vocación: el periodismo y la literatura. Un venezolano de origen vasco, Francisco Villanueva, que fue nombrado director de la revista *Elite* (única publicación semanal en Caracas por aquel entonces), fue el primero en proporcionarle trabajo como periodista. Sus primeros reportajes estuvieron centrados en los deportes (béisbol, boxeo, etc.) y en las entrevistas. Pero paralelamente a esta labor, da rienda suelta a la pluma y comienza a escribir relatos cortos. Su afición a la literatura se remonta a la época que pasó en Francia, pero es en Caracas donde empieza a leer de forma sistemática y a escribir. Unamuno, Pío Baroja, Pérez Galdós, Blasco Ibáñez, Emilia Pardo Bazán y Azorín se encuentran entre sus lecturas favoritas, además de autores venezolanos y latinoamericanos en general.

Al mismo tiempo que se sumerge en la vida venezolana, trabaja sin descanso en el Centro Vasco de Caracas desarrollando múltiples actividades culturales: presidente-fundador de Eusko-Gaztedi, Juventud Vasca; presidente del Centro Vasco y de la Junta Extra-territorial del Partido Nacionalista Vasco; director de las publicaciones *Eusko-Gaztedi* y *Euzkadi*.

En 1952 consigue un permiso del semanal *Elite* para trasladarse a Estados Unidos a estudiar inglés. Tras realizar un curso en la escuela de idiomas de la Universidad de Michigan, bajo la dirección del Dr. Fries, se traslada a Nueva York donde conoce a grupos de vascos exiliados que le ayudan a ubicarse en la ciudad de los rascacielos. Aquí acude a cursos de literatura en la Universidad y escribe reportajes y relatos con destino a *Elite* para ayudarse a costear la estancia.

Transcurridos seis meses regresa a Caracas, pero al cabo de dos años siente nuevamente la necesidad de ir a Nueva York. Una vez más asiste a cursos de literatura

en el New School de la Plaza Washington y tiene la oportunidad de entablar amistad con vascos exiliados como Mario de Salegui, Jesús de Galíndez (delegado del Gobierno Vasco en la ciudad) e Iñaki Urreiztieta entre otros.

En 1954 pasa de ser responsable de la revista *Elite* a dirigir *Nosotros*, una de las revistas de la Creole Petroleum Corporation (Standard Oil Company en Venezuela) que anteriormente estuvo bajo la dirección del gran cuentista venezolano Alfredo Armas Alfonso. Al año siguiente, con el cuento "Un real de sueño sobre un andamio", obtiene el primer premio en el X Concurso de Relato Breve organizado por el periódico *El Nacional*. Se trata de su primer triunfo literario.

Después de seis años trabajando en *Nosotros*, la Creole le beca en 1960 para seguir estudios universitarios de periodismo en la Northwestern University, de Estados Unidos de América: Bachelor of Science y Master of Science, con especialización en Opinión Pública y Comunicación de Masas, materias que más tarde enseñaría durante un breve periodo en la Universidad Andrés Bello de Caracas. De vuelta a casa, en la Creole –ahora como jefe de sus publicaciones– dirige la prestigiosa revista cultural para Venezuela: *El Farol* (The Lamp).

Durante este tiempo su actividad se intensifica. Colabora en el diario *El Nacional*, así como en las revistas *Elite* y *Momento*, en las publicaciones culturales CAL, de Guillermo Meneses, en la *Revista Nacional de Cultura* y en *Zona Franca*, de Juan Liscano, todas de Caracas. Igualmente colabora en múltiples revistas del exilio, sobre todo en *Euzko Deya*, *Euzko Lurra* (Tierra Vasca) de Buenos Aires, *Alderdi* de Bayona y *Zeruko Argia* de Donostia.

Entre 1957 y 1969, año este último en que regresa a Euskadi, publica varios libros: *Un real de sueño sobre un andamio* (1957); *La semilla vieja* (1958); *Cuando los peces mueren de sed* (1963), libro de reportajes publicado por la Universidad de Mérida, uno de los cuales recibió el Premio de *El Nacional*; *Las manos grandes de la niebla* (1964), Premio Sésamo de Madrid, 1961, con el cuento del mismo título; y *Unamuno y el vascuence* (1966). Además de estos libros escritos en lengua castellana no dejó de publicar otros en euskera, lo que demuestra su continua preocupación por el mundo cultural vasco. Destaquemos, por ejemplo, *Iltzalleak* (cuentos, 1961), *Ama gaxo dago* (teatro, 1964) editados en Caracas, y *Umeentzako kontuak* (cuentos para niños, 1966, editados en Ixtaropena de Unzurrunzaga de Zarautz)

Tras diversas tentativas fracasadas, consigue volver al País Vasco en 1969 y establecerse en Fuenterrabía con su mujer y sus tres hijos. Dirige la revista clandestina *Alderdi*, órgano del Partido Nacionalista Vasco, y es nombrado Consejero del Gobierno Vasco por EAJ/PNV con el Lehendakari Jesús María de Leizaola, sustituyendo al recién fallecido Joseba de Rezola (1971). Es expulsado del país por la policía en octubre de 1973 al Estado francés. Estamos ante el cuarto exilio, que durará tres años.

En Donibane Lohitzun (Saint-Jean-de-Luz) continúa dirigiendo la revista clandestina y escribiendo libros que se van publicando: *Itsasoa ur-bazter luzea da* (1973); *Hablando con los vascos* (1974), conjunto de entrevistas a José Miguel de Barandiarán, P. Arrupe, Isidoro de Fagoaga, Agustín Ibarrola, Ramón de la Sota y Koldo Mitxelena; *Síntesis de la histotia del País Vasco* (1974); *Tres relatos vascos* (cuentos, 1974); *Las brujas de Sorjin* (novela, 1975).

Unos meses después de producirse la muerte del general Franco vuelve a su casa de Fuenterrabía y prosigue trabajando. Dirige *El libro blanco del euskera*, editado por la Real Academia de la Lengua Vasca. Publica en colaboración con Alberto Schommer (fotografías), *El grito de un pueblo*. Colabora en la realización del volumen VI de *El exilio español, 1939*, con el trabajo "El exilio en la literatura vasca: problemas y consecuencias", etc.¹

En definitiva, en Euzkadi Martín de Ugalde mantiene sus dos líneas de acción y trabajo que siempre le han caracterizado: la socio-política, siempre encaminada hacia la libertad y la justicia social, y la creativo-periodística, que poco a poco fue reconocida y galardonada en múltiples ocasiones. Políticamente milita en la actualidad en EA (Eusko Alkartasuna), aunque con espíritu crítico y hasta en ocasiones disidente, y literariamente su pluma sigue creando universos sugerentes y repletos de emotividad. Asimismo es uno de los creadores del primer diario en lengua vasca: *Egunkaria*. No cabe duda de que estamos ante uno de los escritores vascos contemporáneos con mayor poder creativo y coherencia ideológica, tanto en euskera como en castellano.

Para terminar este breve esbozo biográfico, recojo las siguientes palabras del profesor José Angel Ascunce: "Para Martín de Ugalde la escritura fue y es su medio de vida, pero también una manera de vivir su vida. Escribe por necesidad material y por imperativo espiritual. Sus artículos, cuentos, crónicas, reportajes, etc., al mismo tiempo que reflejan un sentimiento y un pensamiento concretan el deber de un compromiso. Tanto en el exilio como en su país, Martín de Ugalde representa la autenticidad de un hombre que por su vocación y por ética convirtió su propia existencia en la aventura de una escritura".²

Los temas

Cada escritor tiene una concreta visión del mundo que nos transmite en sus relatos. Los temas son las ideas centrales que sintetizan la intencionalidad y la cosmovisión del autor. Como podrá observar rápidamente el lector, en el centro de los relatos de Martín de Ugalde se encuentran el hombre y su entorno, y, mediante una profundización tenaz y constante en ambos aspectos, brota una visión del mundo ordenada y armónica que adquiere una proyección universal.

Los cuentos del escritor guipuzcoano son tremendamente humanos en el sentido de que siempre giran alrededor de la figura del hombre y de su capacidad para relacionarse con los demás y con el espacio que le rodea. Por otra parte, desde un punto de vista genético, son relatos que surgen de una experiencia vital vivida con intensidad, pues es evidente que Martín de Ugalde escribe íntimamente conmovido por una realidad que conoce y sufre y que trata de proyectar mediante el acto de la escritura.

¹ Más adelante damos una relación exacta de la obra de Martín de Ugalde hasta la actualidad.

² José Angel Ascunce Arieta, ((Martín de Ugalde: vocación y ética de una escritura, *El Diario Vasco* (5-3-1991)).

El impacto que produjo en la mente del escritor su llegada a Venezuela y el contacto con los emigrantes origina un primer ciclo cuentístico que posee como eje temático principal el emigrante y su problemática.

De los quince relatos que contiene este primer volumen, nueve de ellos, "El día de playa", "El cielo tiene un roto de azulillo", "Un real de sueño sobre un andamio", "La luz se apaga al amanecer", "La semilla vieja", "La llegada de Engracia", "El asalto", "El espía" y "La novia" giran en torno al emigrante.

El tema de la emigración, de aquellos hombres y mujeres que se ven en la necesidad de abandonar el país de origen para trasladarse y establecerse en otro capaz de ofrecerles un mínimo proyecto de vida, es plasmado de un modo conmovedoramente realista y desde la perspectiva de la gente pobre y humilde. No se trata de la emigración acompañada de divisas, sino de la que realizan los que no tienen más que sus manos para trabajar y deben comenzar por tanto desde la nada un camino repleto de dificultades. Razones económicas y políticas explican en la mayoría de los casos este exilio forzado y de supervivencia.

Como es de esperar, la gama de conflictos que surgen en este bloque de relatos, y que los configuran a su vez temáticamente, están en estrecha relación con la condición misma del ser del emigrante, con su situación anómala y desgarradora. Ninguno ha dejado su patria por propia voluntad, ha sido, por el contrario, la pobreza o la represión de las libertades las causas que han funcionado como resortes de la salida.

Así pues, el primer problema con el que se encuentran estos individuos expulsados es el típico de adaptación a un nuevo ambiente cultural y ámbito geofísico. Las diferencias idiomáticas, sobre todo para aquellos que proceden de Europa del Este, constituyen la primera barrera a franquear. De no conseguir una rápida asimilación lingüística, las posibilidades de labrarse un futuro decrecen considerablemente. En "La luz se apaga al amanecer" asistimos al drama de un matrimonio de húngaros en el que el marido es Catedrático, profesor de Historia y Sociología, y sin embargo no puede trabajar en lo que mejor conoce precisamente por sus dificultades con el idioma:

Tú sabes que yo, si me sacan de mis libros, no sirvo. En Alemania puedo defenderme, conozco la lengua, tengo amigos [...].³

De todas formas, la inmensa mayoría de personajes que llegan a Venezuela en busca de pan no son como el húngaro Janos, pues no poseen oficio cualificado que les permita una integración poco traumática. Por eso, los trabajos que se ven obligados a realizar son duros y penosos, además de escasamente remunerados: la prostitución (en "La luz se apaga al amanecer"), la albañilería (en "Un real de sueño sobre un andamio" y "El espía"), la tala de árboles (en "La semilla vieja"), etc. Los pocos que consiguen hacerse con una casita, aunque esté destartada y a medio hacer, ya se sienten satisfechos, como la familia de asturianos en "El día de playa".

Todos viven con la ilusión de poder ahorrar para luego volver a su tierra natal, pero son muy pocos los que lo consiguen. Y esto, evidentemente, hace que sus existencias estén marcadas por la nostalgia y un intenso sentimiento de soledad. El anciano Nastase,

³ En "La luz se apaga al amanecer", vol. I, p. 93. (Las referencias remiten a la presente edición).

protagonista de "La semilla vieja",⁴ es sorprendido por la muerte mientras sueña, como cada noche, con Italia y la familia que allí dejó. La sensación de soledad se agudiza precisamente en aquellos emigrantes que han abandonado a sus seres queridos. Un claro ejemplo de esto que comentamos lo constituye "La llegada de Engracia". Juan, el protagonista del cuento, abandona su pueblo y embarca para Venezuela a los tres días de haber contraído matrimonio. Durante tres años sólo piensa en el día en que su mujer pueda reunirse con él en el nuevo mundo. Tras pasar por varios trabajos y por todo tipo de privaciones, consigue ahorrar unos bolívares que piensa le van a permitir proporcionar a su esposa una vida digna. Sin embargo, cuando ésta llega, desaparece a los pocos días con otro hombre dejándole a Juan solo. El contraste entre la ilusión por el encuentro y el fracaso final dota al relato de una fuerza dramática que deja huella en la mente del lector.

Igualmente, Giuseppe, en "Un real de sueño sobre un andamio", sufre pensando en su mujer e hijo, de los que se ha tenido que separar. Recuerda que desembarcó con la esperanza de hacer un poco de dinero y regresar pronto a casa, pero ya lleva dos años fuera y las posibilidades de reunirse con la familia decrecen. Un compañero de trabajo, en un andamio a cincuenta metros del suelo, le dice:

Tú sabes –continuó– que nunca vas a poder reunir bastante para traerlos; tú sabes que no podrás mandarles bastante tampoco tal como están las cosas [...].⁵

Nuevamente la cruda realidad se impone y las ilusiones se desvanecen. Martín de Ugalde nos muestra descarnadamente el abismo que se abre entre la realidad y el deseo, entre las ilusiones primeras y la desesperanza que poco a poco, pero de forma implacable, se instala en los cuerpos y las mentes de muchos inmigrantes.

Ciertos rasgos de xenofobia se plasman en "El asalto" y en "El espía". En el primero, un matrimonio de portugueses que a duras penas logra mantenerse gracias a una tienda de ultramarinos ve cómo su pequeño negocio es destruido como consecuencia de una revuelta callejera protagonizada por individuos que piden libertad. En el segundo, Tomaso, un inmigrante italiano que trabaja como albañil, es maltratado por la policía y acusado de espía. Ambos relatos reflejan las injusticias y los abusos que se cometen con gentes que lo único que hacen es trabajar.

En definitiva, en todo este primer bloque de cuentos el clima que predomina es el de la pobreza, la soledad, el sacrificio, la frustración y el desamparo. Poco espacio queda pues para la solidaridad. Quizá sea "El cielo tiene un roto de azulillo" el único relato en el que se evidencia que la amistad y la ayuda mutua todavía son posibles, a pesar de que las condiciones de vida sean difíciles.

Aunque los restantes cuentos del primer volumen no están dedicados propiamente a la figura del emigrante, el tono de desolación que los caracteriza es el mismo que en los anteriores y la temática también sigue por los mismos cauces. Sin embargo, en tres de ellos, el elemento onírico y fantástico adquiere un singular relieve.

⁴ "La luz se apaga al amanecer" y "La semilla vieja" recibieron el segundo premio del concurso de cuentos del diario *El Nacional*, 1957.

⁵ "Un real de sueño sobre un andamio", vol. I, p. 81.

"Punto y aparte" es un relato marcadamente moralizante en el que se nos relata la aventura de un caballero y un viejo juglar que ante Dios realizan un repaso de sus respectivas vidas, de sus pecados y de sus virtudes. El juglar se salva y el caballero se condena. El pobre desheredado agrada al Creador, pese a sus muchas faltas, y el rico, aunque ha llevado a cabo algunas obras misericordiosas, no consigue en el Juicio Final el veredicto de inocente. La muerte para el primero es "punto y aparte" porque su vida tendrá una continuación en el más allá, para el caballero, que fue alcalde y ricohombre, la muerte representa "el punto final". Esta historia, que es, como se nos dice al principio de la narración, un sueño, y "los sueños cuando son puros, tienen algo de mensaje de eternidad",⁶ viene a comunicar un mensaje de esperanza en una justicia que termina por imponerse.

En "El Cacho" asistimos al sueño de un anciano pescador que ya no puede salir al mar porque el "motorcito" de su embarcación está estropeado y no tiene dinero para arreglarlo. Desde la orilla observa los botes de sus compañeros y se lamenta de su forzada permanencia en tierra. Pero en el plano onírico todo es posible, y, mientras se queda dormido pegado a su querida *Elisa*, en sus sueños recrea una nueva salida al mar en el momento en que la tormenta levanta olas de varios metros. Los gritos de su mujer lo devuelven a la realidad cotidiana, una realidad de trabajo, sacrificio y pobreza.

"El agua corre río abajo" es un relato que, por los elementos fantásticos que posee, se sale de la línea temática habitual marcada por el autor. Una mujer y un hombre se encuentran en la orilla de un río. Cuando los dos se abrazan, el hombre descubre con horror que el ser bello que ha visto de lejos se ha convertido entre sus brazos en una anciana descerebrada.

"Fracaso" y "El hombre se calló y dijo..." son dos relatos que, aunque no se centran en la figura del inmigrante, tratan el tema de la marginación y de la injusticia. A mi juicio, es el primero uno de los cuentos más emotivos y conmovedores de Martín de Ugalde. Un anciano, en primera persona, relata los fracasos que han jalonado su aburrida y desolada existencia. De niño soñó en ser obispo, médico, en definitiva algo importante, sin embargo, cincuenta años metido en una oficina de empleado haciendo un trabajo mecánico es todo lo que ha conseguido. Ni siquiera logró casarse con la muchacha que amaba, pues al ser pobre y no tener "medios", le abandonó. Salvo un desliz que cometió siendo joven, toda su vida se ha comportado de forma honrada e intachable, pero de nada le sirvió. Está visto que el éxito está reñido con la humildad y la honradez. Hasta sus compañeros de trabajo lo tratan como si fuese una cosa o un objeto inservible.

Ser empleado es cosa triste. Es algo así como ser un mueble. Lo acomodan como quieren para uso de los demás. "Fulano, déjeme esto allá; hágame esto; venga para acá..." Y cuando uno envejece es como un mueble viejo: se queda uno en un rincón.⁷

También quiso ser viejo, cuando era niño, porque pensaba que luego sería bonito contar sus experiencias a los demás. Pero como no le ha ocurrido nada interesante, ya no le

⁶ "Punto y aparte", vol. I, p. 39.

⁷ "Fracaso", vol. I, p. 11.

parece la vejez tan atractiva como entonces. En definitiva, la soledad y la frustración del hombre marginado, y su resignada aceptación de su situación proporcionan el tono al relato.

La injusticia cometida por todo un pueblo hacia un caminante es el tema de "El hombre se calló y dijo...". El viajero es tomado por un ladrón de gallinas y le golpean con suma brutalidad hasta dejarle medio muerto. Luego aparece el verdadero malhechor, pero para entonces ya se ha hecho "justicia" sin darle al pobre hombre la oportunidad de explicarse y defenderse. Primero se golpea y después se pregunta. Este es el método seguido por muchos miembros de la autoridad, y en este caso por todos los vecinos de un pueblo, que se evidencia al mismo tiempo que se critica en la narración.

Y por último, en "El hijo" nuevamente se nos relata la historia de una frustración, en este caso protagonizada por un matrimonio incapacitado para procrear.

Ya en el segundo volumen podemos decir que el hombre venezolano y su circunstancia es el tema fundamental de los nueve relatos que en 1964 fueron publicados bajo el título genérico de *Las manos grandes de la niebla*. El escritor nos dice al respecto:

En *Las manos grandes de la niebla*, Venezuela impone el tono, el ritmo, la realidad. Consta de una serie de cuentos que narran y explican la tierra, pero no en su dimensión geográfica, sino en su diversidad de tipos humanos. Está el cuento del petróleo, de la sal, de la madera, de la perla, del cemento, del barro, etc., interpretado a través de los hombres que pueblan las regiones... Es mi testimonio de Venezuela íntima y admirable que me ha hecho escritor y me ha dado un destino.⁸

Efectivamente, Martín de Ugalde, que con anterioridad se había acercado a Venezuela a través de los ojos de los inmigrantes y exiliados, nos presenta ahora una visión de su tierra de adopción a partir de los diversos tipos humanos indígenas que la habitan, a partir del propio pueblo venezolano que trabaja y sufre. La visión del mundo que se desprende de estos relatos no es muy diferente de la que nos hemos encontrado en los anteriores. Criollos e inmigrantes presentan una problemática común: la lucha por la existencia.

El escritor, con ese afán por acercarse a Venezuela para comprenderla mejor, parte de toda una serie de elementos naturales, unos puros y otros impuros, que le dan pie para indagar en el ser y el existir de los individuos que se relacionan con ellos. Los títulos de los relatos, en este sentido, son altamente significativos: "De la niebla – Las manos grandes de la niebla", "De la arena – El latido", "De la sal – A la voluntad de Dios", "Del barro – El turno", "Del asfalto – Los hierros de Guanoco", "De la madera – La carga de cedro muerto", "De la perla – El cabo de la vida", "Del aceite – La alcantarilla" y "Del cemento – La trampa de cemento". Cada cuento, pues, responde a cierto elemento que caracteriza, en un primer plano, una dimensión geográfica de Venezuela, y luego, en otro nivel más profundo, la psicología y sociología de sus habitantes. De esta manera la naturaleza nos proyecta hacia el hombre, hacia sus preocupaciones, esperanzas y soledades. Como en los cuentos de inmigrantes, pero esta vez desde la perspectiva del criollo, la pobreza, la angustia por un futuro incierto, el aislamiento, la frustración, etc., se constituyen en los motivos temáticos recurrentes.

⁸ Entrevista a Martín de Ugalde, *La República* (Caracas) (9-2-1964).

Sin embargo, en este segundo bloque de narraciones un tema sobre todos cobra un especial relieve: el tema de la muerte. En "Las manos grandes de la niebla" asistimos al drama de una familia de campesinos pobres en la que una niña ha sido escaldada por una olla de hervido que derramó la madre involuntariamente. Los esfuerzos de Jacobo, el padre de la pequeña, por hacerse con los medicamentos que logren salvarla son una muestra de los múltiples escollos que deben superar estos desheredados para sobrevivir. La muerte inminente planea como una sombra por el relato. Y, efectivamente, deja ver su rostro, pero no a los ojos de la niña...

En "De la arena - El latido", una vez más la posibilidad de la muerte está presente desde el inicio de la historia, aunque finalmente no se confirma. Se trata de un relato en el que la ironía (rasgo poco frecuente en el autor) contribuye a rebajar la tensión que genera el conflicto planteado.

"Del asfalto - Los hierros de Guanoco" y "Del aceite - La alcantarilla" están en relación con la explotación petrolera. En el primero se nos describe la vida en Guanoco, que, de ser una localidad próspera gracias al dinero originado por el petróleo, termina convirtiéndose, una vez agotados los pozos, en un espacio dominado por la vorágine:

A Guanoco se le ha ido metiendo la selva (con ese sigilo implacable y brutal de las raíces) por entre las calles, por entre las construcciones y las máquinas, por dentro de las casas, estrangulándole la vida hasta dejarle el cuerpo en lo que es ese charco negro de asfalto, ese estiércol del diablo donde no crece una hierba.⁹

El ambiente es de auténtica pesadilla y desolación. El deterioro rebasa el espacio y penetra en el cuerpo y la mente de las gentes que lo habitan, La pesca es uno de los escasos recursos que quedan para conseguir el pan, y Luis Elviro García, padre de nueve hijos y propietario de una bodega poco rentable y de dos curiaras, pierde la vida en un naufragio que no se sabe muy bien si ha sido fortuito o provocado.

En "Del aceite - La alcantarilla" se nos relata una pugna llena de tensión entre dos hermanos: Abilio Reyes, obrero especialista de una Compañía Petrolera, y José del Carmen, sin empleo y con un hijo comunista que no hace más que crearle problemas. El primero está satisfecho con su vida y se siente perfectamente integrado en la empresa, por el contrario, José del Carmen vive amargado y con el deseo de vender su ranchito a la Compañía con el fin de irse a otro lugar. Para realizar esta operación pide a Abilio que actúe como intermediario, pero éste, por miedo a tener problemas en su empleo, se niega. La tensión entre ambos crece por momentos. Sin embargo, al final del relato, a causa de un acontecimiento vivido por ambos con intensidad, surge un sentimiento afirmativo de solidaridad y ternura fraternal.

Este sentimiento de solidaridad también está presente en "De la madera - La carga de cedro muerto". Dos camioneros incuban un odio que parece va a desembocar en tragedia, pero, pese al rencor, uno de ellos se decide a ayudar al otro accidentado en la carretera.

La paciencia, la capacidad de sufrimiento y la resignación quedan perfectamente ejemplificadas en la personalidad del matrimonio de ancianos que protagonizan "De la

⁹ Del asfalto - Los hierros de Guanoco", vol. II, p. 61.

sal – A la voluntad de Dios". Su medio de subsistencia se basa en la recogida de sal en la playa. El trabajo les resulta agotador, y más teniendo en cuenta el escaso rendimiento que de él obtienen, sin embargo no desfallecen e incluso mantienen viva la llama de la esperanza. La labor que realizan es humilde, pero la actitud que adoptan los engrandece y los eleva a la categoría de héroes épicos. Es, sin duda, uno de los relatos con más fuerza poética de la colección.

La miseria y la podredumbre alcanzan cotas insospechadas en "Del barro – El turno", donde una mujer lleva a la consulta médica a su hija recién nacida, enferma y desnutrida. A la pregunta de la enfermera sobre el nombre de la pequeña, la madre responde con las siguientes sobrecogedoras palabras:

Pero pa'qué le quieren poner nombre, si no va a durá [...].¹⁰

Uno de los relatos más dolientes del libro, "Del cemento – La trampa de cemento", nos relata, en una concatenación de momentos de angustia, pero de una angustia sin estridencias, una muerte en soledad. El mismo ambiente es ya, de por sí, un desamparo. Un desamparo de los agotados, de los que ni siquiera suplican.

Por último, en "De la perla – El cabo de la vida" un narrador personaje nos relata la muerte de un buzo buscador de perlas, de la que se siente responsable, aunque realmente fue un accidente. El remordimiento y el odio que siente hacia Toribio, individuo que vende perlas artificiales como si fueran puras, desencadenan la confesión del isleño, que ahora se dedica a pasear por el mar a los turistas que llegan a las islas caribeñas.

Todos los cuentos presentados hasta el momento poseen la misma finalidad: llamar la atención sobre la situación lamentable y agobiante en la que viven muchos de los hombres y mujeres que con su esfuerzo han contribuido, o mejor dicho contribuyeron, al auge económico de Venezuela. Todos los relatos contienen por lo tanto una dura crítica, que no se produce de forma directa sino como consecuencia de la selección del material narrativo.

"El mar es una orilla muy larga", "El presente" y "Los gitanos" poseen el denominador común de que sus respectivas anécdotas están relacionadas de una u otra forma con la tierra originaria del autor. En 1974 fueron publicados bajo el título *Tres relatos vascos*, y, en el prólogo que los antecedió en esa primera edición se da cumplida explicación del porqué se editaron con el mencionado título.¹¹

"El mar es una orilla muy larga"¹² tiene como narrador protagonista a un gudari que formó parte de la Brigada vasca que salió en ayuda de los asturianos que trataban de cercar Oviedo a principios de 1937. Se trata de un relato configurado por los ingredientes típicos a los que nos ha venido acostumbrando el autor: personajes que

¹⁰ "Del barro – El turno", vol. II, p. 54.

¹¹ En dicho prólogo, Martín de Ugalde, entrando en la polémica, ya un poco manida, sobre qué debe entenderse por literatura vasca, si la escrita exclusivamente en euskera o también la escrita en castellano por un vasco, etc., concluye diciendo que estos cuentos son vascos "porque, además de haberlos pensado y escrito un vasco, han sido compuestos durante la ausencia de su lengua en la lengua de la presencia del vasco en Venezuela". Cfr. vol. II, p. 184.

¹² Ha sido dos veces finalista del Premio Café Gijón.

viven en una situación límite, en este caso como consecuencia de la contienda militar, incertidumbre por el futuro, soledad y muerte, impotencia y desamparo... Varios momentos de tensión, bien distribuidos a lo largo de la narración, contribuyen muy adecuadamente a trasladar al lector los instantes de angustia vividos por el gudari.

La historia de "El presente" gira en torno a las dudas que tiene un anciano a la hora de hacerle a su mujer un regalo el día en que cumplen cincuenta años de casados. Lleva meses mirando el obsequio delante del escaparate de la tienda sin decidirse. Por fin, con la ayuda de una joven mujer que le aconseja, lo compra. El relato rezuma sensibilidad por todas sus páginas convirtiéndose en un canto a la fidelidad y al amor. Pero, como es habitual en Martín de Ugalde, ciertas notas nostálgicas y desesperanzadas impregnan la anécdota.

El suceso que se nos cuenta en "Los gitanos"¹³ es muy parecido al que se recoge en "El día de playa" (*Un real de sueño sobre un andamio*). Una familia se traslada a Fuenterrabía para pasar cerca del mar un agradable domingo. Mientras que los padres se quedan adormecidos, tumbados en la arena, la hija pequeña desaparece. Conforme van pasando las horas y la niña no da señales de vida, la angustia crece. Todos piensan que los gitanos la han raptado. Sin embargo, cuando comienza a oscurecer, la encuentran dormida plácidamente dentro de una papelera. Como nos dice el autor, el relato "no se refiere a nada que pase a los gitanos vascos, que los hay, sino de lo que ocurre a la familia de navarros sin mar un día de playa de Fuenterrabía, y que puede suceder a cualquiera que lea este cuento, si tiene hijos".¹⁴

En "El regreso", y a modo de monólogo, asistimos a las cavilaciones de un anciano que se desplaza en autobús proyectando su mente, un tanto cansada y quebrada, hacia una serie de episodios pasados. Unos asientos más adelante se encuentra con un señor al que cree reconocer como compañero de huida a Francia cuando la guerra civil. En estado de somnolencia recuerda momentos vividos con intensidad, pero su mente falla. Parece que esta anclado en el pasado y que solamente recuerda con nitidez acontecimientos que tuvieron lugar ya hace mucho tiempo. Cuarenta y dos años fuera de su pueblo, de desarraigo y exilio, han hecho que su pensamiento deambule sin saber siquiera quién es su hijo o quiénes son sus nietos. El lector intuye que la desorientación del viejo no es sólo fruto de la edad, sino de una vida repleta de dificultades y soledades.

La acción de "Ha nacido el niño Jesús" también se desarrolla en un autobús que, en esta ocasión, se desplaza por las calles de Caracas trasladando a un matrimonio de campesinos que acaban de tener un niño. El parto se presentaba difícil. Por eso, Santiago y Auxiliadora, con sus escasos ahorros, acuden a la maternidad de la capital. De regreso, con el bebé en brazos, van oyendo en la radio del "carrito" la noticia de que los astronautas acaban de volver de la Luna sanos y salvos. Esto desencadena en la mente de los personajes toda una serie de pensamientos y sensaciones que son precisamente los que constituyen la anécdota del relato. La sensibilidad y cariño con que los padres acogen al niño, los cuidados de que le rodean, las miradas de amor que se lanza la joven pareja, etc., hacen ver que, a pesar de todo, todavía es posible un nuevo nacimiento del "Niño Jesús". Los paralelismos que se establecen en el cuento con el nacimiento del Hijo

¹³ Recibió compartido el Premio Guría de Bilbao.

¹⁴ Vol. II, p. 184.

de Dios son evidentes: el viaje para dar a luz, los tres Reyes Magos / los tres astronautas, nacimiento el día de Nochebuena, etc. Todo ello indica que dentro de las clases más humildes de la sociedad hay lugar para la esperanza.

"Rosa Chacón"¹⁵ tiene como tema central, nuevamente, la fidelidad. Fidelidad encarnada en una sirvienta, la que da título al cuento, que cuando ve a la familia de "extranjeros" a la que sirve correr peligro como consecuencia de un golpe de Estado no duda un momento en socorrerles. Rosa Chacón es una mujer humilde, indígena (la acción transcurre en Venezuela), pero con un carácter y un sentido del deber y la amistad que se convierten en ejemplares.

"Las tres caras de Dios" es un relato, desde un punto de vista estilístico, barroco y exuberante, que presenta las inquietudes e incluso tentaciones que desencadenan en el alma del Padre Anselmo las imágenes de mujeres desnudas que un monaguillo ha dejado escondidas en unas hojas de papel tras el sagrario. La visión "infernical" y pecaminosa le lleva al siervo de Dios a realizar una retahíla de reflexiones sobre su pasado, incluidas sus aventuras amorosas, y su función como sacerdote y pastor. Descubre que los caminos de salvación, las "caras de Dios", son inescrutables y que el sexo no es el mayor pecado del hombre. En sueños mantiene una conversación con Dios y éste le dice:

[...] pecado sí hay [...] pero pecado es abandonar a un hijo, o a un padre, o a una madre con su hijo, pecado es traicionar al marido, y al revés; ¿nada más?; y también es pecado, ¡y gordo!, la calumnia, y comer dos veces cuando hay quien no ha comido una, y echarse a dormir cuando se sabe que hay alguien que se está quemando o que se está secando pegado a una silla o muriendo de miedo ¿de miedo también?; de miedo también, porque hay quienes viven a costa del miedo de los demás [...].¹⁶

En definitiva, los cuentos de Martín de Ugalde muy bien podrían definirse como sociales, pero utilizando este término en un sentido global y amplio no adscrito a ninguna consigna ideológica o de partido concreto. El escritor guipuzcoano se siente muy cerca de los seres humildes y sufrientes, y son sus historias, con sus preocupaciones, esperanzas y dramas, sobre todo estos últimos, las que se convierten en tema literario. Martín de Ugalde, de esta manera, alza la voz por aquellos a los que se les ha negado la palabra y hace de sus cuentos verdaderos testimonios del mundo marginal.

El personaje y su presentación

En los cuentos de Martín de Ugalde los personajes adquieren una importancia de primer orden, convirtiéndose en soporte del componente temático. Además, todos ellos surgen a partir de lo que el escritor guipuzcoano ha vivido y ha visto vivir en su entorno. De aquí el amor y la sensibilidad con que son plasmados en todos y cada uno de los relatos.

¹⁵ Cuento traducido del euskera por Eduardo Gil Bera, vol. II, p. 241.

¹⁶ "Las tres caras de Dios", vol. II, p. 179.

Estos eres pertenecientes al mundo de la ficción son, sin embargo, fiel reflejo de hombres y mujeres de carne y hueso que en demasiadas ocasiones quizás no han sido objeto de tratamiento literario. Apoyándose en ellos, mostrándolos, el escritor obliga al lector a experimentar olvido.

Para los personajes de Martín Ugalde la existencia siempre es problemática y difícil porque se mueven en un mundo hostil que los esclaviza, los explota y después los desprecia. Las empresas que acometen no son las del héroe épico, no tienen una proyección política o social, sino que más bien tienen que ver con la pura y simple subsistencia personal. Sus esfuerzos están encaminados a defenderse de un mundo exterior que no les reconoce ni el derecho a respirar. Y, a pesar de todo, nunca vemos en ellos actitudes agresivas o quejas estridentes. La lucha es desigual, por eso muchos sucumben resignándose a la muerte, pero no se rebelan porque ya no tienen mucho que perder y tampoco son muy conscientes del origen de sus angustias y pesares. No viven acontecimientos relevantes en el sentido de que ninguna de sus actuaciones tiene consecuencias fuera del ámbito en el que habitualmente se desenvuelven. Encarnan problemáticas muy particulares, pero que al mismo tiempo y desgraciadamente son vividas por muchos seres reales. Es precisamente este aspecto el que les confiere una proyección universal consiguiendo que el lector simpatice rápidamente con ellos.

Entre todas las figuras que pueblan las páginas de los cuentos de Martín de Ugalde pienso que una destaca sobre las demás de manera muy especial. Me estoy refiriendo al personaje anciano, por el que el escritor siente una simpatía particular. Personajes viejos son los protagonistas de "Fracaso", "El cacho", "De la sal – A la voluntad de Dios", "Del cemento – La trampa de cemento", "La semilla vieja", "El presente", etc. Todos ellos se caracterizan por su bondad, sensibilidad y capacidad de sufrimiento, además de por su sabiduría humana muy propia de los que están acostumbrados a sufrir y a esperar. Porque el personaje de estos relatos si algo sabe hacer es esperar:

En estas tierras de por acá –se dijo sintiendo la mano pequeña de Orestes recogida como un ala en la suya– la gente se gasta la vida esperando que llegue algo: el sol que falta, la llovizna que falta, el pasto que falta, el camión que falta [...].¹⁷

Y son los ancianos precisamente los que más han esperado algo que nunca ha llegado. Alguno recibe recompensa, como el caso del viejo juglar en "Punto y aparte", aunque es una recompensa que se produce en el otro mundo, pero la mayoría de ellos se ven abocados a la muerte en soledad, como Anastase en "La semilla vieja" o el anciano, cuyo nombre ni siquiera sabemos, de "Del cemento – La trampa de cemento".

La familia también se presenta en varios relatos como protagonista de las historias, familias con niños de corta edad que se constituyen en desencadenantes del conflicto narrativo. A veces estos niños se pierden y originan la angustia de sus padres, como en "El día de playa" o "Los gitanos", dos cuentos que presentan muchas similitudes. En otras ocasiones los niños son víctimas de la situación de miseria en la que están instalados sus padres: es el caso, por ejemplo, de "Del barro – El turno" o de la pequeña escaldada en "De la niebla – Las manos grandes de la niebla". Pensemos también en el ambiente en

¹⁷ "De la niebla – Las manos grandes de la niebla", vol. II, p. 19.

que viven los hijos del matrimonio húngaro, cuya madre se dedica a la prostitución para poder mantenerlos, en "La luz se apaga al amanecer", o en el niño recién nacido, que ha estado a punto de morir porque sus padres no llegaban al hospital, en "Ha nacido el niño Jesús".

Tanto la figura del anciano como la del niño son utilizadas por Martín de Ugalde porque, evidentemente, conmueven al lector con mayor facilidad y expresan mejor la desolación y el desamparo; temas éstos, como hemos visto, fundamentales. La injusticia que representa el abandono de un viejo o un niño suele herir la sensibilidad con más fuerza. Y es esto lo que trata de denunciar el escritor: el abandono y la marginación del ser humano. Así pues, resulta claro el efecto de realce que el personaje confiere a los temas.

De todas formas, estos personajes, si son lo que son y poseen el poder de seducir y conmover, al que nos hemos referido en varias ocasiones, es por las técnicas de presentación utilizadas por el autor.

En este sentido, y en relación al punto de vista, podemos diferenciar dos grandes tipos de personajes: aquellos que cuentan su vida, es decir, que narran desde su propia perspectiva en primera persona, y aquellos que están presentados por el narrador. Las dos formas son utilizadas por Martín de Ugalde.

Cuando el personaje es el propio narrador, no suele darnos descripciones de sí mismo, descripciones físicas, pero sí nos comunica su visión del mundo, sus categorías morales, etc., de una forma muy viva, y acabamos teniendo una imagen muy precisa de él. Sobre todo aquellos personajes que relatan y que al mismo tiempo son protagonistas. Este es el caso, por ejemplo de "Fracaso", "De la perla – El cabo de la vida" o "El mar es una orilla muy larga". De esta manera, los relatos ganan en intensidad emotiva. Además, en algunas ocasiones, estos personajes se dirigen a un "escuchador" concreto, con lo que se crea un ambiente confidencial que involucra sentimentalmente al lector:

Se lo estoy contando a usted porque usted mismo se ha puesto a escuchar; y ya por eso solo es amigo mío. Que si no, no le cuento estos desahogos a nadie que no sea yo mismo.¹⁸

Y verán, ¡robé mal! Porque robar bien, saliendo bien las cosas, es como no robar.¹⁹

En otros cuentos el narrador personaje es un mero testigo, no protagonista, como en "Rosa Chacón", donde la mujer que relata recuerda un episodio que tuvo lugar en su niñez.

Por el contrario, cuando el cuento está escrito en tercera persona, el acercamiento al personaje es más externo, y normalmente tenemos más datos sobre su aspecto físico y su apariencia, aunque no resulta tan fácil, entonces, acceder a sus pensamientos y emociones, perdiendo el relato, de esta manera, algo de su intensidad narrativa. De todas formas, mediante la utilización del estilo indirecto libre, Martín de Ugalde consigue en varias ocasiones reflejar de forma muy convincente y vivaz el pensamiento del personaje sin prescindir de la tercera persona del narrador. Es esta la técnica

¹⁸ "De la perla – El cabo de la vida", vol. II, p. 88.

¹⁹ "Fracaso", vol. I, p. 8.

empleada, por ejemplo, en "Ha nacido el niño Jesús", donde el acercamiento entre el narrador y los personajes es claro.

Y piensa Santiago que el joven tiene razón porque así parece, y él, si está con alguien, es con aquel joven que ha sido tan atento con ellos. Es cuando dice el chofer que será lo que sea [...] En eso, en medio de ese ruido de voces, Auxiliadora no se está sintiendo bien; le está sudando la frente y siente un malestar en la barriga que parece que va a tener que vomitar, y no quiere, porque cómo va a hacer eso ella en este sitio. ¡Dios mío, y la Virgen!²⁰

Por otro lado, el escritor no suele acumular muchos personajes en cada relato; apenas existen figuras secundarias y, si las hay, todas ellas están en función de proporcionar a la principal un mayor relieve. En los cuentos relatados por un narrador en tercera persona siempre cuida mucho de que el personaje quede bien perfilado desde el principio para que se fije con claridad en la mente del lector. Por eso, es habitual que los cuentos se inicien con una descripción física del personaje, incidiendo, sobre todo, en los rasgos del rostro y en la vestimenta. Veamos algunos ejemplos.

Ñelo, el protagonista de "El cacho", es descrito de la siguiente manera:

Es un hombre flaco, con brazos que mueve como aspas de molino al caminar. Y tiene dos ojos chiquitos y risueños escondidos entre párpados hinchados de albúmina, y una boca sin dientes, y un mentón salido y redondo como una proa ya gastada.²¹

Del anciano protagonista de "El presente", se nos dice:

Y estaba, digo, en una vitrina de joyería un hombre ya mayor, bastante mayor; no viejo del todo, pero ya más allá que de aquí; y, sin embargo todavía de muy buen color, rosadete, de buen ver, con los ojos enteros y con fuerza, con una boina grande y negra a la que le bajaban por los costados, más abajo de las orejas unas patillas blancas y espesas, con pelo como de cordero. Todo ese hombre iba acorbatado, metido en una gabardina, derecho, y con zapatos blancos.²²

La húngara, de "La luz se apaga al amanecer", es descrita así:

La mujer es fea. Ni siquiera tiene alguna de esas cosas que a los treinta años, que no debe tener más, todavía ciegan a los hombres.

Es un cuerpo de cocinera, retaco y abombado como una tina, y la cabeza la tiene pegada al mismo hombro. La cara es cuadrada, con las quijadas abiertas, como los perros de presa. Y se viste feo. A veces se pone una bata ancha y sin talle, como un sayo.²³

Anelso, protagonista de "El asalto", aparece descrito con las siguientes palabras:

Anelso, cachigordo y saludable, con el cabello y los ojos y la piel oscuros, de moro, y Fátima, chupada y verdosa, como si estuviese saliendo de un mal parto, estaban asomados a la puerta juntos.²⁴

²⁰ "Ha nacido el niño Jesús", vol. II, p. 156.

²¹ "El cacho", vol. I, p. 27.

²² "El presente", vol. II, p. 222.

²³ "La luz se apaga al amanecer", vol. I, pp. 88-89.

²⁴ "El asalto", vol. I, p. 120.

Los ejemplos podrían multiplicarse. Como vemos a través de los textos transcritos, se trata de descripciones emotivas en el sentido de que el narrador, mediante comparaciones, etc., nos muestra al personaje no de manera aséptica, al modo de una cámara fotográfica, sino interpretándolo subjetivamente.

Evidentemente, los rasgos de los personajes no se configuran únicamente a partir de la voz del narrador, también son las propias palabras de los entes de ficción las que contribuyen a ello, aunque, eso sí, Martín de Ugalde no emplea demasiado la técnica del diálogo, probablemente porque el escritor tiene conciencia de constituirse en la voz de los que no hablan, de los que viven con la boca amordazada.

Hay que señalar también, que en muchas ocasiones los personajes no evolucionan, apenas sufren transformaciones importantes. Normalmente al final del relato se encuentran en la misma situación que al principio. Y, cuando existe alguna evolución, ésta tiende al final negativo, en forma de desilusión ("La llegada de Engracia"), deterioro ("El asalto"), frustración ("La luz se apaga al amanecer"), derrota ("El mar es una orilla muy larga"), muerte ("La semilla vieja"). Obviamente esto no ocurre por lo general en los casos del héroe no problemático. Esta abundancia de personajes estáticos cabe explicarla teniendo en cuenta la actitud de resignación y espera que, como ya lo hemos apuntado anteriormente, les caracteriza.

La mayoría de los personajes de Martín de Ugalde son hijos de un medio y de unas circunstancias que les es muy difícil controlar y cambiar. Son personajes-víctima fruto de una situación social injusta y deshumanizada sobre la cual se pretende llamar la atención. De ahí que vivan la existencia como un drama insuperable, pues ellos no tienen los medios para variar el rumbo de los acontecimientos. Como afirma Pirandello: "Todo fantasma, toda criatura de arte, para existir, debe tener su drama; es decir, un drama del cual es personaje y para el cual es personaje. El drama es la razón de ser del personaje, es su función vital, necesaria para existir". Y esto es lo que son los personajes de Martín de Ugalde, puro drama en soledad.

Además, la mayoría de ellos pertenece a sectores sociales desprotegidos, convirtiéndose sus vidas en testimonio de denuncia y crítica. Pero, aun siendo personajes que poseen una gran carga testimonial, se hallan perfectamente individualizados y conservan sus rasgos particulares. Al cabo del tiempo el lector podrá olvidar las anécdotas narrativas, sin embargo, la figura del personaje permanecerá con fuerza en su mente.

En determinados relatos, el paisaje, el ambiente, también contribuye a configurar el personaje. Adquiere un especial relieve en *Las manos grandes de la niebla*, donde determinados elementos de la naturaleza se convierten en el sustento de aquellos que se relacionan con ellos, aunque a veces también en su perdición. Como señala Rafael Azuar, "contemplando un paisaje, puede uno imaginarse la vida de sus habitantes, sus limitaciones, sus penas y sus trabajos".²⁵ El barro, la lluvia, la niebla, la playa, la selva, etc., son espacios generadores de determinadas estructuras económicas que explican las formas de vida y el carácter de quienes los habitan. El viejo protagonista de "Del cemento – La trampa de cemento" termina por sucumbir cuando se traslada del espacio

²⁵ Véase *Teoría del personaje literario*, de Rafael Azuar, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1987.

cercano a la naturaleza en el que siempre ha vivido a un bloque de apartamentos en la ciudad. El cemento lo atrapa, le aprisiona, lo aísla y lo mata.

Esta desorientación que conlleva un cambio de espacio también la encontramos de alguna manera en los personajes que protagonizan los cuentos de inmigrantes. Buena parte del desamparo y soledad que sufren es debido precisamente al desarraigo que supone el alejamiento de sus lugares de origen, de sus raíces. Desposeídos de lazos afectivos, la añoranza se instala de manera permanente y se convierte en un sentimiento con el que tienen que aprender a convivir cotidianamente.

El pasado, el universo del recuerdo como ámbito al que se acude en un intento por superar un presente problemático y desagradable, adquiere especial relieve en algunos personajes ancianos. La soledad, más patética y sufrida si cabe a esa edad tan avanzada, trata de ser compensada con proyecciones retrospectivas. Sin embargo, pocos son los viejos que encuentran en su pasado motivos que les animen a seguir viviendo. Este es el caso, por ejemplo, del protagonista de "Fracaso". La pérdida de facultades, tanto físicas como mentales, le ha llevado también al anciano exiliado de "El regreso" a aferrarse en el pasado y vivir en él:

"tiene ratos, es un caso de falta de riego..." [...] "no se acuerda sino del pasado lejano...", "¡esté todavía en la guerra!".²⁶

Otro espacio que aparece con frecuencia en los relatos del escritor guipuzcoano es el onírico, en ocasiones, como veremos, con una función estructural. En estas coordenadas mentales se cumplen deseos que en la cruda realidad que viven los personajes no se pueden llevar a buen término. Así el anciano pescador que tiene su embarcación averiada y no puede salir al mar, en "El cacho", ve cumplidas sus aspiraciones mientras se queda dormido. En "Las tres caras de Dios", el Padre Anselmo logra mantener una conversación con el Creador también mediante el sueño. En definitiva, es una forma de huida que reporta gratificaciones que de otro modo no serían posibles.

Es evidente que Martín de Ugalde para captar y reflejar como lo hace la problemática de estos hombres y mujeres marginados tuvo que vivir desde dentro sus situaciones. Es claro también que la ternura y bondad con que los presenta sólo es posible desde la solidaridad de aquel que comprende y se identifica plenamente con sus angustias y pesares.

Composición y técnicas narrativas

Como muchas veces se ha dicho, un cuento debe estar estructurado en función de conseguir el máximo efecto. Efecto e intensidad es lo que se le pide a un relato breve,²⁷ y, por lo tanto, todos y cada uno de los componentes han de enfocarse y vertebrarse hacia la consecución de tal fin. Lo superfluo, los elementos tangenciales, las disquisiciones,

²⁶ "El regreso", vol. II, p. 16.

²⁷ Véase *Los cuentos de Ignacio Aldecoa* de Irene Andrés-Suárez, Madrid, Gredos, 1986, pp. 21-33.

etc., deben ser suprimidos, de lo contrario se corre el riesgo de que la historia narrada pierda en emoción y no deje huella en la sensibilidad del lector.

El cuento, ante todo, debe impactar. Pese a lo que se suele creer, se trata de un género que en realidad está en muchos aspectos más cerca de la poesía que de la novela. El cuento, como la poesía, o nos conmueve profundamente o nos deja fríos, su misión es la de evocar y sugerir. Mientras que en la novela, por ejemplo, la historia es algo sustancial, en el cuento, sin dejar de poseer importancia, se convierte en punto de partida que proyecta toda una serie de realidades no explicitadas que el lector debe recrear. Por eso, el autor, bien intuitivamente, bien racionalmente, tiene que controlar y dominar las técnicas precisas que hagan posible esa comunicación intensa a la que nos estamos refiriendo.

Martín de Ugalde, efectivamente, maneja los resortes de estructuración y composición del cuento a la perfección. Siempre codifica sus relatos teniendo en mente las descodificaciones posibles de que pueden ser objeto por parte del lector. Esto es lo que le permite, como veremos, conseguir múltiples efectos impactantes y sumamente eficaces.

Las anécdotas relatadas en la mayoría de los cuentos, ya lo hemos señalado, son simples y cotidianas en el sentido de que no se salen en absoluto de lo que a cualquier persona le puede suceder en un momento determinado. Son, sin embargo, la manera en que se nos presenta la historia y el soporte lingüístico de la misma los aspectos que confieren carácter artístico al texto. El soporte lingüístico lo trataremos más adelante, ahora nos centraremos en las cuestiones relativas a la composición narrativa.

El primer acierto de Martín de Ugalde a la hora de presentarnos sus universos narrativos consiste en la formulación de los títulos. Dentro de los estudios literarios no se ha hecho a mi juicio demasiado hincapié en los valores artísticos de la titulación. Y el título, como pórtico de la obra, forma parte también del texto literario. No cabe duda de que el título supone el primer contacto del lector con el texto y que su formulación viene a ser una especie de llave que nos abre la puerta del sendero ficcional. Su acierto o desacierto tiene por lo tanto cierta importancia.

Desde un punto de vista sintáctico se advierte una preferencia muy acusada por el empleo de elementos nominales en detrimento de los verbales. El esquema *artículo + sustantivo* es uno de los más utilizados: "El asalto", "El espía", "El presente", "Los gitanos", "El regreso". Todos ellos inciden en aspectos temáticos centrales.

Otro grupo de títulos, que como ya hemos apuntado en el apartado dedicado a los temas recoge de manera muy precisa a la vez que poética la realidad que se va a tratar, es el de los relatos que giran en torno al ambiente y al hombre venezolanos. Estos se caracterizan por su doble articulación. El primer miembro hace referencia a un elemento concreto con el que de una u otra forma se relacionan los personajes de los relatos: "De la niebla", "De la sal", "De la madera", "Del barro", etc. Los segundos miembros son algo más abiertos semánticamente, presentan la misma estructura sintáctica (dos tipos) y están constituidos por términos que aparecen en alguna ocasión de forma explícita en el transcurso de la narración: "Las manos grandes de la niebla", "A la voluntad de Dios", "La carga de cedro muerto", etc., por un lado, y por otro, "La alcantarilla", "El turno", "El latido". Obsérvese que no aparece ninguna forma verbal.

Otros títulos son más extensos, no proporcionan una información tan acotada y precisa como los señalados pero ganan en fuerza poética, dirigiéndose más a las emociones y sentimientos que al entendimiento: "Un real de sueño sobre un andamio", "El mar es una orilla muy larga", "El cielo tiene un roto de azulillo". "La semilla vieja". Al finalizar la lectura de estos relatos el lector termina por confirmar la validez y el acierto de los títulos.

Los nombres propios no son muy utilizados, únicamente aparecen en dos ocasiones: "La llegada de Engracia" y "Rosa Chacón". Así pues, se puede constatar una delicada atención a los títulos a sabiendas de que el lector recibe a través de ellos una primera información que le permite crear en su mente un horizonte de expectativas sobre lo que va a encontrar a continuación.

Martín de Ugalde, en lo que se refiere a la construcción narrativa, demuestra tener un especial cuidado en la elaboración de los inicios y de los finales. Es consciente en todo momento de que los comienzos, en un género tan particular como es el cuento, deben situar perfectamente al lector en las coordenadas en las que se desarrolla la historia. Economía de medios, exactitud y precisión son los rasgos que caracterizan dichas aperturas. Normalmente los cuentos se abren con párrafos descriptivos que, según la clasificación de Hamon,²⁸ poseen una función simbólica o explicativa, es decir, descripciones que nos remiten informaciones sobre el rostro y la vestimenta de los personajes, el mobiliario de una casa, etc. Se trata de crear el ambiente y la situación que va a encuadrar la anécdota narrativa. En pocos trazos, utilizando una adjetivación precisa, comparaciones expresivas, en definitiva un lenguaje directo y sintético, se nos arrastra con suma facilidad del ámbito cotidiano en el que estamos inmersos al mundo objeto de ficción. Evidentemente todavía estamos muy lejos de saber qué es lo que va a acontecer, pero pronto quedamos atrapados por estas primeras redes que nos tiende el escritor. Obsérvese, a modo de ejemplo, el ambiente en el que se sumerge al lector desde las primeras líneas en "La luz se apaga al amanecer".

La calle de tierra era como la cama de un río muerto, y a las casuchas de madera que parecía que estaban de entierro en las orillas les nacían de noche unos ojos cuadrados y unas hendiduras como tajos por donde resbalaban unas luces amarillas de velas y lámparas de kerosén.

Cuando la mujer venía bajando por el olvidado camino del agua con la cautela de irse robando la respiración, se escandalizaron los perros, se abrieron algunas puertas, y alguien que era mujer dijo para que oyera otra:

– ¡Ahí va la puta esa!...

La mujer continuó pasito su vacilante caminar de tacones, tropezando las piedras y los huecos, mirando al suelo, como si viera. Se cerraron, como a golpes de viento, las puertas. Los perros fueron apagando sus voces de alcahuete. Después, como a soplos se fueron borrando también las rendijas como mirillas y los ventanucos como troneras. Y cuando la calle de tierra terminó de hundirse en la noche, quedó expuesto a toda la oscuridad del mundo un huequito de luz alumbrando con humilde fidelidad la lamparilla.²⁹

²⁸ Véase Ph. Hamon, "Qu'est ce que une description?", en *Poétique*, 12 (1972), 465-485.

²⁹ "La luz se apaga al amanecer", vol. I, p. 87.

Tras unas pocas líneas más, se introduce el diálogo de los personajes. Esta entrada lenta y sugerente tiene, no cabe duda, el poder de aislarnos obligándonos a centrar el interés en la lectura. Lo mismo ocurre en cuentos como "El asalto", "El espía", etc.

Hay ocasiones sin embargo, aunque no son muy frecuentes, en las que se nos introduce de golpe, sin previa presentación discursiva, en la acción de los personajes. Es el caso, entre otros, de "El día de playa" o "Del aceite – La alcantarilla".

De todas formas, es precisamente en los finales donde Martín de Ugalde se muestra como un maestro consumado. Uno de los procedimientos utilizados de manera habitual con la finalidad de impactar es la sorpresa. El escritor guía o conduce la atención del receptor por una concreta directriz argumental, consigue que se prevea con nitidez un determinado final, para luego, con un giro inesperado proveniente de la introducción de algún nuevo elemento, terminar el relato de forma distinta a la intuida. Prácticamente no hay relato que carezca de final sorpresivo. En "Las manos grandes de la niebla", por ejemplo, todo hace pensar que la muerte se ha llevado a la hija de los campesinos, todos los indicios apuntan hacia tal eventualidad, y, efectivamente, una muerte se produce, pero no es la de la niña, no es la que se preveía.

Además del elemento sorpresa, conforme se acerca el final de la mayor parte de los cuentos se produce una tensión narrativa que va paulatinamente *in crescendo* y que refuerza más aún si cabe el desenlace impactante. Esta carga de tensión se produce retardando la conclusión mediante descripciones pormenorizadas. En "De la arena – El latido" un niño se pierde en la playa y su padre lo busca desesperado por la orilla pensando que se ha ahogado. La tensión crece por momentos formándose un gentío que, de forma desordenada y rápida, se mueve por la arena temiendo lo peor. Todo hace pensar en un desenlace fatal, sin embargo éste no llega a producirse.

Con la alarma de los gritos y las carreras, las familias con niños pequeños comenzaron a irse despavoridas, sin tiempo de ponerles las ropas.

Y la playa quedó en un momento como vuelta del revés, con las viseras de los toldos al aire, como si acabase de pasar un terrible huracán.

Ya los salvavidas estaban buscando el fondo en la orilla.

Mientras unas señoras se esforzaban en sujetar a su mujer cerca de sus hijitas, Darío Echenique, con sus zapatones negros hundidos en el agua, seguía todos los movimientos y todas las voces de los salvavidas como un alucinado.

Cada vez que alguien se zambullía, se iba él también angustiosamente al fondo, y permanecía un rato sin aliento. Y se le detenía el corazón del susto cuantas veces asomaba la cabeza chorreante del nadador, temeroso de descubrir la morena cabellera de su hijito.

Hubo un momento en que dentro de aquel resplandor del sol que inundaba su pupila, se sintió desaparecer, como si su cuerpo se estuviera fundiendo.

Entonces alguien le tocó el cuerpo.

– ¿Aquella ranchera verde que queda estacionada allá es suya? –le preguntó.

Darío Echenique vio que en torno al automovil se estaba reuniendo un grupo de hombres, y que en aquel momento alguien estaba abriendo la puerta...

– En el asiento de atrás hay un muchachito dormido...³⁰

³⁰ "De la arena – El latido.", vol. II, p. 35.

El relato se resuelve en una sola línea y de forma contundente, como un latigazo, produciéndose un acusado contraste con la morosidad con que se ha narrado el proceso de búsqueda.

Otro elemento perteneciente al ámbito de la composición que utiliza Martín de Ugalde con frecuencia es el sueño. Para sus personajes, siempre atormentados, el mundo onírico constituye una forma de evasión. Pero en ocasiones el sueño se incorpora al relato de tal manera que se convierte en eje estructurador del mismo. En "El Cacho", por ejemplo, el nudo de la anécdota narrativa viene dado precisamente por este elemento. Tras una primera parte en la que se nos introduce en la figura del anciano Ñelo, el pescador protagonista, y en su situación existencial, se presenta el contenido de su sueño que está en relación con un deseo frustrado. El paso del estado de vigilia al onírico aparece plasmado con suma delicadeza, de tal manera que un lector poco atento puede pensar que la aventura vivida por el pescador pertenece al plano real.

Ñelo tiene un momento de indecisión, como sí, tan cerca aún de la vigilia, su recelo de viejo sospechase un engaño. Pero en seguida se endereza y corre [...].³¹

La vuelta a la realidad tiene lugar repentinamente, a golpe de voz de la mujer de Ñelo:

– Cornelio, Cornelio.

Es Elisa.

– Como que te dormiste... Yo esperándote con el desayuno y tú durmiendo, pegado a tu bote...³²

"Punto y aparte" también es un relato que se vertebra en torno al sueño, un sueño del que se desprende una moraleja que sin duda puede ayudar a aquellos "que llevan el signo de la pobreza clavado en la frente hasta morir". Antes de sumergirnos en el mundo onírico, el narrador nos habla de un interlocutor, A.J.E., que vive asustado ante la proximidad de su muerte, pues ha llegado casi al final del camino. Con la intención de serenarle dice que cuenta su sueño:

Poco puedo hacer yo por J.E. cuando yo siento a menudo la angustia de la misma inquietud. Pero le voy a contar un sueño que tuve. Porque los sueños, cuando son puros, tienen algo de mensaje de eternidad.³³

Son varios, en fin, los procedimientos estructurales que nos podemos encontrar, y, aunque la mayor parte de los cuentos siguen una línea argumental de carácter lineal, hay ocasiones en las que se producen rupturas, es decir, en terminología de G. Genette, anacronías. "El mar es una orilla muy larga", por ejemplo, es un relato que consta de seis capítulos, uno de los cuales, el quinto y fundamental, constituye una analepsis o anacronía hacia el pasado (retrospectiva). Hay una narración primera (presente) en la que se inserta una segunda narración que es temporalmente anterior a ese presente. El gudari protagonista del cuento, mientras se encuentra esperando en una sala a que le

³¹ "El cacho", vol. I, p. 33.

³² *Ibid.*, p. 38.

³³ "Punto y aparte", vol. I, p. 39.

revisen unos documentos, se proyecta hacia el pasado y recuerda el origen de su situación actual. En el último capítulo se retorna al tiempo presente y se resuelve el momento de espera.

En cuanto a los modos de relato, o sea la forma discursiva utilizada para presentar la historia, Martín de Ugalde emplea normalmente la narración intercalada por diálogos que le dan mayor realismo y viveza. La narración puede ser "ulterior" (tiempo en pasado con respecto a la voz) o "simultánea" (relato en presente simultáneo a la acción). Este último es el caso de cuentos como "El cielo tiene un roto de azulillo", "El agua corre río abajo" o "El cacho".

A veces el discurso del narrador es interrumpido por la voz de los personajes que surgen estableciendo un diálogo como retardado:

Pero en la playa no hay nada, y regresa para la enramada, y la salina se ve como un piso blanco, como una sola torta de sal ("¡ahí es donde está el engaño!") y Ernesto se sienta sobre el palo otra vez y mira al cielo ("vente a acostar, viejo") y espera y espera ("Ernesto, ven a acostarte"... "Pero vieja, duérmase")...³⁴

En otras ocasiones es el discurso del personaje el que es interrumpido por paréntesis en los que habla el narrador, como ocurre en "Del aceite – La alcantarilla":

– Aquí ya tenemos bastantes sermones con el cura, que viene una vez al año, ¡y a regañarnos!... Aquí un hermano ha pedido a otro hermano que le eche una mano, y ese hermano le contesta con una grosería... (y José del Carmen aguanta la voz, que le silba por las narices al respirar). Ahora, si este hermano dice después que tal y que cual, y que si pa'acá y pa'allá... y que si esto y aquello... (y José del Carmen vuelve a respirar por la boca) y que no fue con mala [...].³⁵

Por otra parte, hay que decir que se da un predominio de la narración en tercera persona aunque también nos encontramos con varios casos en los que el personaje principal, en primera persona, cuenta su propia historia, este es el caso, por ejemplo, de "De la perla – El cabo de vida".

En "Las tres caras de Dios" se produce el fenómeno poco habitual de comenzar la narración en tercera persona y terminar con un cambio que es mencionado explícitamente en el texto:

El no juzga a nadie; ¿no?; no; ¿cómo me siento?, me pregunta a mí, que ya me he puesto a contar las cosas que estoy diciendo como si fueran mías, y no en nombre de una tercera persona que no existe...³⁶

Otros relatos, como "Fracaso" o "El regreso", están cerca de constituirse en monólogos interiores sin llegar a serlo exactamente por la coherencia lingüística, etc., que presentan los discursos. A veces se confunde con frecuencia el relato en primera persona y el monólogo interior. Pero como apunta Rafael Azuar, "el monólogo interior es, respecto al relato en primera persona, lo que la sub-conversación es a la conversación

³⁴ "De la sal – A la voluntad de Dios", vol. II, p. 48.

³⁵ "De aceite – La alcantarilla", vol. II, p. 120.

³⁶ "Las tres caras de Dios", vol. II, p. 179.

propia. ¿Y qué es la sub-conversación? Lo diré, en palabras de Nathalie Sarraute: 'una pululación innumerable de sensaciones, de imágenes, de sentimientos, de recuerdos, de impulsos, de pequeños actos larvados que no expresan ningún lenguaje interior, que se atropellan a las puertas de la conciencia que se reúnen en grupos compactos y surgen de pronto, para deshacerse en seguida y para combinarse de otra suerte, mientras que continúan desarrollándose en nosotros como una cinta que se escapa crepitando de la ranura de un teletexto, el flujo ininterrumpido de las palabras...'.³⁷

En los monólogos interiores genuinos se suprime la figura del lector en el sentido de que todo se organiza exclusivamente en función de las obsesiones del personaje. Son mensajes que no se dirigen a nadie, de ahí la incoherencia expresiva que presentan muchos de ellos. En "Fracaso" el narrador protagonista que cuenta su historia, la historia frustrada que ha sido su vida, parece que habla consigo mismo en una especie de soliloquio, sin embargo en el texto aparecen marcas de un interlocutor:

Yo soy un simple empleado ¿que no es nada? Hay que serlo por toda una vida para comprender. ¿Y saben lo que quería ser? Me da pena decirlo; pero *puesto a decir cosas...*³⁸

En "El regreso" el discurso es más íntimo en el sentido de que se nos plasma el pensamiento del personaje y no tanto lo que dice, pero tampoco se rompe con la sintaxis ordenada del discurso. Los enunciados inconexos propios de un estado de preconciencia no aparecen.

En definitiva, cada uno de los procedimientos de composición utilizados por Martín de Ugalde está siempre en función del mensaje que nos pretende transmitir. Ante el abanico de técnicas que se le presentan elige en cada instante aquellas que le permiten impactar con más intensidad en la sensibilidad del lector, poniendo ante sus ojos un escogido repertorio de historias cargadas de humanidad.

Lengua y estilo

Como es obvio, para todo escritor la lengua constituye una de sus preocupaciones fundamentales, pues al fin y al cabo es la materia prima mediante la cual crea sus universos literarios. Esta premisa, que es cierta para todos, lo es de manera especial para Martín de Ugalde. No olvidemos que su lengua materna es el euskera y que, al estar exiliado en Venezuela, tuvo que iniciar su andadura literaria utilizando una lengua, el castellano, no sentida plenamente como propia. Además, por razones de comunicación –el español de Venezuela no es el mismo que el de la península– tuvo que hacer un gran esfuerzo para aprender el léxico y los modismos de la nación que tan amablemente le acogió.

³⁷ Véase *Teoría del personaje literario y otros estudios sobre la novela*, de Rafael Azuar, Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1987, pp. 78-79.

³⁸ "Fracaso", vol. I, p. 6. Los subrayados son míos.

Esta preocupación lingüística queda bien patente a lo largo de toda su trayectoria como cuentista, y le ha acompañado al autor durante la mayor parte de su vida; siempre ha sido consciente de que la aspiración máxima del escritor consiste en, solamente a través de la palabra, recrear ambientes cargados de sentido y repletos de evidencia.

Como hemos tenido ocasión de comprobar, la mayor parte de las historias y de los personajes tienen una base real y han sido recreados a partir de toda una serie de experiencias y vivencias del escritor. Este intento por captar la realidad y el ser y el sentir de los hombres en los que fija su atención es lo que hace, por ejemplo, que en los cuentos de inmigrantes se recojan en los breves diálogos frases en la lengua de origen de los personajes. En los relatos recogidos en *La semilla vieja* o en *Un real de sueño sobre un andamio* es frecuente encontrar palabras y frases en italiano, gallego, portugués, etc:

– Yo credo –le dijo sin levantar la voz el viejo del hacha– que non sone le rádiche; é el tratore que non jala por il lado justo.³⁹

– Qué passa, Anelso?

– Nao sei, unas voces[...].⁴⁰

A través de este recurso los relatos ganan en dramatismo y verosimilitud, ya que refuerza la soledad de los inmigrantes en una sociedad que, en principio, les es ajena y desconocida.

Es claro también el propósito de Martín de Ugalde de reproducir con exactitud el lenguaje hablado, incluso en sus variantes más vulgares. Desde un punto de vista fonético, por ejemplo, tenemos formas claramente indoctas que de alguna manera tratan de reflejar un descuido en el habla de los personajes y representan un indicio de su nivel cultural: "Pa'lo que hay que recoger", "Pa'Mérida", "Cara e'viejo", etc. La elipsis se produce por relajación en la pronunciación. Igualmente aparecen formas vulgares como "naide" por nadie, "durá" por durar, "avisao" por avisado, etc. Todo este tipo de "vulgarismos" enseguida proyectan al lector una imagen sobre el personaje que los pronuncia, de tal manera que refuerzan su caracterización y evidencian el estrato social al que pertenecen.

Continuando con el apartado referente al léxico, merece una mención especial la utilización de "americanismos", sobre todo, en *Las manos grandes de la niebla*.

En este conjunto de relatos es clara, como hemos visto, la intención del escritor por profundizar en el alma de las gentes venezolanas. Por ello, y siendo consciente de que la lengua expresa la visión del mundo del colectivo humano que la usa, Ugalde hace suyo un léxico que le era ajeno pero que acota a la perfección el universo narrativo que pretende mostrar. Normalmente, el mayor número de términos americanos utilizados pertenece a campos léxicos relacionados con la naturaleza animal y vegetal, términos que aluden a frutas, animales, etc., es decir, realidades o productos que no existen en Europa. Sin embargo, la asimilación lingüística llega hasta tal punto que muy bien podemos decir que los cuentos, más que en castellano, están escritos en venezolano.

³⁹ "La semilla vieja", vol. I, p. 95.

⁴⁰ "El asalto", vol. I, p. 119.

Citemos algunos de los innumerables términos criollos que aparecen: "papa", "ñame", "ají", "guarapo", "chacos", "taparito", "tarachana", "carapacho", "curiara", "cuaimapiñas", "pañote", "jabillos", "ocumo", "yuca", "mangles", "yaguas", "mijao", "burrumiches", "embojotado", "apamate", "güinche", "samán", "saquisqui", etc. El empleo de la forma "vos" en lugar del pronombre personal de segunda "tú", la profusión de diminutivos y otros rasgos dan a la lengua su carácter plenamente venezolano. No cabe duda de que el escritor guipuzcoano tuvo que hacer un gran esfuerzo para captar todo este vocabulario y particularidades idiomáticas.

Desde un punto de vista sintáctico, el lector podrá constatar con facilidad las diferencias que se encuentran entre los primeros relatos, fundamentalmente aquellos que se inscriben dentro de *La semilla vieja* o *Un real de sueño sobre un andamio*, con los escritos con posterioridad. En los cuentos de inmigrantes la extensión oracional tiende a ser breve, con grupos fónicos poco extensos. Este es el caso, por ejemplo, de "Fracaso":

Yo soy un empleado. Esto no parece gran cosa, ¿verdad? Hay que serlo durante muchos años para comprender. ¿Y saben lo que yo quería ser? Me da pena decirlo, pero puesto a decir cosas... ¡pues yo quería ser obispo, sí señor! Eso era hace bastante. Yo tenía entonces como... ¡siete años! ¿Cuántos tengo ahora? Pues, setenta y dos. Los acabo de cumplir por San Juan. ¡Y lo recuerdo tan bien!, ¡cará!... Yo soy de Cumaná; ¡y por ahí debía haber comenzado yo para contar la cosa derecha!; pero ya está. Pues soy cumanés [...].

Pues sí, yo tenía entonces siete años [...].⁴¹

Las pulsiones conceptuales se manifiestan en esta brevedad oracional. Entre estas frases se producen además variados efectos semánticos: reiteraciones, contrastes, etc. La organización de la oración en breves decursos lingüísticos parece responder muy bien a la expresión del temperamento del personaje, un personaje resignado y con un aguda sensación de haber fracasado en la vida.

Por el contrario, en *Las manos grandes de la niebla* se observa un gran cambio en la configuración de las frases, haciéndose éstas más largas y abundando la subordinación. El estilo se complica y, como consecuencia, la sintaxis:

A la salina de la Boca de Nigua se le está madurando en el vientre de su cielo y en las entrañas calientes de su sal y de su fango el prodigio de un día nuevo; que no es sólo que el mar (por los lados de los Testigos) le esté prendiendo al cielo aquella candela; porque esa luz sin unos ojos sería pura noche todavía; y es, ciertamente, de Dios, ¡y de la Virgen!, que no le pueda alumbrar un día a la salina sin que lo esté viendo llegar Martín, el vigía, que está, con sus pies hundidos en la salmuera, arañando la costra de sal, y sin que lo descubran desde el principio los salineros que vienen llegando [...].⁴²

El extenso enunciado oracional junto a un mayor barroquismo lingüístico expresa mejor ese ambiente telúrico y exuberante en el que el escritor nos trata de sumergir. La plasmación de la realidad venezolana, de sus contrastes y complejidades, encuentra en este molde sintáctico el vehículo idóneo para su explicitación. Los temas y los ambientes vienen reforzados por el tipo de estructuras lingüísticas que los configuran.

⁴¹ "Fracaso", vol. I, p. 3.

⁴² "De la sal – A la voluntad de Dios", vol. II, p. 37.

Un mismo efecto puede tener causas o motivaciones distintas. En "Las tres caras de Dios", la utilización de estructuras oracionales extensas, las enumeraciones, etc., se convierten en claro exponente del carácter atormentado del narrador que al final del relato resulta ser el propio personaje.

Entre el estilo lacónico de los primeros cuentos y la oración extensa caben múltiples gradaciones, y Martín de Ugalde siempre encuentra la medida adecuada en función del efecto que trata de transmitir.

Otro de los recursos estilísticos utilizados abundantemente por el escritor es, en palabras de Leo Spitzer, el "excitante de la atención". Suelen ser formas redundantes para el enunciado lógico, y por lo tanto con gran carga expresiva, indicadoras de alguna emotividad. Estas formas apelativas –imperativos, pronombres, vocativos, interrogaciones– buscan golpear enfáticamente la conciencia del interlocutor. Son llamadas de atención que se hacen al oyente con el fin de reforzar la comunicación y mantener tensa la tensión conversacional.⁴³ Como hemos apuntado, el diálogo no abunda en los cuentos de Ugalde, pero siempre que aparece es intenso y significativo.

El dramatismo que se consigue reflejar en "Del aceite – La alcantarilla", por ejemplo, es debido precisamente a la acumulación que se da en el diálogo de estos "excitantes de la atención".

Veamos un ejemplo:

- Yo no sé un carajo de la Compañía! –le interrumpió Abilio–. ¡Y a mí me dejáis en paz, porque yo no soy un abogado, y ya vos y tus compañeros me metieron en un lío cuando lo de la pluma de agua... ¿Vos creéis que yo soy el Presidente de la Compañía?
- Pero es que el Comité...
- ¡Tampoco sé un ciruyo del Comité!... ¡Lo que me calienta a mí es que me hablen de ese Comité como si fuera la directiva de un Banco!... ¡¿Qué carajo representan ustedes –se le enfrentó Abilio–, se puede saber?!⁴⁴

En el párrafo transcrito nos encontramos vocativos, exclamaciones, frases interrogativas que no buscan en realidad respuesta sino resaltar una opinión, términos despreciativos, pronombres personales redundantes y enfáticos que aparecen cuando el ánimo del hablante está más cargado ("Lo que *me* calienta a *mí* es que *me* [...]"), etc.

El uso de la sufijación apreciativa es otro de los rasgos característicos del estilo de nuestro autor. Los sufijos aumentativos, diminutivos, despectivos y demás, son uno de los más ricos procedimientos de la lengua para reflejar distintos grados de afectividad y de expresividad. Martín de Ugalde emplea con insistencia el diminutivo *-ito*, sobre todo en el conjunto de cuentos recogidos en *Un real de sueño sobre un andamio*.

[...] y se incendia el sombrero de Ñelo, en quien prenden sus tímidos pelitos blancos de barbita ya espaciada y sus ojitos [...].⁴⁵

De todas formas, el empleo de este sufijo es muy común en lengua venezolana, por lo que seguramente no tendrá las mismas connotaciones que en el español peninsular.

⁴³ Véase *Poesía y novela*, de Arcadio López y Eduardo Alonso, Valencia, Bello, 1982, p. 593.

⁴⁴ "Del aceite – La alcantarilla", vol. II, p. 105.

⁴⁵ "El cacho", vol. I, p. 29.

En definitiva, Ugalde crea, pues, sus universos narrativos, con el lenguaje común de la comunidad en la que esta inmerso, trasladando al papel con acusada sensibilidad lingüística muchos de los rasgos característicos del lenguaje coloquial.

Pero son, sin lugar a dudas, la metáfora, la comparación y la imagen las figuras que con más acierto y fuerza poética se utilizan. En ellas se evidencia a la perfección el poder creativo del autor, su sensibilidad e imaginación. En toda comparación (A es como B) y en toda metáfora (A es B) se ponen en relación dos realidades: la propiamente real o "iluminada" y la irreal o "iluminante". Estas imágenes se pueden clasificar según sean los campos semánticos que se relacionan, que se ponen en conexión. Y lo que proporciona verdaderamente originalidad a las figuras es el carácter del término B.

Las comparaciones y metáforas son muy abundantes en todos los relatos de Martín de Ugalde, tanto en los primeros como en los más recientes, y se encuentran no sólo en boca de los personajes sino fundamentalmente en los fragmentos narrativos y descriptivos.

Un tipo de metáfora y/o comparación utilizada habitualmente es aquella en la que el término A suele ser una persona o uno de sus atributos, bien físico o moral, y el término B un animal o rasgo propio del mismo:

Esa mujer de al lado es una musíúa que la mira como un venadito.⁴⁶

Juan, con esa su cara de pan redondo, sus ojos mansos de buey, [...].⁴⁷

En otras ocasiones el término B es un objeto o una planta:

[...] ahí viene Toribio, ese mestizo gordo, abombado por debajo de la cintura como una tinaja vieja, maneto, con sus pies grandes como botes metidos en la orilla, [...].⁴⁸

[...] y el policía que es un hombre bajo y ancho y grueso y fuerte, como un taco de madera tallado a azuela, [...].⁴⁹

Los ojos como chicharrón, las manos como raíces.⁵⁰

Era un hombre gordo, redondo, como un cochino, con unos ojos de candil saltones y rojos, los carrillos hinchados como dos globos de a medio, la boca vacía y negra, la barriga enorme enmorcillada [...].⁵¹

Martín de Ugalde utiliza también con mucha frecuencia las metáforas singularizadoras, identificadoras de un paisaje o de un objeto, intentando destacar siempre lo característico individual. Como consecuencia de ello, la imaginación del lector es fuertemente estimulada. Francamente, resulta un gran placer leer algunas de estas descripciones tan llenas de expresividad y poder sugestivo:

⁴⁶ "El cielo tiene un roto de azulillo", vol. I, p. 66.

⁴⁷ "La llegada de Engracia", vol. I, p. 111.

⁴⁸ "De la perla - El cabo de la vida", vol. II, p. 88.

⁴⁹ "El regreso", vol. II, p. 11.

⁵⁰ "El hombre se calló y dijo...", vol. I, p. 18.

⁵¹ *Ibíd.*, vol. I, p. 23.

Ningún esfuerzo del agua por contenerse, ni gana del bambú por callar su queja, ni la menor intención de la campana de la iglesia de sacudir la modorra de los vecinos. En el pequeño recodo del río, las aguas descansan el vértigo de su carrera para comenzar el interminable coito con las lujuriosas redondeces de las piedras, apurando su oportunidad de invierno.⁵²

Los días aquí, en este rincón del caño, se alargan tanto que parece que se mueren de calor y de cansancio [...].⁵³

[...] porque las noches de Guanoco son tan negras y pegajosas como el mismo asfalto, y cuando callan los bichos, comienzan entonces los galpones arruinados y las maquinas trancadas por la herrumbre y los desvencijados vagones del ferrocarril arrumbados entre el monte a llenar con sus misteriosos chirridos de hierro muerto el sofocante silencio del pueblo.⁵⁴

La lluvia azotaba furiosamente el Caño Guanoco [...] y todo lo que iba montando sobre sus espaldas de agua espesa y estirada [...].⁵⁵

[...] y los rayos encendían las sinuosas aguas del caño como si fuese el lomo interminable de una gigantesca culebra que se deslizase [...].⁵⁶

La voz queda flotando en el aire húmedo y caliente de aquella habitación grande, que es como un pequeño galpón vacío, con un peso que se siente [...].⁵⁷

Los ejemplos, una vez más, podrían multiplicarse. No cabe duda de que el empleo de la metáfora en la obra de Martín de Ugalde merecería un estudio pormenorizado imposible de realizar aquí.

Hay que llamar la atención también sobre el carácter sensual de las descripciones del escritor guipuzcoano, en el sentido de que en ellas involucra a todas las funciones perceptivas. De forma muy cuidada y elaborada logra transmitir al lector un cúmulo de sensaciones coloristas, auditivas o táctiles, etc. Aun a riesgo de excederme un tanto con las citas, no me resisto a transcribir algunos párrafos más:

La costa se ha incendiado con sus amarillos y ocre de arena, sus grises de roca, sus rojos descoloridos de teja, sus verdes de abrojo, sus mates resacos en las enramadas de palma de coco, sus blancos sucios de sal mal cuajada en las arenas bajas de la Caranta. Y el aún reciente azul oscuro del mar se cambia a verde transparente cerca de donde baten las blancas cenefas de la orilla, verde con azules morados y azulillos, con escamas amarillas y blancas [...].⁵⁸

Esta preponderancia que adquieren los efectos de luz y color crea en los relatos unas atmósferas que se graban de forma cinematográfica. El receptor lee y rápidamente genera en su cerebro imágenes concretas.

⁵² "El agua corre río abajo", vol. I, p. 21.

⁵³ "Del asfalto – Los hierros de Guanoco", vol. II, p. 59.

⁵⁴ *Ibid.*

⁵⁵ *Ibid.* p. 69.

⁵⁶ *Ibid.* pp. 69-70.

⁵⁷ "Del aceite – La alcantarilla", vol. II, p. 119.

⁵⁸ "El cacho", vol. I, p. 29.

A Darío Echenique le llegaron las palabras de su mujer, que cargaba la pequeña en brazos y tenía el semblante del *color de la arena seca de la playa*, como pedazos *arrugados de cartón*; sintió entonces mismo que le estaba *pesando* mucho el vientre, y que le estaban *sonando* dentro unas *pedras*.⁵⁹

En esta breve descripción nos encontramos con referencias tanto al color y al sonido como al tacto que espolean nuestros sentidos y hacen que nuestra atención en el relato, en su historia, se acentúe. Se trata de descripciones fuertemente impresionistas. Veamos en el siguiente ejemplo cómo es definido un pecho de mujer.

[...] mete la mano dentro de su seno y saca a la vista de todos los ojos que le rodean un pecho *desinflado* y *azuloso*, como si estuviese recién *exprimido* o hubiese estado ya *seco* [...].⁶⁰

La sensación por lo acústico es agudísima en Martín de Ugalde, de ahí que además de repetidas alusiones a los sonidos del agua, del mar, de la naturaleza en su conjunto, emplee en múltiples ocasiones onomatopeyas:

Y "rís, rís, rís, rís", el remo, y "sís, sís, sís, sís", cortando el agua *Elisa*, "plá, plá, plí, plá", el mar en el costado de la embarcación".⁶¹

Apenas se oía más que un silencio de hierbas y hojas secas, y un despertar perezoso de "croak-croak" de ranas que dormían su siesta de calor a la orilla de los ya agostados charquitos del último aguacero.⁶²

Las referencias olfativas no son tan abundantes como las anteriores aunque también son utilizadas por la capacidad evocativa y sugestiva que poseen:

Todo el mundo escuchó la pregunta, y aquel silencio del dispensario, oloroso a alcohol y a permanganato, quedó desde entonces enredado en el bojotico [...].⁶³

[...] y aquí dentro todavía hace más calor, y huele a sudor agrio, viejo, de muchos hombres y muchas mujeres, mezclado con un como olor a medicina.⁶⁴

La adjetivación es otra de las categorías gramaticales de la expresión literaria de Martín de Ugalde que define su estilo personal. En casi todos los relatos los adjetivos poseen una función intensificadora y aportan una tonalidad afectiva que descubre la actitud subjetiva del que narra hacia lo que esta narrando. Normalmente son adjetivos que connotan ternura y sensibilidad y que demuestran que el autor está muy cerca del mundo que nos relata.

En ocasiones las series adjetivales son extensas ("pelo abundoso y negro, mojado, aplastado"), pero lo que más predomina son las construcciones dobles ("cielo bastante sucio y roto", "golpes lentos y mojados", etc.) que además tienen un gran poder

⁵⁹ "De la arena – El latido", vol. II, p. 34. Los subrayados son míos.

⁶⁰ "Del barro – El turno", vol. II, p. 56. Los subrayados son míos.

⁶¹ "El cacho", vol. I, p. 35.

⁶² "El hombre se calló y dijo...", vol. I, p. 15.

⁶³ "Del barro – El turno", vol. II, p. 53.

⁶⁴ "Ha nacido el niño Jesús", vol. II, p. 153.

sugerente y excitan la imaginación del lector: "sol blanco y frágil", "lamento largo y quejoso". En la relación entre las unidades que se enumeran caben muchas variantes. Principalmente puede tratarse de enumeraciones cerradas y enumeraciones abiertas:⁶⁵ / -, -y-/. /-, -, -/. Martín de Ugalde utiliza las dos. El cúmulo de adjetivos en algunas descripciones es realmente alto.

Era un paso cansino, desgarbado, éste del caminante, su saco a la espalda, levantando con sus plantas de pie-raíz minúsculas polvaredas sobre la piel reseca y arrugada del camino. Su palo marcaba pasos cortos de procesión, y así de solemne era la mirada del hombre, baja, apagada, perdida entre la maraña de pelos y la pringosa visera de su sombrero.⁶⁶

Una de las formas más características que tiene el escritor guipuzcoano de adjetivar consiste en utilizar construcciones del tipo *de + sustantivo* en donde se encuentra implícita una comparación: "una escamosa piel de culebra", "una traviesa esperanza de macho", "roto de azulillo", "rostro moreno y magro de parto", "ojos de azulillo", "voces de alcahuete", "lunas de miel", etc. En definitiva, esas historias tan profundamente humanas que nos cuenta Martín de Ugalde adquieren un sin fin de ecos y emociones sugestivas a través de una rica y cuidada adjetivación.

Para terminar esta serie de consideraciones estilísticas voy a hacer una breve referencia al ritmo de la prosa de nuestro escritor. La sensación rítmica se produce, como señala I. Paraíso,⁶⁷ por el movimiento de reiteración de los elementos lingüísticos fónicos y morfosintácticos. Las repeticiones, los paralelismos, las anáforas, etc., van imponiendo al lector un concreto ritmo de lectura y sirven además para reforzar determinados aspectos semánticos del texto. El ritmo puede expresar frialdad, emoción, conflicto...

En "Las tres caras de Dios", por ejemplo, el ritmo que se impone en la narración sirve para acentuar el estado de turbación en el que se encuentra el padre Anselmo tras la visión de las imágenes pornográficas. El narrador utiliza unas estructuras lingüísticas que reflejan muy bien el pensamiento nervioso del sacerdote:

[...] después de siglos de oración, de jaculatorias, de invocaciones, de sufragios, de ayunos, de disciplinas, de ofrendas, ¡de Misas!, de cirios, de aceites, de oblacones, de sufragios, de ayunos, de disciplinas, de milagros, de homilías, de ejercicios, de misiones y de sermones desde todas las cumbres del poder de Dios y del hombre, a veces juntos, después de tantas confesiones y de tantas agonías, ahora, después de dos mil años [...].⁶⁸

Repárese, en el texto transcrito, en la reiteración del esquema sintáctico y en las repeticiones léxicas... Además, las palabras que configuran la enumeración son todas ellas llanas, con el mismo esquema acentual, con lo que el ritmo se hace monótono semejando una letanía.

Son, pues, los múltiples y diversos procedimientos lingüísticos y estilísticos utilizados los que hacen de muchos de estos cuentos verdaderas joyas literarias. Martín

⁶⁵ *Poesía y novela*, op. cit., p. 585.

⁶⁶ "El hombre se calló y dijo", p. 14.

⁶⁷ Véase *Teoría del ritmo de la prosa*, Barcelona, Planeta, 1976.

⁶⁸ "Las tres caras de Dios", vol. II, p. 172.

de Ugalde, como periodista, sabe muy bien que un texto para que vaya más allá del mero artículo testimonial y adquiera una proyección literaria requiere de un tratamiento especial, peculiar. En sus libros de reportajes el ámbito de la realidad reflejada coincide en varias ocasiones con la de los cuentos, sin embargo es en éstos donde consigue arrebatarnos emocionalmente al lector y transportarlo al centro de la problemática. El reportaje se construye con un lenguaje que apunta a la razón, en los cuentos, por el contrario, la palabra nos estimula los sentidos presentándonos una constelación de sensaciones que dejan una más amplia y profunda huella.

Los cuentos de Martín de Ugalde, en fin, si poseen tal capacidad comunicativa es por el exquisito cuidado con que se eligen todos y cada uno de los términos que los configuran, además, claro está, de lo apropiado de los procedimientos discursivos a través de los cuales se da a conocer las historias al lector.

Iñiqui Beti Sáez

San Sebastián, enero 1992

Obra de Martín de Ugalde

- "Imágenes de la Semana Santa en Venezuela", separata en la *Revista Cultural de la Creole Petroleum Corporation* (1956).
- Un real de sueño sobre un andamio*, Caracas, Cromotip C.A., 1957.
- La semilla vieja*, Caracas, Cromotip C.A., 1958.
- Iltzalleak* (1961), reeditado en San Sebastián, Erein, 1985.
- Cuando los peces mueren de sed*, Premio de Reportajes de El Nacional (Caracas), 1963.
- Las manos grandes de la niebla*, Caracas, Cromotip C.A., 1964.
- Ama gaxo dago*, 1964.
- Unamuno y el vascuence*, Buenos Aires, Ekin, 1966.
- Umeentzako kontuak*, Zarautz, Itxaropena de Zunzurunzaga, 1966. [Cuentos para niños.]
- Itsasoa ur-bazter luzea da* (trad. al euskara por Dionisio Amundarain), 1973. [Cuentos y una novela corta.]
- Hablando con los vascos*, Barcelona, Ariel, 1974. [Entrevistando a José Miguel de Barandiarán, P. Arrupe, Isidoro de Fagoaga, Agustín Ibarrola, Ramón de la Sota y Luis Michelena.]
- Síntesis de la historia del País Vasco*, Madrid, Seminarios y Ediciones, 1974 (2 eds.); y San Sebastián, Ediciones Vascas, 1974 (y 1977 y 1979).
- Tres relatos vascos*, San Sebastián, Txertoa, 1974.
- Hablando con Chillida*, San Sebastián, Txertoa, 1974.
- Las brujas de Sorjin*, Donibane, Axular, 1975. [Novela.]
- "El exilio en la literatura vasca: problemas y consecuencias", en *Exilio español en 1939*, Madrid, Taurus, 1976.
- Libro blanco del euskera*, Euskaltzaindia / Academia de la Lengua Vasca, 1977.
- Herri baten deihadarra / El grito de un pueblo*, San Sebastián, Ediciones Vascas, 1978.
- Hizkuntz borroka Euskal Herrian / Conflicto Lingüístico en Euskadi*, Euskaltzaindia / Academia de la Lengua Vasca, 1979.
- Cuentos de inmigrantes*, San Sebastián, Ediciones Vascas, 1979.
- Bajo estos techos* (Bolívar), Caracas (encargo de Creole Petroleum), 1979.
- El problema vasco y sus profundas raíces culturales y políticas*, San Sebastián, Caja de Ahorros de Guipúzcoa, 1980.
- (Ed.), *Obras completas de Sabino Arana, José Antonio de Aguirre y Jesús María de Leizaola*, San Sebastián, Sendoa, 1980-1981.
- Historia de Euskadi*, Barcelona, Planeta, 1981-1983 (6 vols.).
- Nueva síntesis de la Historia del País Vasco*, San Sebastián, Elkar, 1983 (2 vols.).
- Mental Urdina*, San Sebastián, Erein, 1985.
- Eloy Erentxun*, San Sebastián, Caja de Ahorros Municipal, 1987. [Biografía euskara y castellano.]
- José Ariztimuño, "Aitzol"*, 1988 (6 vols.). [Coautor; biografía.]
- Batasuna eta Zatiketen artean*, San Sebastián, Elkar, 1990.
- Lezo Urreiztieta*, Biografía, San Sebastián, Elkar, 1990.
- Bihotza golkoan*, San Sebastián, Erein, 1990. [Cuentos.]

Itzulera baten historia, San Sebastián, Elkar, 1990. [Novela.]

Mientras tanto fue creciendo la ciudad, Ediciones América / Gobierno Vasco, 1991. [Reportajes.]

"¿Adónde fue la canción?", en J.M. Naharro-Calderón (coord.), *El exilio de las Españas de 1939 en las Américas: "¿Adónde fue la canción?"*, Barcelona, Anthropos, 1991.

Inéditos:

Los hierros están sembrados en el jardín (novela).

Panpinak (títeres).

Bibliografía sobre Martín de Ugalde*

"Martín de Ugalde ganó el primer premio del concurso de reportajes de la Cruz Roja", *El Nacional* (Caracas) (24-4-1953).

"Los escritores criollos no enfocan el palpitante tema del inmigrante", *El Nacional* (Caracas) (2-8-1955).

"Sobre lo que se escribe", *El Nacional* (Caracas) (12-8-1955).

"Martín de Ugalde ganó el X concurso de cuentos de *El Nacional*", *El Nacional* (Caracas) (1955).

"Martín de Ugalde publica un libro de cuentos", *El Nacional* (Caracas) (7-4-1957).

"Apareció en libro *Un real de sueño sobre un andamio*", *El Nacional* (Caracas) (25-4-1957).

"*Un real de sueño sobre un andamio*", *El Universal* (Caracas) (7-5-1957).

"¡Cuentos! ¡Cuentos! ¡Cuentos!", de Pla y Beltrán, *La Esfera* (Caracas) (10-5-1957).

"*Un real de sueño sobre un andamio*", de Oscar Sambrano Urdaneta, *El Nacional* (Caracas) (18-7-1957).

"*Un real de sueño sobre un andamio*", de José Rial Vásquez, *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), 123 (julio-agosto 1957).

"*Un real de sueño sobre un andamio*", *Tierra Vasca* (Buenos Aires) (15-9-1957).

"*Un real de sueño sobre un andamio*", *España Republicana* (Buenos Aires) (30-10-1957).

"Literatura venezolana por nacionalización" de Guillermo Meneses, *El Universal* (14-11-1957).

"*Un real de sueño sobre un andamio*", *Cuadernos* (París) (nov.-dic. 1957).

"*La semilla vieja*", de Efraín Subero, *Cultura Universitaria* (Caracas), LXV (1958).

"*La semilla vieja*", de Pla y Beltrán, *El Independiente* (Madrid) (12-1-1958).

"*La semilla vieja*", de Pedro Duno, *El Nacional* (Caracas) (4-9-1958).

"Cuatro opiniones polémicas sobre el cuento", *El Nacional* (Caracas) (11-9-1958).

"*La semilla vieja*", de José Antonio Rial, *El Universal* (Caracas) (9-10-1958).

* La bibliografía dedicada a la obra de Martín de Ugalde es prácticamente nula. Fuera de reseñas periodísticas o artículos de revistas, publicados con ocasión de la aparición de sus diferentes obras, no existe ningún estudio de conjunto que centre la atención en nuestro autor.

- "Los cuentos de Martín de Ugalde", de Ramón Díaz Sánchez, *El Universal* (Caracas) (2-11-1958).
- "La semilla vieja", *Tierra Vasca* (Buenos Aires) (15-1-1959).
- "Carta abierta a Martín de Ugalde", de José de Arteche, *La Voz de España* (San Sebastián) (24-3-1959).
- "Candidatos al Premio Nacional de Literatura Prosa, bienio 1958-1959", *La Esfera* (Caracas) (2-2-1960).
- "Iltzalleak, Ugalde'tar Martin'ek", *Tierra Vasca* (Buenos Aires) (abril 1961).
- "Los peces sedientos", de José de Arteche, *La Voz de España* (San Sebastián) (29-1-1964).
- "Martín de Ugalde o la pasión venezolana", *La República* (Caracas) (2-2-1964).
- "Los inmigrantes", de Felipe Massiani, *El Nacional* (Caracas) (3-3-1964).
- "Cuando los peces mueren de sed", de Guillermo Meneses, suplemento literario de *El Nacional* (Caracas) (8-3-1964).
- "Nombrado el jurado para el XIX concurso de cuentos de *El Nacional*", *El Nacional* (Caracas) (19-5-1964).
- "Cuando los peces mueren de sed", de Matías Carrasco, *El Nacional* (Caracas) (22-11-1964).
- "Las manos grandes de la niebla", *El Nacional* (Caracas) (19-1-1965).
- "Las manos grandes de la niebla de Martín de Ugalde", de César Dávila Andrade, *El Nacional* (Caracas) (3-2-1965).
- "Las manos grandes de la niebla", de Frenk Peñaloza, *El Mundo* (Caracas) (5-2-1965).
- "Relatos sobre Venezuela", de Juan Liscano, *Zona Franca* (Caracas) (marzo 1965).
- "Las manos grandes de la niebla", *Le Socialiste* (Toulouse) (18-3-1965).
- "Venezuela en la mano", de Rafael Delgado, *El Universal* (Caracas) (13-5-1965).
- "Municipal de prosa", de Cándido, *El Universal* (Caracas) (15-7-1965).
- "Unamuno y el vascuence", *Clarín* (Buenos Aires) (9-2-1967).
- "Unamuno y el vascuence - Contra - Ensayo de Martín de Ugalde", de Eloy L. Placer, *Boletín del Instituto Americano de Estudios Vascos* (Buenos Aires), año XVIII, vol. XVIII, 68 (enero-marzo 1967).
- "Circula Unamuno y el vascuence", *El Universal* (Caracas) (28-4-1967).
- "Unamuno y el vascuence, por Martín de Ugalde", *La Nación* (Buenos Aires) (30-4-1967).
- "Martín de Ugalde se enfrenta a Unamuno", *El Nacional* (Caracas) (27-6-1967).
- "Unamuno y el vascuence, de Martín de Ugalde", de Enrique Arboleda, *El Nacional* (Caracas) (26-7-1967).
- "Tres libros comentados", de Rafael Delgado, *El Universal* (Caracas) (25-9-1967).
- "Dos vascos y un catalán", *España Económica* (Madrid) (julio 1968).
- "Unamuno y el vascuence", *Sic* (Caracas) (set.-oct. 1968).
- "Un escritor vasco en Venezuela. Las manos grandes de la niebla", de Cecilia G. de Guillarte, *La Voz de España* (San Sebastián) (8-12-1968).
- "Las tres caras de Dios", de Cecilia G. de Guillarte, *La Voz de España* (San Sebastián) (6-12-1970).
- "Martín de Ugalde: las razones del escritor", de Ángel María Ortiz Alfau, *Hierro* (Bilbao) (enero 1977).

- "*Cuentos de inmigrantes* de Martín de Ugalde", de Cecilia G. de Guillarte, *La Voz de España* (San Sebastián) (6-5-1979).
- "Martín de Ugalde, escritor y periodista de *El Nacional*", de María José Pérez, *El Nacional* (Caracas) (14-6-1979).
- "*Bajo estos techos*", nuevo libro de Martín de Ugalde, *El Nacional* (Caracas) (6-12-1979).
- "Martín de Ugalde, vasco en Venezuela y venezolano en Euskal Herria", *Deia* (Bilbao) (10-2-1980).
- "El exilio visto por tres intelectuales que lo vivieron", de Rosa Zufia, *Deia* (Bilbao) (3-5-1981).
- "Martín de Ugalde: Demasiado independiente para ser político", *Hoja del Lunes* (Bilbao) (22-6-1981).
- "Martín de Ugalde, historia viva de Euzkadi (I)", de F. de Saratxu, *Deia* (Bilbao) (26-7-1981).
- "Martín de Ugalde: "A pesar de las dificultades, Euzkadi se salvará" (II)", de F. de Saratxu, *Deia* (Bilbao) (28-7-1981).
- "Presentados los tres primeros tomos de *Historia de Euzkadi* de Martín de Ugalde", *Deia* (Bilbao) (18-11-19).
- "Martín de Ugalde, un escritor al servicio del pueblo", en *La Gran Enciclopedia Vasca*, XIV, 261-263.
- "Martín de Ugalde: vocación y ética de una escritura", de José Angel Ascunce, *El Diario Vasco* (San Sebastián) (4-3-1991).

Nuestra edición

Para la presentación y ordenación de los cuentos se ha seguido un criterio que muy bien lo podemos denominar cronológico-temático. En el primer volumen, *Cuentos I: De la nueva tierra y los inmigrantes*, se recoge el conjunto de relatos que escribió en lengua castellana Martín de Ugalde durante su exilio venezolano. La mayoría de ellos, ya que no todos, giran en torno a la figura del inmigrante y su problemática. Los nueve primeros cuentos, "Fracaso", "El hombre se calló y dijo...", "El agua corre río abajo", "El cacho", "Punto y aparte", "El día de playa", "El cielo tiene un roto de azulillo" y "Un real de sueño sobre un andamio", fueron publicados en libro con el título general *Un real de sueño sobre un andamio* en la Editorial Cromotip C.A. de Caracas en el año 1957. Los cinco siguientes, "La luz se apaga al amanecer", "La semilla vieja", "La llegada de Engracia", "El asalto" y "El espía", fueron editados también por Cromotip, C.A. bajo e título *La semilla vieja* en 1958. Y los dos últimos de este primer volumen, "El hijo", y "La novia", se publicaron en *Cuentos de inmigrantes*, Ediciones Vascas, San Sebastián, 1978.

Nuestra edición está basada en los textos ya impresos por las editoriales señaladas –hoy agotados– y, salvo algunas erratas corregidas y cambios tipográficos, éstos se mantienen en su integridad.

En el segundo volumen, *Cuentos II: De la inmensa soledad del hombre*, se incluyen cuatro relatos editados a partir de los propios manuscritos del autor. Estos son "El regreso" (1961), "Ha nacido el niño Jesús" (1967), "Las tres caras de Dios" (1971) y "Rosa

Chacón" (Premio Café Iruña 1989 y traducido del euskera al castellano por Eduardo Gil Bera). Para la edición de los cuentos de temática criolla ("De la niebla – Las manos grandes de la niebla", "De la arena – El latido", "De la sal – A la voluntad de Dios", "Del barro – El turno", "Del asfalto – Los hierros de Guanoco", "De la madera – La carga de cedro muerto", "De la perla – El cabo de vida", "Del aceite – La alcantarilla" y "Del cemento – La trampa de cemento") se ha seguido el libro publicado en 1964 por la editorial caraqueña Cromotip C.A. en donde se recogían todos ellos bajo el título genérico *Las manos grandes de la niebla*. Y, finalmente, los cuentos "El mar es una orilla muy larga", "El presente" y "Los gitanos" los hemos publicado siguiendo la edición realizada por Txertoa (San Sebastián) que, con el título de *Tres relatos vascos*, los imprimió en 1974. Asimismo nos ha parecido interesante mantener el prólogo que antecedía a estos tres relatos en la primera edición por considerar que en él se recoge una problemática que continúa siendo de actualidad en el País Vasco.

Como en el primer volumen, en el caso de los textos ya impresos se ha optado por mantenerlos tal y como fueron publicados en su día, tras realizar, claro está, las consabidas correcciones y cambios tipográficos.

MARTÍN DE UGALDE

CUENTOS

Fracaso*

Yo soy un empleado. Esto no parece gran cosa, ¿verdad? Hay que serlo durante muchos años para comprender. ¿Y saben lo que yo quería ser? Me da pena decirlo, pero puesto a decir cosas... ¡pues yo quería ser obispo, sí señor! Eso era hace bastante. Yo tenía entonces como... ¡siete años! ¿Cuántos tengo ahora? Pues, setenta y dos. Los acabo de cumplir por San Juan. ¡Y lo recuerdo tan bien, cará!... Yo soy de Cumaná; ¡y por ahí debía haber comenzado yo para contar la cosa derecha!; pero ya está. Pues soy cumanés y amigo de los carupaneros.

Pues sí, yo tenía entonces siete años, padre y madre, mi hermanita Rosa y *Boliche*, un perro tuerto que veía por dos, muy listo él. Todos fuimos a misa aquel día. Cuando llegamos nosotros a la iglesia, había muy poca gente. Mi mamá se alegró mucho, porque quería sentarse delante y ver enterito al obispo nuevo. Después es que comenzó a venir gente. Y a poco, la iglesia se llenó. Entonces encendieron luces, muchas luces. Y un muchachito vestido de rojo y blanco le dijo algo al oído a mi papa. Mi papá se volteó un poco y dijo también algo a mi mamá. Mi mamá se puso colorada, casi tan colorada como el vestido rojo del muchachito aquel. Entonces mi mamá me dio un tirón que me hizo levantar del asiento. Mi papá estaba ya parado, con Rosa en brazos. *Boliche*, muy vivo, salió de debajo del banco y se escurrió entre la gente. Mi mamá me arrastró hasta donde estaba la gente parada. Mi papa se paró a su lado. Yo quedé a los pies de mamá. Ella estaba tan nerviosa que me estrujaba la mano, de agarrarme tan duro. Yo empecé a llorar. Mi papá me miró sin decir nada. Rosa empezó a llorar también. Entonces mi mamá me pegó un bofetón. En la iglesia, llena de gente y silenciosa, se oyó un ruido hueco, como si hubieran golpeado el parche de un tambor. Toda la gente nos miró. Yo me callé asustado. Rosa también se calló. Mi papá miró de reojo a mi madre. Creo que mi mamá también se asustó.

– No llores –me dijo bajito al oído–; ese banco es pa'las autoridades, ahí va a sentarse el gobernado.

Después comencé a pensar en el obispo, y cómo sería él. Y todavía encendieron más luces, ¡cuántas luces, cará!... Y salió el obispo, con un sombrero chiquitico y colorado, con la ropa colorada también. Los demás iban vestidos de negro, de negro y blanco. Y todos iban tras él. Le saludaban, le besaban la ropa, le volvían a saludar. ¡Ser obispo debía ser cosa muy buena, cará! Y para ser obispo, ¿qué habría que hacer? Yo me fijé en los muchachitos; estaban vestidos igualito que él. Sólo les faltaba el sombrero chiquitico aquel. ¡Acaso serían los hijos del obispo!... ¿Por qué no sería obispo mi papá? Cuando fueran grandes, aquéllos serían obispos también. Sí, así debía ser. Había tanta luz y me cansé tanto, que se me cerraron los ojos y me dormí. Cuando me despertó mi mamá, oí que me decía:

– Mira, mira al obispo, ¡qué bello!, se va...

* Los cuentos "Fracaso", "El hombre se calló y dijo...", "El agua corre río abajo", "El cacho", "Punto y aparte", "El día de playa", "El cielo tiene un roto de azulillo", "Un real de sueño sobre un andamio", fueron publicados bajo el título *Un real de sueño sobre un andamio*, Caracas, Cromotip C.A., 1957.

El obispo bajaba entonces del altar, bendiciendo a la gente, rodeado de curas y de los muchachitos vestidos como el obispo...

Desde entonces, todo lo que veía de rojo me parecía de obispo. No paré hasta que mi mamá me hizo un vestido igual. Todos se reían de mí. Sólo mi hermanita y *Boliche* me miraban con admiración. Y con ellos solía jugar. De vez en cuando llegaba hasta donde estaba mi mamá y le decía:

– Yo quiero ser obispo, mamá...

Y era verdad.

Yo soy un empleado. Esto no parece nada y es mucho. Hay que serlo por más de cincuenta años para comprender. ¿Y saben lo que yo quería ser? Me da pena decirlo; pero puesto a decir cosas... ¡pues yo quería ser médico, sí señor! Esto me duró algo más que lo del obispo, porque mi papá se murió, y yo no lo podía olvidar...

Yo dormía entonces con Rosa, mi hermana, y *Linda*, una muñeca con una pierna y la nariz rotas, a quien mi hermanita quería mucho, casi tanto como a *Boliche*, que se dormía echado a nuestros pies. La habitación de papá y mamá quedaba al lado de la nuestra. Siempre quedaba la puerta abierta, y siempre que quería, sin moverme de la cama los podía ver. En la cabecera de la cama había una cruz, y más arriba de la cruz, un recuerdo de mi abuelo Jesús. Mi mamá me decía que ellos tenían dos Jesús en la cabecera, y los dos muy buenos, y que así debía ser yo también. Bueno, pues, una noche nos cerraron la puerta aquella. Yo no sabía que cerrando aquella puerta iba a tener tanto miedo. Rosa también se asustó, porque hacía todo lo que hacía yo. Hasta *Linda* creo que se asustó aquel día. Entonces nos pusimos a llorar los tres. A *Linda* no se le oía, pero ella también lloraba; yo lo veía, a través del cristal caliente de mis lágrimas. No había otro remedio, y la puerta se abrió. Y entró Rosalía, mi tía, que lloraba también. *Linda*, Rosa y yo nos callamos a la vez; sólo de ver llorar a tía Rosalía; de la puerta, ya no me acordaba yo. Ella nos besó y nos besó... Y nos dijo que papá estaba enfermo; que él se iba a curar, pero que rezáramos por él. Y rezamos los tres: Rosalía, Rosa y yo. *Linda* ya no; ella estaba ahora como asustada: la nariz rota, con una sola pierna sujeta con un cabo de pabilo. Y vino el médico. La gente empezó a caminar apurada de un sitio para otro. Yo oía, a través del murmullo de nuestros rezos, que mamá decía "sí, doctor; no, doctor", y estalló en sollozos. Todos dejamos de rezar. Tía Rosalía se fue. Entonces miramos a través de la puerta. Papá nos miró también, blanco, con mucha barba, y nos sonrió un poco... "¡Papá!", gritó Rosa. La puerta se volvió a cerrar. Pero quedó dentro un hombre; era el doctor. Se acercó sonriente y nos acarició; tomó en sus manos a *Linda* y también la acarició. Rosa le preguntó a ver si podía curarle la nariz y la pierna. Por la otra que le faltaba no le importaba, ella la recibió así; había gente que tenía sólo una pierna, como Sebastián, *el mocho*, que vivía en la misma cuadra. Él le dijo que sí, que la iba a curar. Yo le pregunté si podía curar a papá. Entonces se dio cuenta el doctor que *Boliche* estaba allí, y le acarició. A mí no me dijo nada. Cuando salió, volvió a trancar la puerta. Yo ya no lloré, ni Rosa tampoco. Rosa le estaba diciendo a *Linda* que el doctor le iba a curar. Yo pensaba en el doctor, en lo bueno que era ser doctor; curar a la gente, saber más que nadie, y que todos estuvieran buenos por él. Y me dormí pensando en el doctor.

Al día siguiente nos llevaron al cuarto de papá y mamá. Papá estaba vestido, tendido en la cama. No nos miró, ni nos sonrió; sólo estaba así, como parado, pero echado en la

cama, con el traje aquel que se vistió para ir a ver al obispo. Tía Rosalía nos dijo que lo besáramos, y lo hicimos, y le dijimos "adiós" con las manos al salir de la habitación. Cada vez que me acuerdo de mi padre muerto, me acuerdo del doctor. Yo no he vuelto a verlo más, pero me gustaba ser como él, con sus espejuelos, su chivita negra, sus ojos bondadosos...

Yo soy un simple empleado. ¿Que no es nada? Hay que serlo por toda una vida para comprender. ¿Y saben lo que quería ser? Me da pena decirlo; pero puesto a decir cosas... ¡Pues yo quería ser viejo, sí señor!...

En la misma cuadra donde vivíamos nosotros había una casita linda, llena de flores y de pájaros. Había nidos en los aleros, ¡muchos nidos! Flores en las ventanas y en el jardín, ¡muchas flores! Pues allí vivía un viejito muy bueno, muy alegre, que siempre nos llamaba al pasar a Rosa y a mí. Cuando por primera vez yo le llamé "viejito", creía que se iba a enfadar. Pero ¡qué val!; me sentó sobre sus rodillas, me dio una palmadita y me contó un cuento. Era un cuento de hadas, de príncipes y de pequeños animales. A él le gustaban mucho los perros, los gatos y los pájaros. *Boliche* le quería también mucho a él. El viejito se llamaba don Jacinto, y vivía solito en la casa, Rosa y yo le preguntábamos si no solía tener miedo en las noches. Él nos decía que no, que nunca solía estar solo; que él vivía con sus recuerdos, y que los tenía muy buenos. Tan buenos me parecieron entonces esos recuerdos, que quise tener algunos para no tener miedo y estar siempre contento como don Jacinto. Él me dijo que los tendría, pero más tarde, cuando yo fuera grande, cuando yo fuera viejo, como él. Ser viejo, para mí, era caminar despacio, como caminaba él; ser dulce y tierno con los animales, con las plantas, con los niños, como solía ser él; tener barba, una barbita sedosa, blanca, donde quedaban unas gotas brillantes colgando cuando bebía, donde se perdían algunas migas de pan cuando comía; tener los ojos siempre riendo, siempre alegres, guiñando uno de vez en cuando, como lo hacía él. Ser viejo era también saber muchas cosas para contarlas a los niños, tener amistad con las hadas, con los príncipes y hasta con el Niño Dios, como tenía él. Ser viejo era tener aquel escaparate grande, negro, lleno de cosas; tener un caracol de mar enorme y rosado, para pegarlo al oído de vez en cuando y escuchar cómo murmuraban y hablaban las olas del mar. Ser viejo era para mí tener echados en el jardín a *Pije* y *Marino*, dos perros enormes, canela y blanco, muy parecidos, que le lamían humildemente los pies descalzos a don Jacinto; y tener muchos pájaros, en las jaulas y en los nidos, cantando todo el día, como lo hacía él...

Yo no sé lo que fue de don Jacinto desde aquel día en que mamá nos dijo que no podíamos volverlo a ver. Pero siempre me ha parecido cosa buena ser viejo y tener recuerdos. Hasta ahora, que he venido a caer... Ahora que soy viejo, no los quisiera tener. Ahí debe haber un secreto que hay que encontrar cuando se es joven, para que cuando uno llega a viejo tenga recuerdos donde escoger.

Yo soy un empleado honrado. Estuve a punto de no serlo. La vida es cosa rara. Como me negó el obispado, no me dejó ser médico y me negó aquella vejez de don Jacinto

–¡que aquello sí es vejez!–, también me ayudó a ser honrado. Aunque a veces dudo mucho si lo soy... Pero eso sólo queda para mí. Pero estuve a punto de ser un ladrón...

Yo tenía veintiún años. Y una novia que me quería mucho. Mercedes, además, era muy bonita. Mi mamá se había muerto ya. A *Bolicho* lo pisó un camión. Y Rosa se había casado fuera de Cumaná. Yo me encontraba más solo que don Jacinto, porque me seguían faltando los recuerdos que a él le hacían tan feliz. Pero me quedaba Mercedes, y yo me quería casar. Para entonces era yo un empleado honrado a carta cabal. Porque a eso tiene que resignarse el empleado, a ser honrado; para hacer negocios, para hacerse rico, ahí está el patrón. Pues yo no adelantaba un centavo, aunque trabajaba hasta reventar...

No es que Mercedes fuera mala; eso lo sabe Dios y lo sé yo; pero sí tenía sus exigencias. Ella quería tener sus corotos propios: una cama, una mesa, unas sillas y algo más, muy poco más; y yo comprendo que eso no es exagerar. Yo, apenas si pude comprarle un anillo de compromiso, porque no me alcanzaba a más, y ofrecerle un montón de cariño, porque de eso sí le podía dar. Pero que de cariño sólo no se vive, me decía, y eso también era verdad, y me hacía esperar, esperar... Un día le anuncié que en dos semanas todo estaría listo: viendo cómo trabajaba, el jefe me quería ayudar. Y tuvimos unos días de felicidad. Elegimos la cama, las sillas, la mesa y algunas ropas, y los días brincaban de gozo, cantaban de felicidad.

Pero se rompió el hilo; un negocio del patrón salió mal, y se demoró la promesa; el hilo aquel se rompió por lo más delgado, por el empleado. Pero ante el aire dichoso de Mercedes, me callé. Mil veces me hubiera callado, sólo por verla sonreír. Me quedaban ya pocos días; ni Mercedes ni yo podíamos esperar... ¡Y robé! Y verán, ¡robé mal! Porque robar bien, saliendo bien las cosas, es como no robar. Por eso es que hay tantos que no roban y viven bien. Fue un billete grande que yo vi dos o tres veces en la gaveta de mi patrón. Era un cajón que casi nunca lo trancaba, no sé por qué. Y un día lo guardé; lo escondí en el zapato y me lo llevé. Pero créanme, y esto va en mi favor, me arrepentí en cuanto lo tuve junto a mi pie. Me hacía cosquillas, me dolía. Y esperé. Me fijé en la cara del patrón, como si lo viera por primera vez. Me pareció verlo preocupado, pero no dijo nada. Entonces me animé: alabando al patrón y alabándome a mí, mentí a Mercedes. Le conté el cuento de que aquello era un regalo del patrón por mi comportamiento. Ella propuso que fuéramos a darle las gracias y a invitarlo a nuestra boda. Pasé mis apuros, pero aquello también tuvo solución. Le dije que en la casa había muchos empleados, que todos necesitaban como yo. Que el jefe me recomendó mucha discreción. Ella accedió. Yo le entregué el billete para que ella lo cambiara en casa de don Niceto, un hombre que prestaba con interés y manejaba mucha plata. Después iríamos a comprar nuestras cosas. Y cuando me fui a acostar me escocía justamente el pie, y me dolía el corazón de tanto saltar. Aquella noche no dormí; pero cavilé, pensé mucho. Temprano en la mañana fui a ver a Mercedes. Le dije que yo mismo iría a cambiar el billete. Mi novia no supo decirme nada, me lo devolvió. Cuando llegué a la casa de don Niceto, aún era muy temprano por la mañana. Le hice levantar; el viejo estaba furioso, y estuvo a punto de echarme a la calle sin cambiarme aquel billete que me escocía la mano. Él lo tomó por fin, me miró, se fijó en el papel, me miró otra vez, y se rió. "¿Ud. trabaja donde Rivero? –me dijo–, dígame que no mande papeluchos así; este billete es falso, y él lo sabe.

Márchese y dígale a ese mamador que no estoy para bromas a estas horas... Ande, no se quede así, hombre, váyase, que ese es un mamadorcito así..." Yo me turbé más, no me moví. Él, un veterano en cosas feas, ruin y malo hasta decir basta, cambió de tono y me hizo sentar. Entonces me preguntó, y yo le dije que sí. Me prometió no decir nada; delante de aquel hombre yo lloré, y a aquel hombre, manchado con mil fechorías, le besé la mano. Y salí. Llegue al trabajo antes de hora, dejé el billete donde estaba, y sin decir nada a nadie, me fui. Me vine aquí, a Caracas. Yo no vi más a Mercedes, ni le escribí. Todo sucedió así. como lo cuento. Yo soy un empleado honrado por casualidad...

Llevaba unos días así, pensando en estas cosas. ¿Así eran los recuerdos? No, no podía ser. ¿Y si yo me volviera niño otra vez?... Sí, yo quería ser niño, arrepentido de querer ser viejo. Antes, cuando era niño, soñaba con la vejez. Y yo soñaba, y soñando yo era feliz. Ahora que soy viejo, sí, ahora que tengo ese bojote de años encima, ¿quién me impide ser niño otra vez?... Y ahora que sé todas esas cosas, mejor... Y otra vez fui a ver al obispo. Acaso fuera el mismo, porque también estaba muy viejito. Fue aquí, en la Catedral. Cuando llegué ya era un poco tarde. Las luces estaban ya encendidas; también muchas luces, ¡cará!... Pero distintas. Apenas si había velas; todo era de electricidad. Se me encogió un poco el corazón ante tanta gente, y quedé atrás. Pero la gente que me veía me iba abriendo paso, y yo avanzaba... "Malo, malo –me decía–, esto no es igual." Y sin darme cuenta me encontré frente al altar. Y volví a pensar en mamá, en papá, en Rosa, en *Boliche*; pero ninguno estaba allí. Allí estaba el gobernador, yo lo vi. Él estaba sentado en una butaca; yo quedé parado, muy cerca de él. Entonces se levantó de su silla un señor, me la ofreció, y yo me senté. "Malo, malo –me decía–, esto no es igual." Muy cerca de mí, en primera fila, había una señora con un niño dormido en sus brazos. Después, cuando empezaron a cantar duro, se despertó. Yo le sonreí, él me miró; estaba sudando, cansado de estar allí. "Estos muchachitos de ahora –pensé–, no son como los de antes; no se dan cuenta de nada, no ven nada, están asustados de comenzar a vivir." Y entonces volví a pensar en papá, mamá, Rosa y *Boliche*. Ninguno estaba allí; pero yo los tenía limpiamente ahí, en la cabeza, y me dio por soñar... Los ojos se me fueron llenando de luz, de luz, y apareció *Boliche*, después Rosa; mi hermanita brincó sobre él; *Boliche* saltaba meneando la cola como cuando estaba contento; Rosa se reía, levantaba el brazo y me llamaba. Por fin se marchó y apareció papá. Él estaba un poco serio, pero me acarició y me recomendó que fuera bueno; después me besó y se fue. Tenía la misma cara pálida y barbuda que la última vez que le vi en la cama vestido con las ropas con que fue a ver al obispo nuevo. Después no venía nadie más; entonces yo llamé a mamá. Y ella apareció sonriente, buena, me tomó en brazos y me besó. Entonces yo le dije que quería ser obispo. Su cara cambió; se puso seria primero; después se enfadó y me pegó un bofetón, que sonó igualito al golpe de un tambor... Entonces desperté. Se habían apagado las luces, yo estaba solo en la Catedral. Un muchachito vestido de obispo chiquito estaba en el altar haciendo fuerzas por levantar un candelabro que se cayó... Yo me levanté de mi asiento y me acerqué; quise ayudarlo; pero no pude hacer nada, aquello pesaba demasiado. "Esto pesa demasiado, abuelito", me dijo. Yo me ofendí. No

le dije nada al obispito, pero se me encendió hasta la nariz; y, avergonzado de no sé qué, salí...

Al día siguiente, a trabajar. Ser empleado es cosa triste. Es algo así como ser un mueble. Lo acomodan donde quieren para uso de los demás. "Fulano, déjeme esto allá; hágame esto; venga para acá..." Y cuando uno envejece es como un mueble viejo: se queda uno en un rincón. "Traígame esto, viejito..." "¿Se le olvidó?... ¡Es que se está haciendo viejo, cará!..." Y muévase para acá, y váyase para allá; y eso se lo ordena cualquier mocoso. Y para no llegar ni donde un mueble viejo, ni lo retiran, ¡cará!... Si lo hacen, se queda uno sin su arepa. ¡Y cuando pienso que yo quería ser obispo! ¡Dígame eso! Pero yo nunca lo dije, ni lo diré tampoco, ¡cará!... ¡Cómo se reirían los muchachos! Pero eso del obispo ya pasó; debe ser cosa buena, pero ya pasó; es como si ahora, de golpe, quisiera ser mujer...

Ahora me bastaría ser como don Jacinto. Aquel viejo sí era un viejo simpático, ¡cará! Todos los viejos debieran ser iguales. Y ¿por qué no lo son? Para eso no hace falta plata, ni ser sabio, ni nada... Pero tengo miedo de que viejo tampoco puedo ser. Cuando el obispito me llamó "viejito" yo debí contarle un cuento de hadas, de príncipes y de animales. Pero me avergoncé y salí. Es que yo no sé nada, no tengo recuerdos... Sí, tengo algunos más, pero no son buenos, no son buenos, ¡qué va!...

El hombre se calló y dijo...

El hombre se paró.

Al borde del camino, quieto, resignado, parecía una planta fija en la tierra. O un pelele. Se quitó despacio su sombrero de alas caídas.

– ¿Cojo pa'las Minas de Pao o pa'Sabaneta del Medio? –se preguntó.

Estaba de cara a los dos caminos. A sus pies yacía un saco agujereado y flaco, como desmoronado, pegado al polvo de la carretera. Así era también su ropa, o su desnudez. Los ojos grandes de alucinado abarcaron como una síntesis digerida todo el significado de esta trilogía simbólica del saco, el camino y sus plantas miserables de hombre pegado a su polvo. Después se volteó y se puso a escuchar un lejano ruido de motor.

El vehículo se iba acercando como a saltos: "¡toc-toc-toc!".

El hombre tendría unos treinta años. Su humanidad toda estaba escondida en el hueco de su mirada triste, difusa, como si hubiese perdido su objeto. Ahora la descubriría sin recelo ante los vegetales y el camino desierto, fija en la arboleda del recodo por donde iba a aparecer de un instante a otro la máquina; pero de ordinario la escondía bajo las alas caídas de su sombrero negro, de un fieltro todo raído y pringoso que ajustaba en la cabeza hasta llegarle a la punta de la nariz.

– Debe ser un camión –se dijo.

El ruido de motor se venía encima y absorbía todo, paisaje, sombra, cielo, hasta formar un bosque denso de "¡toc-toc-toc-toc-toc!"..., en el que el hombre parado a la vera del camino se aturdió.

No hizo ningún gesto. Ni el camión se detuvo tampoco; dejó dos huellas y una nube de polvo que oscureció el cielo. El hombre quedó envuelto en tierra, sin parpadear siquiera. Después se volteó hacia el camión, escupió a su lado y se mantuvo quieto, armado de saco y palo, con un cómico aire marcial.

– ¿Pa'dónde cogerá el camión? –se preguntó.

Cogió por la derecha, hacia Sabaneta del Medio. La nube de polvo fue haciéndose pequeña, pequeña, y quedó absorbida por el arrebol del llano.

"¡Toc-toc-toc-toc!"..., decía el motor débilmente, despidiéndose.

– Pues yo –contestó el hombre– cogeré pa'las Minas de Pao...

Era un paso cansino, desgarbado, éste del caminante, su saco a la espalda, levantando con sus plantas de pie-raíz minúsculas polvaredas sobre la piel reseca y arrugada del camino. Su palo marcaba pasos cortos de procesión, y así de solemne era la mirada del hombre, baja, apagada, perdida entre la maraña de pelos y la pringosa visera de su sombrero.

La sombra del hombre al morir el día era ya larga, inhumana. Él la veía jugar en los huecos, en las hierbas espolvoreadas del borde del camino, en las piedras, a cada vaivén del torpe caminar de su cuerpo.

Él sabía que el caserío estaba allí, al fondo, detrás de unos copeyes. La tierra despedía como un vaho tenue, y se veía un blanco rojizo enorme estallando contra el azul ya oscurecido del cielo. El camino era como una raya larga, derecha, de polvo ardiendo. Los moriches a los lados del camino parecían fogatas en una tierra sin fin. Y los pies seguían levantando pequeñas ampollas de polvo al camino aún caliente, como horno recién apagado. De bruces, delante, la larga sombra del hombre. Apenas se oía más que un silencio ancho, aplastado, mezclado a un como quebrar silencioso de hierbas y hojas secas, y un despertar perezoso de "croak-croak" de ranas que dormían su siesta de calor a la orilla de los ya agostados charquitos del último aguacero.

– Si yo fuese Dios, haría un charquito a cada rana –se dijo.

El saco se balanceaba al compás de su paso tranco, abrazando la espalda sudorosa del hombre. Un pantalón viejo, dos alpargatas casi nuevas, una arepa y un mendrugo de pan seco habían encontrado ya su asiento hasta la próxima parada. Dos moscas brillantes de sol hundían golosamente sus trompas en la porquería del saco. Viajaban sobre la espalda del hombre, indiferentes a su destino.

Y se apagó el incendio. Como si alguien hubiese apagado la luz del mundo. El hombre se restregó los ojos y se volteó a tiempo de ver que el sol se escondía tras unos morichales en el horizonte. Las moscas alzaron vuelo, quién sabe para dónde. El hombre se sintió más solo que nunca en el camino.

– Ahí está el caserío –se dijo con esperanza.

Y estaba allí, en la ladera derecha de un cerro que bordeaba el camino. Era raro, pero la luz no le había dejado ver lo que veía ahora bien claro, entre sombras frías. Y el paso se hizo trote, un trote corto de hombre contento.

"¡Au, au, au, au!"...

El hombre se detuvo. Sintió un escalofrío que le atravesó la columna. Fue un pinchazo largo, como un hilo. La mirada de esperanza se quebró en un gesto hostil.

– Yo podría encender un fuego aquí mismo para pasar la noche –se dijo cabizbajo, mientras reanudaba su paso de procesión.

Habían nacido en nada unos débiles puntos de luz en el caserío. Había un bombillo alumbrando el borde mismo del camino, frente a la única casa pegada al pie de la ladera. Se calló el perro. Y el croar de ranas creció, hasta llenarlo todo.

– No –se dijo el hombre hablando para alguien que era él mismo–, tengo hambre y apenas me queda una arepa y un trozo de pan seco. Acaso consiga en el caserío un pedazo de queso y una sopa...

Y miró francamente, valientemente, a la casa del camino. "De aquí al caserío habrá como un cuarto de legua –se dijo–. ¿Cuántos pasos será una legua?...". Y siguió cavilando en lo bueno que sería ahora una sopita caliente y un rincón donde pasar la noche... "Uno, dos, tres, cuatro... ¡diez! Uno, dos, tres, cuatro, cinco... ¡diez! Uno, dos, tres... ¡diez! ¡Quién supiera contar hasta mil!"

Y salió la luna. Blanca, brillante. Lo transformó todo. Pintó las sombras de blanco, y el caserío dio un salto adelante, como si alguien hubiese acertado el camino.

El caserío quedaba a la derecha. Había una primera casa en el borde mismo, sola, y unas cuantas reunidas en torno a una iglesia un poco más arriba. Ahora sólo se divisaban unas motitas de luz escalonadas sobre los techos rojos de tejas y unas sombras sobre pequeños pedazos de pared blancos de cal y luna. Y la cruz del campanario, contra el techo enlunado, blanco, del cielo.

El camino se perdía en la oscuridad. Sólo el bombillo prendido bajo el alero de la casa del camino alumbraba un círculo, como la pista de un circo. Frente a la puerta brillaban unas gotas y el pocito de una alcantarilla de aguas negras. Del pedazo alumbrado de camino salía un sendero de piedras que se adivinaba derecho a la iglesia.

El hombre lo observaba todo a distancia, sin detenerse, marchando con paso precavido, corto. El perro volvió a comenzar a ladrar, y al llegar a la altura de la casa había puesto allí dentro, en su cabezota, el estímulo de un rancho abandonado donde descansar. El corazón le daba brincos. Sin mirar, llenos los oídos de ladridos, adivinó el movimiento quedo de una contraventana.

"¡¡Au, au, auuuu!!... ¡Au, auuuuu!"...

El hombre apresuró instintivamente su paso. Iba acosado por los ladridos que rebotaban en todas partes y llegaban rotos, tropezando, fantásticos, a sus orejas, que se le antojaban grandes mamparas colocadas allí para recoger todo el ruido y meterlo en sus oídos doloridos como por un embudo caliente.

Y asomó a la puerta una mujer. Era pequeña, gruesa, con un delantal rojo sobre su enorme barriga de preñada. Debajo mismo de la luz del alero, parecía una enorme bola roja sostenida por dos palitos delgados, con unas greñas incendiadas encima. El hombre vio cómo a la bola roja le salían dos brazos cortos y se le escapaba un grito.

El alarido cortó el bosque de ladridos como una guadaña, y se hizo un pozo de silencio oscuro. Al hombre se le abrió un enorme hueco dentro. Vio a la mujer agarrarse a algo en la puerta. Iba a caer sobre la boca de la alcantarilla de aguas sucias. Dejó caer el saco en la mitad del circo de luz, y corrió a socorrerla.

– ¡¡Un ladrón, un ladrón!!...

El grito salió de la boca de la mujer. El hombre se asustó frente a sus ojos abiertos, sus dientes apretados, sus senos enormes colgando sobre la bola roja del vientre. Miró en derredor suyo y no vio a nadie más. Sólo el perro volvía a aullar como un lobo, un solo y largo ladrido terrible.

– ¿Qué pasa, Rosario?...

El perro se calló. La voz del otro hombre se le vino encima como un alud que llegaba rodando desde arriba, desde el caserío, como piedras enormes, más grandes que casas.

La mujer, como si sólo hubiese esperado que le llamasen, se desmoronó a sus pies. Entonces el hombre del camino corrió. No mucho, pero corrió. Flojo, como hecho de aire, con el corazón brincándole entre cuatro paredes, haciendo:

"¡Cloan-clan, cloan-clan!"...

– ¡Un ladrón, un ladrón!...

Una voz, dos voces... bajando del sendero que conducía a la iglesia... "¡El ladrón soy yo!..."

– ¡Un ladrón, un ladrón!... –Cuatro voces, cinco machetes, seis machetes, siete machetes...

Corría, corría, flojo, como aire. "Aquí está el saco... y el palo..." Corría, corría... "Aquí mismo están, aquí cerquita..." "Ocho machetes, nueve machetes, diez machetes..." Y otra vez: "un machete, dos machetes..." Y todos, uno a uno, se le iban clavando en el corazón de aire que hacía:

"¡Cloan-clan, cloan-clan!"...

Y lo cercaron. El hombre estaba rodeado de hombres, en el centro del circo. Rodeado de hombres y muchachos armados de machetes y palos. Parecían gigantes a contraluz. Entonces el hombre perdió el control de lo elemental y sintió que le corría la orina caliente por las piernas, hasta los pies. Las manos se le volvieron raíz, y sintió las sombras de aquella gente en cada poro de su piel de tierra. Se le puso un hielito fino, quemante, en la garganta, y sintió los ojos secos, retortijados, como chicharrón. No oía nada más que el respirar sediento de hombres que corrían a saciar su sed de venganza, de un batallón, de una tropa enorme que le perseguía a él... Se fue haciendo instintivamente para atrás, lentamente, pasito corto, cortitico, sin ruido... Ahora sentía las piernas húmedas, frías, heladas... Y el silencio iba creciendo, creciendo, y le zumbaba en el oído igual que una detonación laaaarrrga que se hubiese producido dentro de él. Ya se había callado el perro..., ¿qué perro?... ¡Pero si había tres faroles alumbrando el bosque de piernas que le rodeaba!... La luz blanca del bosque subía después arriba y dibujaba facciones largas, sombras negras gigantes, y encendía ojos, ojos; veinte, treinta, cuarenta ojos. Y las piernas se acercaban, poco a poquito. Y él para atrás; despacito, pasito corto, cortitico... sintiendo en cada puntico de su cuerpo el odio que respiraba la gente que le rodeaba.

¡Y el perro!... ¿qué perro?... "¡cloon-clan... cloan-clan!... cloon-clan!"... Los ojos como chicharrón, las manos como raíces... ¡Un ladrón, un ladrón!... "¡Au, au, auu!"... ¡Qué silencio, qué silencio!... –¿Qué pasa, Rosario?...

El hombre tropezó con algo detrás, y dio un grito terrible, animal. Acosado, roto, se lanzó contra el grupo como un ariete. Sintió un dolor fuerte en la sien, otro en la espalda, que hizo un ruido como si hubiese caído un plato lleno de moneditas de plata en una iglesia, un eco metálico y largo, con rueda que rueda de monedas en todas direcciones. Lo sintió distintamente, como el cercado siente la llamada de la policía en la puerta de tambor de un cuarto sin salida. Se dio cuenta que estaba pegado al camino, porque le entró un puñado de su polvo en la boca. Lo escupió. Después fue una lluvia de golpes y un griterío enorme, que fue apagándose poco a poco, como si la cosa no fuese con él y viniese de lejos, de algún otro lugar de la tierra, o el infierno...

Cuando despertó, parecía de día y hacía calor. Le dolía todo el cuerpo, como si fuese una llaga enorme. Sentía las pulsaciones como si le estuvieran templando un arpa en la cabeza. Trató de recordar. No sabía si estaba guindado de un árbol, enterrado o parado de cabeza. Por un momento tuvo la sensación de que le arrastraban por un camino largo, de muchos baches y muchas piedras. Poco a poco se fue concretando la luz a unos puntos. Vio dos faroles a la altura de sus ojos. "¿Dónde se habrá ido el otro farol?"

Detrás, un grupo de piernas de mujer, piernas de hombre, piernas de muchacho. Y un poco más arriba un rumor:

"Ya se levanta, se va a parar..." "¡Ándele!..." "¡Éste es, éste es!..."

Mirados desde abajo, desde el polvo del camino, se le antojaban gigantes, como dioses, silueteados por la luz blanca contra el fondo oscuro del cielo, que parecía negro visto desde aquel fondo de pozo alumbrado donde se encontraba él.

– ¡Éste es, éste es!...

Era un muchacho apenas, casi un niño. Lo reconoció por su voz de grito verde, lleno de miedo y de odio. Aunque parecía un gigante, como los demás. El muchachito le dio entonces un golpe con la punta de su pie, que no le dolió, y lo escupió con sus ojos brillantes de rencor y de miedo, que sí le hicieron daño.

¿Cuánto tiempo haría que estaba allí? Lo mismo podía ser un minuto, que diez, como podían ser cien, mil años... ¿Qué ocurriría a un hombre que despertase después de cien años de sueño, o de mil? Acaso diría que había dormido mal porque le cayó pesado un sancocho o un queso fresco que se comió la víspera... ¿Qué víspera?... Acaso despertamos después de muertos. En otro mundo, o en éste, dentro de miles y miles de años. Y diremos que ayer... O no nos acordaremos... Y otra vez...

– ¡Llévenlo pa'la cueva!...

"Pa'la cueva..." El hombre se preguntó por qué le irían a meter en una cueva... allí estaban el jefe civil, el juez, el cura... Los oía mentar en la conversación...

– ¡Llévenlo pa'la cueva, ya!, ¡mañana veremos!

El hombre del camino buscaba la razón de su culpa mirándose a sí mismo desde sus ojos inyectados de sangre. Tendido sobre el camino, miró a su pobre ropa, llena de polvo, las manos sucias de tierra... Y con ellas, palpando, buscó su saco. Alguien se lo lanzó a la cara de un puntapié. El palo ya no estaba allí...

– ¡¡Vamos, ándele!...

Le hicieron pararse a puntapiés. Le pusieron el saco agujereado encima. Y volvió a buscar su palo otra vez... Era como un pedazo de su cuerpo...

– ¡No necesitas ningún palo, carajo!... –le gritó uno detrás, y lo empujó.

La pequeña procesión alumbrada con dos faroles pasó junto al desagüe de aguas sucias y tomó el sendero que conducía a la iglesia. El hombre cayó tres veces.

Se sintió caer sobre piedra, en un lugar estrecho, donde no podía alargar las piernas. El cajón de piedra era frío y negro. El hombre palpó en la oscuridad la piel babosa de su encierro.

– Esta debe ser "la cueva" –se dijo.

Sólo se oía su respirar corto rebotando cerca, como si fuese de otro. Y su corazón, que ya estaba más tranquilo, hacía de nuevo: "tac-toc, tac-toc, tac-toc"... Tenía el cuerpo tan roto que no lo sentía. Sólo percibía un dolor vivo en un hueco del alma, que seguía despierta.

Una rata se acercó hasta él. La sintió moviéndose inquieta debajo de su brazo. Buscó la entrada del saco, pasó por debajo del cogote del hombre, despacito, sin prisa, y

mordió golosamente en la arepa. El hombre le dejó hacer. Y con la rata royendo dentro del saco que tenía de cabecera, se durmió.

– ¡Ándele, hombre, pa'fuera, échele pa'fuera!...

La enorme mole que llenaba el quicio de la puerta de hierro le dio un puntapié en la rodilla, que tenía doblada, rígida, como una bisagra enmohecida. El hombre se quiso parar, pero no pudo. El corazón le hacía otra vez: "cloon-clan, cloon-clan"...

Era un hombre gordo, redondo, como un cochino; con unos ojos de candil saltones y rojos, los carrillos hinchados como dos globos de a medio, la boca vacía y negra, la barriga enorme enmorcillada en dos por el cinto de mecate, aguantando unos pantalones de media pierna a medio reventar.

– ¿Qué? –se atrevió el hombre.

– ¡Que se me vaya empujando pa'fuera!... ¡Soy la actoridá!... ¡Que este calabozo no es el cuarto de un hoter!...

– ¿Y pa'dónde me sacan?...

– Eso no es cosa mía... Osté se va p'al cipote, pa'donde le da la gana...

– ¿Me sueltan? ¿me puedo ir?...

– ¡Sí, hombre, sálgase pa'la calle, o le doy un bergazo!...

– ¿Y por qué me pusieron preso?...

– En el pueblo creían que osté se había robao las gallinas de doña Leonor..., pero le agarramos anoche. Era el mocho de la Encarnación, un bicho feo que lo van a empujar pa'Ciudad Bolívar... ¡¡Ándele, aproveche –le pegó una coz– o lo encierro otra vez!!...

Y el hombre del camino se calló. Y se fue sin atreverse a mirar atrás.

El agua corre río abajo

Son las dos de la tarde. Las campanadas han llegado desde la torre de la iglesia con ese humilde aire de esquila de algunos bronces viejos. La luz de un sol blanco, casi a plomo, ha diluido los colores y ha tumbado a los vecinos en sus moriches. Hasta la plaga debe estar sesteando. A la orilla del río, que viene recién crecido, con un sordo rumor de carga, se oye de vez en cuando un lamento de muerto. Es como un grito de cosa tensa, de jarcia a punto de reventar un cordel, que sale de entre unos bambúes que han crecido como lentos estallidos de caña grande en la orilla.

Ningún esfuerzo del agua por contenerse, ni gana del bambú por callar su queja, ni la menor intención de la campana de la iglesia de sacudir la modorra de los vecinos. En el pequeño recodo del río, las aguas descansan el vértigo de su carrera para recomenzar el interminable coito con las lujuriosas redondeces de las piedras, apurando su oportunidad de invierno. Y ahí, cansadas de la última colada, insensibles a la fruición del agua que huye, cuatro grandes piedras de lavar, ahogadas en aguas de un gris sucio y quieto de lavadero.

Paralelo al río, un camino de tierra seco como un sarmiento. Y sobre el camino de tierra, un hombre flaco, un par de ojos legañosos mirando correr al río que bebió en la cabecera.

De pronto suenan unos golpes mojados que restallan en el ambiente como si alguien con un látigo tratase de desperezar la tarde. Entonces el hombre, a los estallidos como de cohete, deja su bulto de tela roída, cruza el camino y se mete entre el bambú, con el aire furtivo de robar una gallina.

Avanza con sigilo, arrastrándose. El sol y las briznas de sombra quieta del bambú dibujan sobre sus ropas de liencillo sucio y sobre sus carnes una escamosa piel de culebra.

Hay una mujer lavando ropa en el río. Es en una piedra que está sola, metida en un rincón del recodo. Al hombre le queda la mujer de espaldas. Está agachada sobre la piedra de lavar, con sus pies descalzos pisando cantos rodados viejos de cientos de años. Aquel cuerpo así, visto por detrás, puede ser el de una niña o el de una anciana.

El hombre ha amarrado sus cuarenta años de arrugas entre sus manos y se queda observando a la mujer. Ella apenas se mueve para tomar otra prenda, mojarla, ponerle el jabón y amasarla, como si esta hubiese sido siempre la harina de su pan.

El agua corre con el mismo rumor sordo y tenso de estos días de crecida. La noche antes, el hombre que está boca abajo entre los bambúes le hizo algunas confidencias desde un ojo de puente dos caseríos más arriba. Acaso es la misma agua que viene ahora a descansar cerca de la muchacha y le cuenta cosas que le escuchó decir a él.

Al hombre le va naciendo dentro, sin motivo, una traviesa esperanza de macho. Y entonces mismo su mano busca una piedrita entre el colchón de hojas amarillas del bambú y la deja caer a los pies de la mujer.

"¡Plu!"...

La mujer voltea.

Y con la mano hace un ademán de estirarse la falda.

Después regresa a su artesa de trapos y jabón. Acaso ella estaba esperando que alguien le lanzase una piedrita así alguna vez, porque no le ha salido ningún susto en la cara. Pero la mujer ya no lava como antes de caerle la piedra a sus pies. Ahora se le resbala el jabón azul y blanco. Y mira a hurtadillas por donde asomó la cabeza.

El hombre ha descubierto desde su escondite que la cara de la muchacha es tan bonita como sus pies y sus hombros y el color negro y estirado de sus cabellos lisos. Y que tiene también los ojos muy grandes y dulces.

Los vio cuando ella volteó para recoger una ropa, le miró y respondió a su sonrisa. La mujer parecía un poco cohibida, pero contenta de sentirse así, como buscando un riesgo. También tuvo la impresión de que se había sonrojado. Pero no lo pudo apreciar bien. Fue una de esas sensaciones que uno trata de recordar después para volverla a vivir y no se deja atrapar.

El hombre abandona su cueva de caña grande y se desliza hasta el río sin cuidarse de las piedritas que ruedan sonando como un pequeño redoble de tambor mojado en aquel silencio de río crecido.

De pronto le nace de nuevo la paciencia del robador de gallinas, y toma el aire forzado de andar pescando. Y se va acercando a la mujer haciendo un largo rodeo, chapoteando sus pies descalzos en el agua de la orilla y ahogando las piedras que asoman la cabeza sobre el agua, por si hay escondido algún pez.

Ella le ha sentido venir desde el principio. Hasta con su cara de susto parece contenta. Y le dice con una voz rota de catarro mal curado que se llama Eustasia. Él casi no le deja terminar. Le agarra de la mano y la hala hacia sí. Con su brusquedad, han ido a quedar sentados en el agua. Entonces él le sujeta los brazos como a un ternero recién tumbado y le besa en los labios.

Primero ella manotea un rato, como hacen los animales cuando los están desbravando. Y hasta le dice con los labios prietos que va a gritar. Pero no grita, ni le hace daño con las uñas. Entonces él la besa otra vez y le muerde el labio. Al rato de tenerla a la fuerza, la mujer cede y se cobija en el pecho del hombre.

"¡Oh!..."

El agua ha perdido por un momento su quietud de recodo y se lleva una prenda. Eustasia comienza a llorar. Él se mete en el río hasta el pecho y se la trae como una ploma muerta chorreando agua. Eustasia le sonrío, como se debe sonreír a alguien que ha ganado una batalla en alguna guerra importante.

Entonces es cuando el hombre se siente dueño de algo, porque le pasa el brazo por la cintura y la lleva, un poco a la fuerza, pero sin ruido, entre los bambúes. Ella se resiste lo bastante como para que el esfuerzo resulte con premio. Y el hombre coge las piernas de Eustasia para él como si fuesen parte de algún premio de merecimiento elemental.

Cuando el abrazo se hace de nuevo dos, y los dos se miran en los ojos, y todo aquello comienza a parecer absurdo, ella se pone colorada y le dice que es la primera vez.

El hombre mira ya sin malicia.

Entonces es cuando descubre el reviro de un ojo donde navega una nube blanca. Y comienza a explicarse también la dificultad que tuvo para sujetarla al descubrir la joroba de la mujer. Es cuando ella voltea un poco y le sonrío apenada. Una pena sin dientes;

porque lo que le quedan son dos colmillos. Es cuando el hombre siente los pechos de la mujer flojos, como esos ovillos de lana cuando sueltan el cabo y se desmadejan.

Cuando ella descubre sus senos desnudos le da por llorar, y dice entre sollozos que qué va a ser de su hijo, si nace. Él junta sus piernas y se siente por un instante poseído de un extraño sentimiento de poder, como un dios con el destino de alguien. Pero le baja el ángel a sus pies desnudos y dice a la mujer que es preferible que en adelante los dos caminen separados. Que por qué unir dos quiebras para fundar un negocio.

Y ella se baja entonces la falda, y se le escapa a él hasta el río. Él la deja hacer. Es cuando el hombre descubre también que la mujer cojea un poco. Algo así como si la pierna derecha se hubiese alargado a fuerza de estirones, porque parece más delgada.

La mujer alcanza la piedra del río y vuelve a mirarse en el agua y a amasar la ropa que ha sido siempre la harina de su pan.

El hombre recoge su atadito de tela y coge su camino de tierra con el aire furtivo de haber robado una gallina.

Y entonces mismo, cuando la mujer moja la ropa en el río, que va un poco crecido y estirado de las pocas lluvias caídas en la cabecera, llegan desde la iglesia, despacio, tres campanadas, "tan... tan... tan"..., con ese aire humilde de esquila de algunos bronce viejos.

El cacho

Cualquiera que vea a Ñelo así, en cuclillas, abrazado a sus piernas, mirando al mar desde detrás del único bote que queda en la playa, creará que está haciendo otra cosa. Pero Ñelo, viejo y todo, tiene sus pantalones de un tono ajado bien amarrados. Viste, además, un saco limpio color de mar abotonado en el cuello y un sombrero de cogollo y unas alpargatas negras. Agachado como está ahora, mide más de un metro. Parado, casi dos.

Es un hombre flaco, con brazos que mueve como aspas de molino al caminar. Y tiene dos ojos chiquiticos y risueños escondidos entre párpados hinchados de albúmina, y una boca sin dientes, y un mentón salido y redondo como una proa ya gastada. Todo lo que puede gastarse una proa de pescador en casi setenta años de brega y brega con guaral, mandinga, remos, bote, hijos, mujer, nietos, mar y hasta motor, un "motorcito cinco" que le ayudaron a comprar hará tres años por la Santa Cruz. La brega se le nota en un incipiente ladeo de cintura y en el color, un colorcito de arena mojada que le cambia a verdoso de alga cuando sopla el fresco del poniente al atardecer. Pero una brega que no ha hecho mella en su vieja sonrisa de abuelo, en su disposición de echar una mano al compañero, en su alegría casi infantil de contar un cacho durante las tertulias largas de días enteros en el varadero de botes de pueblo abajo, con los compañeros de siempre.

El sol ya sube por Punta Moreno. Hay una docena de botes a media milla pescando sardina. Hay tres lanchas más frente al farallón. Las demás salieron de Pampatar un poco después de la media noche, y estarán por el Cárpano o La Rama de Ño Hilario o La Barenga, donde ya pinta el carite. Estos son fondos pesqueros para ir con motor. A remo es lejos.

Ñelo tiene los ojos amarrados a los botes que quedan más cerca. La sardina viene retinta. Cuando el alcatraz se zumba en el negrízal es que es sardina. Donde bate el mar es para coger balajú, un pescado largo que anda por la orilla, y desde cien metros se puede pescar sardina, hasta a veces varias millas mar adentro. Ñelo piensa que la sardina es buena carnada para pargo, para carite, para toda clase de pescado. Conoce por un viraje del bote, por una posición del hombre, cuando entra la sardina en la red. Y se le alarga la hendidura de su boca vacía y le brillan los ojitos desde dentro y se le echa la proa de su barbilla adelante, y entonces levanta de un manotazo su sombrero y dice:

"¡Ah, cará!... consiguió el pescaíto... –y se abraza a sí mismo, con sus aspas, batiendo el almacón de su huesero–. ¡Ese Hilario es bien habilidoso, cará!..."

Y se para. Parece talmente un remo vestido. Al remo le sale un aspa, lo dobla y lleva su mano grandota, como una pala, a la cintura. Así, con la mano protegiendo su riñón, es como Ñelo suele decir: "Y el pescaíto nadando y yo detrás..." Y alguien le salta para embromarlo, nada más que para jurungarlo, porque él no se pone bravo nunca: "¿Cómo va a nadar, abuelo, si tiene ese riñón echao a perder?...". Y entonces Ñelo no hace caso, pero quita la mano de su cintura y sigue contando con el sonsonete que pone su emoción en el ritmo: "... y entonces se zumbó contra el bote y..."

El aspa izquierda del remo se desliza insensiblemente sobre la popa de *Elisa*, un botecito de media tonelada, azul lavado y blanco. Está solo, proa a la mar, calzado con tacos de madera, como bote ocioso de temporadista. La mano grande de Ñelo acaricia su embarcación sin mirarla. Donde tiene los ojos puestos es en los botes que andan a la sardina. Ahora es Bacho quien lanza la red desde su *Margariteña*, y "¡cará, estuvo bueno!"... y la mano grandota de Ñelo sigue acariciando a *Elisa*, el único bote de pueblo abajo que no salió esta mañana a la mar.

Ya el sol tiene un palmo sobre Punta Moreno, que perdió su sombra echada en el mar, y la playa, hasta Punta Bergantín, es como un arco grande, templado, cargado en El Fuerte. La costa se ha incendiado con sus amarillos y ocres de arena, sus grises de roca, sus rojos descoloridos de teja, sus verdes de abrojo, sus mates resecos en las enramadas de palma de coco, sus blancos sucios de sal mal cuajada en las arenas bajas de La Caranta. Y el aún reciente azul oscuro del mar se cambia a verde transparente cerca de donde baten las blancas cenefas de la orilla, verde con azules y morados y azulillos, con escamas amarillas y blancas, donde se mecen los botes. Y comienzan a llegar de levante flechas y arcos y otras formaciones de cotúas que llegan todos los días, Ñelo dice que desde la Laguna de Valencia, a buscar comida en la Laguna de Gasparico. Y se enciende también de sol el blanco comido y el azul lavado de *Elisa* y se incendia el sombrero de Ñelo, en quien prenden sus tímidos pelitos blancos de barbita ya espaciada y sus ojitos de hombre alumbrando una ancha alegría de muchacho. Entonces se agacha otra vez para caber dentro de la sombra que ha nacido en la mañana recostadita contra el bote, y de nuevo pone los ojitos en las embarcaciones que pescan sardina a media milla, abrazado a sus largas piernas dobladas sobre sí mismas, como una ballesta que hace tiempo perdió la fuerza de disparar.

Ñelo siente el peso de la tibia sombra de *Elisa* sobre su cara, sobre su espalda, sobre su riñón, sobre sus piernas, como un manto azul y blanco que huele a salitre y a brisa.

Él vio nacer su lanchita desde el mismo momento en que tendieron sobre la arena, bajo la enramadita de palma de coco de Luis Tillerero, la quilla del bote, que es como la base de la embarcación. Era un buen palo de yaque, que todavía se cortaba en la isla, lo que en tierra firme llaman cují. Después le pusieron sus cuadernas maestras y el yugo, que es el espejo de popa, y le plantaron su roa, que es como la nariz de uno. Cuando le pusieron el muerto bajo la quilla, en popa, como el viejo Tillerero ponía siempre a las embarcaciones de pescar y a las piraguas de calar, sabía cómo iba a resultar el bote de marinero y de rápido. Al viejo Tillerero le decían: "queremos una embarcación para una tonelada" y prácticamente trabajaba eso, sin saber nada de teoría. Y salían las lanchas como no hay otras en la isla ni en costa firme. Era cuando Luis Tillerero fabricaba embarcaciones para Coche y para Boca del Río y La Guardia y Juangriego y Chacopata y hasta para Cumaná. Y cuando Ñelo midió a ojo la eslora y la manga y lo hondo que tenía la embarcación, la vio talmente como era *Elisa* ahorita. Después comenzaron a vestirla con barengas, y de entre las barengas le fueron metiendo las demás cuadernas, cortadas con hazuela, algunas en madera de palosano o vera, otras en yaque, y después cortaron las tablas, con medidas tomadas por medio de fasquías para darle la curvatura, y más luego las pegaron a las cuadernas por prensa. Después, como al mes de poner la quilla, vino la tapa, y *Elisa* quedó completa, con curvas y todo. Entonces la carenaron

con los hierros y la estopa preparada con aceite, después le pusieron la masilla, le dieron su baño de aceite de linaza y la pintaron. Cuando le dieron la segunda mano y le pusieron *Elisa-Pampatar*, resultó la embarcación más linda salida desde siempre de la enramada de Luis Tillerero.

Ya desde entonces Ñelo supo que duraría más que él. Porque a un bote, cuando se hace viejo, se le cambia una tabla, o se le pone una cuaderna nueva o se le pinta, y siempre está el bote ahí. No es como uno, que le ponen un brazo de goma y una pierna de madera y llega un momento en que se acaba; no el repuesto, sino el lugar para amarrarlo.

En las embarcaciones, una tabla nueva ahí mismo se hace bote. Lo que sí se acaban en los botes son los motores.

El motor de Ñelo prende en tierra y en la mar no prende. "Debe ser la cámara. Estos mecánicos de por aquí no saben nada. En esos grandes talleres de la costa firme sí saben..."

Ya son tres meses con el desperfecto. Y tres meses sin salir a pescar. Si alguien se atreve a decir que es por lo viejo de uno, no es verdad. A Ñelo le pasa un nudo como un puño así por la garganta cuando al llegar en la madrugadita, con los demás, alguien le dice para mortificarlo:

– ¡Ah, aquí está el viejo, cará!... ¿Cómo está ese Yonson?...

Porque el suyo es un Yonson-cinco, que ¡era como un rayo, cará!..., pero que ya no vale la pena. Las piezas, y que las tiene malas. Que los mecánicos no le encuentran nada. "Dicen que será la cámara; la cámara es donde están los pistones..." Pero eso no quiere decir que su lancha sea una lanchita de palero. Es su motorcito cinco el que está echado a perder. Que lo diga Pedro Antón, mal llamado "animal de montaña", porque aquí, en la mar, todos tienen su mal nombre. Pedro Antón no es hijo suyo, pero es familia. Ellos siempre iban juntos, porque los hijos de Ñelo no están aquí; lo que quedó de sus hijos en la casa fueron cuatro nietos. Que lo diga él, Pedro Antón, si su bote es una lanchita de palero...

"¡Cará!... Bacho es bien chiva... ¡Ahí le viene otro retinto de sardina. La escurana camina, camina, Bacho..., ese bote, compadre... ¡Ahí está!..., ¡eso es!... y ahora ¡hala, hala, compañero!..."

Ñelo y su bote siguen desde la playa todos los movimientos y todos los apuros de sus compañeros de mar. La lancha, quieta, con su color de salitre; el viejo doblado, dentro de la menguada sombra del bote, moviendo los brazos como aspás, con un ala de su sombrero ya llena de sol.

Hay dieciséis botes en pueblo abajo, en la playa que termina en Punta Moreno, y hasta cincuenta lanchas habrá, bien mirado, en Pampatar arriba o La Caranta, que termina en Punta Bergantín, y no hay un bote como *Elisa*. Los hay más grandes, ¡cómo no!, y más pintados y más todo; pero así, completico como *Elisa*, ni siquiera uno.

Para saber lo que vale un bote, hay que probarlo a remo. Hace años, cuando nació *Elisa*, en Pampatar abajo sólo había seis botes; los de Braulio Carrillo, Francisco Acosta, Tomás José, Félix Salazar, León Tillerero, hermano de Luis, y él, Cornelio Mujica, que para todos menos su mujer es Ñelo. A los remeros de entonces los llama "bueyes"... "¡Aquellos tiempos, cará!..." (el sombrero arriba). Iban a los carites hasta Guanare, frente

a Puerto Fermín, que es El Tirano, que son como cinco millas. Salían a media noche, y cuando las cotúas regresaban a comer al Lago de Gasparico, cerca de las seis, como van todavía, las embarcaciones estaban a frente a las diez islas de Los Frailes. Entonces se ganaba menos, pero se vivía mejor... (sombrero abajo).

Ya el motorcito no sirve. Hay que conseguir uno nuevo.

Ñelo se echaba todavía su pescaíta hasta hace tres meses, "pa'uno vivir", porque, bien mirado, salir a la mar no da ni para sancocho. Pero algo se descompuso dentro de las tripas de su motorcito cinco. Antes se iba a remo, pero ahora no. Ahorita no hay tiempo para remo. El Gobierno se debe dar cuenta de eso. ¡Están viviendo muy mal! ¡Hay veces que no se halla qué pescado poner en las planillas!... Antes, si les tocaban cinco bolívares, gastaban tres y les sobraban dos. Ahora no les alcanza para comer el día. El pescado está más caro, es verdad, pero ahora hacen menos y los víveres son más costosos.

Sí, ahorita se pesca menos. Y es porque el pescado anda lejos. Vienen de fuera con máquinas de argolla, cercan el pescado dondequiera que lo encuentran, le meten un bombillo bajo el agua para que el pescado se abolle; entonces lo cercan con las argollas, lo cargan, y el resto del pescado, asustado, se va. Y pescado que se va, no vuelve.

Ellos, que son pescadores de guaral, con motores de fuera, que también llaman de borda, pescan todo a anzuelo, y su pescaíto está cada vez más y más lejos, donde no alcanzan los remos. Hay la mandinga, para curel, arachana, pargo, sardina y hasta carite a veces, pero sólo para cuando el pescado entra dentro. Lo de la sardina perjudica la pesca de guaral, porque la tienen dos y tres días, por lo mucha, y con la hediondez, el pescado se va. "Eso debería privarse..."

"¡Ah!... -Ñelo, con su sombrero y su hombro izquierdo ya llenos de sol bracea otra vez, se para, como un palo, y señala con un dedo largo y flaco unas manchitas blancas en el mar-. ¡Cará!... es curel!... -y bajando la voz- o puede ser tonino... si es curel -la voz arriba- puedo esperar que se acerque y lo cogemos con una mandinga...", -y el viejito sigue el avance con la punta gastada de su barbilla adelante.

Echa el sombrero para atrás, se quita con el dedo índice unas goticas de sudor que le perlean debajo de la nariz, avanza dos trancos largos hasta la proa de *Elisa* y se agacha donde la sombrita es más larga, y los dos, bote y viejo, de nuevo mirando al mar juntos.

"Hay que esperar que se acerque a tierra pa'cogerlo con mandinga..."

Su motorcito cinco está maluco, no prende. El único que puede ayudar es el Gobierno; si no ayuda el Gobierno, no ayuda nadie. "De que yo tengo esperanza es del Gobierno." Si no halla medio de trabajar, llevará su botecito a la casa. No tiene la manera de componer su motorcito cinco. Si hallara quien lo comprara, él lo vendiera e hiciera la manera de ponerse en uno nuevo... Los motorcitos, después que se echan a perder, son una vaina.

A Ñelo se le han puesto los ojos aún más chiquiticos de seguir el avance de curel. Se echa su sombrero adelante, para descansar, y mira a la arena, que todavía está fresca. Entonces dos rojos y fondos verdes, y sobre estos fondos, como mares, unos botes de colores. Poco a poco los va distinguiendo. Están la *Margariteña* de Salazar, y *La Virgen del Valle* de Ño José, y *El buen viaje* de Hilario... ¡Y aquel retinto de sardinas, cará!... Y aquel mar de carites, pargos y curbinas y picúas y anchoas...

Ñelo tiene un momento de indecisión, como si, tan cerca aún de la vigilia, su recelo de viejo sospechase un engaño. Pero en seguida se endereza, y corre, tieso, largo, braceando, hablando con alguien que no se ve. En un altico, cerca de la playa, hay un ranchito limpio, con una enramadita al fondo. Entra Ñelo al fondo de la casa y recoge del piso dos remos largos, los carga sobre el hombro izquierdo, descuelga los rollos de guaral y los ensarta en el mismo brazo; después, con su mano derecha recoge del suelo un gran rollo de cuerda y la anclita para fondear, ¡y sale caminando con paso de legua, cará, cerro abajo!... Y de un salto se pone en el bote. Zumba los remos y los guarales y la cuerda con su anclita dentro, y levanta a *Elisa* por la proa, le quita el calce, hace lo mismo de atrás, livianito el bote, como si hubiese vuelto atrás de muchos años...

– ¡Cornelioooooo!... –Es una voz vieja en espiral, que entra como un tornillo hasta el fondo del oído de Ñelo.

Esa es *Elisa*, su mujer... Ya le va a echar su bollo por salir solo a la mar...

Ñelo no la oye, pero sabe lo que le está diciendo su mujer. Pero lo que es hoy sale. La voz de su mujer se la comen la brisa y el mar, y Ñelo se descalza y deja sus alpargatas en popa y empuja su bote, que se desliza como si le ayudase una cuadrilla de hombres. Las olas hacen dar dos, tres brincos a *Elisa*, pero la lanchita se endereza y flota, derecha, guapa, como en sus buenos tiempos. Entonces Ñelo monta de un brinco sobre el bote, cruza los puños de sus remos y... ¡ah, cará, esa embarcación si era buena!... ¡Que su lanchita era un botecito de palero!... ¡Ja!... ¿No hay nadie en la playa ahora?... Nadie... En el mar tampoco. Se habrán ido a algún fondo a pescar. ¡Con todo el pescado que hay aquí, sólo a la altura del farallón!... Ahora lo puede ver bien clarito...

¡Ah, cará!... El vivero tiene el boquete sin taponar y hace agua. No es que se vaya a hundir el bote, porque el vivero ya está preparado para pescar a lo vivo, y el agua no alcanza sino un nivel. El invento lo trajo un español "hacen años", y Luis Tilleró le puso después su vivero a *Elisa*. Así no era como antes, que tenía que tener un muchacho achicando el agua.

El que inventó el vivero debía ser un hombre avisado, y flojo, porque ¿cómo se pone uno a pensar que haciendo el vivero de esta manera no hay necesidad de achicar, y que poniendo la concha en el boquete lo que se dice "en la contra" se llena el vivero de agua, y que poniéndola al revés, se vacía ello solo? Eso es de flojo; pero de un flojo muy vivo...

Pero no hay tiempo de andar con el vivero en la cabeza. Ahí está el pescaíto... ¡Y rema y rema!... y *Elisa* se hunde justo lo necesario para avanzar más, y hasta el vivero lleno de agua parece ayudarla en lugar de frenar como un lastre...

¿Y la sardina para carnada?... Primero tendrá que pescar la sardina. No hay apuro. ¡Pero no tiene red!... Se le quedó en la casa. ¿No sería eso lo que gritaba *Elisa* desde la enramada? Pero qué va, ella lo que le decía es que no se fuera. Pero él tiene fuerzas y brío para salir a pescar solo...

"Santísimo Cristo, haz que eche mi pescaíta con bien y que coja un cargamento de cumaro y pargo que brille como los milagros del Cristo..."

Y rema y rema, cruza el puño por arriba y cruza por debajo, y "toma guaral, pescaíto; muerde, que mi sardina es fresquecita..." ("... ¿De dónde sacaste la carnada, viejo?", una voz). Ñelo callado. Y "¡sás, sás!", como latigazos, el guaral, y el pescaíto que

no muerde. Y p'acá el guaral y p'allá el guaral; "¡sás, sás, sás, sas!" los estirones, y siempre el anzuelo peladito...

El pescaíto debe estar más arriba, detrás del farallón... ¿Y si fuese al fondo del Carpano?... "Vámonos, botecito, p'allá"... Ñelo rema y rema, y *Elisa* adelante, guapa, fina, "sís, sís, sís, sís, sís", cortando el agua suavemente, como una tijera bien amoladita. Ñelo enfila a barlovento de la cabeza de La Ballena. Es un bogar tranquilo, ágil, limpio, como en sus buenos tiempos. ¡Que Ñelo era viejo, porque apenas había cumplido los setenta años!... Y *Elisa* con él, en el mismo esfuerzo, sintiendo desde los garrotes en que se apoyan los remos hasta el espejo de popa, que es el yaque más descansado de la embarcación, el ritmo del mismo bregar poderoso que nace en los pies descalzos de Ñelo, apoyados dos cuadernas más abajo, toma fuerza en las rodillas, respira en los fuertes pulmones del pescador y sale por los dos brazos largos que cruzan y recruzan los puños de los remos, "rís, rís, rís..."

Y otra vez, "¡sás, sás, sás, sás!...", guaral para acá, guaral para allá, cruzando y recruzan los brazos, como liando un enorme paquete invisible... Y otra vez nada.

"En este fondo ya no queda pescado –dice Ñelo–; se iría más al norte, a la Rama de Ño Hilario." Es un fondo donde hay rama y que se llama así porque lo encontró "un señor antiguo" que lo consiguió primero. Y "rís, rís, rís, rís", el remo, y "sís, sís, sís, sís", cortando el agua *Elisa*, "plá, plá, plá, plá", el mar en el costado de la embarcación.

Y en la Rama de Ño Hilario, lo mismo.

Entonces a sotavento, rema y rema, a La Barenga. Y en La Barenga, nada. Y otra vez al sur de El Cárpano, a un fondo que llaman La Ermita, porque se marca con la ermita de Los Robles, que tiene que pegar por sobre del Coronto, ese cerro puyúo que está ahí, cerca de Bergantín. Y en la ermita, brega que brega, y nada.

Entonces a Ñelo comienza a desinflársele el pecho como un globo pinchado, y a sus rodillas se le agarrotan los goznes, como si fuesen de hierro viejo, y hasta se oye un "crik-crak" cansado que llega desde algún lugar de *Elisa*. Es cuando Ñelo levanta su sombrero y mira con los ojos más chiquiticos que nunca hacia Pampatar, y ve primero el farallón, y después las casitas, y la playa, que asemeja un pecho de mujer, con su rada resguardada por Punta Moreno y Punta Bergantín, que son como dos pezones. ¡Y se rehace!...

"¡Cará, que hay que conseguir el pescaíto!..."

Y como a la voz, aunque Ñelo sólo lo haya pensado, se levanta una brisa fuerte, como de tormenta. Y Ñelo mira al cielo con temor, piensa por un segundo en El Viejo, como para recordarle su petición de un rato antes, y boga y boga hasta poner el cerro o la cuchilla de Guarapotú por la quebrada de Punta Gorda, un cerro que queda en la playa de Comoquerigua, y después, ya peleando abiertamente con la brisa y el mar cada vez más bravo, a El Chaure, que queda a sotavento de la ermita, un buen punto parguero. Y nadando el guaral y arañando en el mar los anzuelos y braceando las aspas de Ñelo con sus prolongaciones de remo entre silbidos de la brisa; pero el pargo sin dejarse coger. Y entonces hacia Los Blanquizales, un punto donde blanquea la piedra, que llaman de Maitilio, pegando la Punta Moreno con la casa de La Salina, sobre un cerrito que queda a barlovento. Ñelo, para más seguro, lo coge además con la piedra "ahogá" que sale por la Punta de La Ballena...

"¡El primer pescaíto!..."

Pero la alegría de Ñelo al halar el guaral se vuelve cacharo. "Pescar cacharo es trabajo de vagabundos, porque es un pescaíto pa vender por cuartillo, un pescaíto ahí..." Y Ñelo, digno, lo bota al agua.

Y entonces a El Tomás, que se marca en la trompa del morro del Porlamar con el rabo de farallón, que lo descubrió el tuerto Tomás "hacen ya años". Y tampoco nada. Y el mar más bravo, la brisa más fuerte, Pampatar más lejos, *Elisa* más cansada y él, Ñelo, como en pedazos, con los brazos volando, los pies en el mar, con los riñones heridos con clavos de a palmo y las rodillas rechinando como herrumbre.

Entonces, de entre el polvo de agua que trae el viento y que casi no deja ver ni el farallón ni Pampatar ni las puntas, como un silbido de diablo huyendo, un como galope de mil caballos:

"¡Tracatá, tracatá, tracatá!"...

Y el ruido cada vez más cerca y más duro:

"¡Tracatá, tracatón, tracatón!"...

Y entonces una luz terrible, como un relámpago, y otra vez la neblina y el viento, y *Elisa* como gimiendo, y Ñelo... "¿y los remos, dónde están los remos?..." Y otra vez:

"¡Trocotón, trocotón, trocotón, trocotón, trocotón!"..., como mil caballos huyendo como diablos ante una cruz...

¡El alma del Tirano Aguirre galopando en la tempestad!...

"¡Trocotón, trocotón, trocotón!"...

¿Cómo podrán los caballos galopar en el mar?... ¡¡Un espanto, un espanto horrible!!...

Después, de nuevo el silencio del mar, un silencio de viento y tormenta; y el bote barloventeando, al garete...

Entonces mismo, en ese mismo instante, un enorme pescado a sotavento...

¡Pero un pescaote así!... ¡Y Ñelo que se pega detrás, rema que rema! Y Ñelo acercándosele más y más. Y cuando llega como a veinte metros... ¡zás!, el arpón ("si no llevas arpón, Ñelo", una voz de alguien como cuando le interrumpen un cacho), pero Ñelo derecho al pescado, y el arpón también justo en la mitad del amplio lomo gigante; y nadando como loco el pescaote, y corriendo *Elisa* como si fuese volando, y Ñelo soltando guaral... Y por fin el pescaote que cede y cede, y se deja halar... Entonces Ñelo, ¡guaral p'acá, guaral p'allá, el pescaote muerto cada vez más amarrado al costado izquierdo del bote, y *Elisa*, tan valiente hasta entonces, que comienza a acostarse y a hundirse; pero entonces Ñelo pone más guaral, dice unas palabras de aliento a *Elisa*, y todo listo, como en un sueño.

Y entonces mismo, cuando estaba todo listo, comienza a llover. Pero no una garuíta, sino como si se estuviese vaciando un mar. Son las nubes mismas que se vuelven todo agua salada, y se hace tan oscuro que no se ve nada, ni el pescado, ni siquiera las manos grandes de Ñelo, agarradas quién sabe a qué. Y luego viene más viento, y el mar se pone más bravo. Mar por arriba, mar por abajo, mar por los costados...

"Un paquete de velas al Santísimo Cristo si salgo con bien..." ("¿Y la petición de hace un rato?", la voz de antes.) Ñelo está dispuesto a quedarse sin el cumaro y sin el pargo, pero si se pudiese salvar el pescaote.

"Me dejas sólo el pescaote..."

El Cristo no dice nada. Y entonces mismo, como un castigo un grito de *Elisa*, como de choque, y Ñelo, tan largo como es, de cabeza al mar...

– Cornelio, Cornelio...

Es Elisa.

– Como que te dormiste... Yo esperándote con el desayuno y tú durmiendo, pegado a tu bote...

– Sí, vieja, ya va...

Ñelo se para despacio. "El curel ya se ha ido..." "Vaya con Dios el pescaíto..." Las rodillas las tiene duras, como hierro viejo, y el mar está tranquilo y azul con verdes blancos azulillos y morados en pedazos, y el sol está ya muy arriba, y toda la playa, desde Punta Moreno hasta Punta Bergantín es como un caliente abrazo de mujer, con su agrio olor a salitre y su regusto de alga.

Y despacio, como si estuviese cansado, pero erguido, con la mano derecha en el costado, Ñelo sigue sin decir palabra a su mujer, cerrito arriba, hasta donde están los guarales y los remos y la red que no se llevó, y la anclita para fondear. Y comprueba, por si acaso, uno a uno, si están todos...

– ¡Un buen cacho para los muchachos, cará!...

– ¿Qué dices, Cornelio?...

– No, nada, que estoy pensando en cómo hago para componer ese motorcito cinco, ¡cará!...

Punto y aparte

Hay hombres que han nacido para ser ricos, y otros que llevan el signo de la pobreza clavado en la frente hasta morir. Nadie ha descubierto aún la misteriosa ley que rige los destinos del hombre en la vida, pero a menudo se manifiesta el signo de lo fatal.

A J.E. no le va ni mejor, ni peor. Simplemente, le va mal. Ahora que ha llegado casi al final del camino, mira atrás y se asusta; delante de él no se atreve a mirar. Hay hombres que han nacido con el destino hecho; unos son ricos y buenos sin esforzarse; otros convierten la vida en una pelea constante de superación, y no consiguen sino caminar de rodillas, abatidos a cada golpe. A quien le ha ido tan mal aquí, ¿se resigna a sufrir las penalidades como una prueba o pelea sin desmayo para llegar a lo mismo, para morir? Bueno, y la muerte, ¿qué será? ¿Punto y aparte o punto final? Este laberinto le tiene enredado a J.E. Pero en esa misma interrogante de su futuro, después del punto, hay tesoros de esperanza escondidos, que son parte de la esperanza inagotable de la Humanidad.

Poco puedo hacer yo por J.E. cuando yo siento a menudo la angustia de la misma inquietud. Pero le voy a contar un sueño que tuve. Porque los sueños, cuando son puros, tienen algo de mensaje de eternidad.

En una pequeña estación de provincia montaron dos hombres en un tren. El uno, un caballero distinguido, de unos cincuenta años, se entretuvo despidiéndose de sus familiares desde la ventanilla. El otro, un viejito desaliñado, arrastrando una pierna, con un zurrón a la espalda y un extraño bulto bajo el brazo, tomó asiento en el mismo compartimiento, y estuvo observándolo, enternecido. Cuando arrancó el tren, el caballero se sentó frente al anciano, dejó resbalar su mirada sobre él y quedó absorto observando el paisaje. El viejito parecía un poco azorado, y después de unos visibles esfuerzos, le saludó. El caballero lo vio apenas, se acomodó mejor y quedó mirando por la ventanilla. El viejito del zurrón hubiera preferido marcharse, pero tampoco a esto se atrevió. Y quedó rígido, molesto, hasta respiraba con precaución. Aquel tren no llegó a su destino. O llegó, es verdad. Cedió un puente que estaba en reparación, y el tren entero fue a caer al fondo de un terrible precipicio...

De nuevo los vi juntos. Y también iban solos. El viejito, arrastrando su pierna, el mismo zurrón a la espalda y un extraño bulto debajo del brazo. El caballero, tocado de sombrero, atildado y desdeñoso, no avanzaba más que él, a pesar de su ligereza. Era un camino largo, largo, que se perdía como un hilo en el horizonte. A un lado y a otro, un extraño paisaje de nubes blancas, y arriba, el cielo, de un azul intenso, donde brillaba un sol enorme que parecía reír a carcajadas.

El señor elegante iba cansándose visiblemente, mientras su compañero de viaje avanzaba un ritmo igual, contoneándose graciosamente al compás de su cojera.

– Caballero –dijo dirigiéndose a su compañía–, usted está cansado, y hasta puede que tenga ganas de comer alguna cosita. Yo llevo algo en mi zurrón, que no debe

rechazar por ser pobre. Ahí veo un hermoso árbol a la vera del camino. Podemos sentarnos, descansar y comer. Por lo que veo, este camino es muy largo, y no llevamos trazas de encontrar una posada.

– Muchas gracias. Me muero de envidia pensando en lo que puede esconder vuestro zurrón, y tengo unas ganas enormes de sentarme. Pero parece que os equivocáis, porque yo no veo ningún árbol que pueda ofrecernos sombra en este camino.

– ¿No lo veis, señor? Estamos debajo. ¡Y esta grama como una pelusa que invita a echarse a dormir! ¿Que no la veis? ¡Es raro!... Pero vamos a comer, acaso el sol os ha hecho daño...

Yo tampoco vi árbol alguno. Pero cuando el viejito mostraba tanta satisfacción de estar allí, algo debía haber. Abrió su zurrón, sacó medio pan, un pedazo de jamón, un trozo de queso, y ofreciendo al caballero un enorme cuchillo de cachas blancas con remaches dorados, le invitó:

– Tome lo que le apetezca, sobra para los dos... Usted es del pueblo aquel donde subimos al tren, ¿verdad? Es raro, yo nunca me fijo en los nombres de los pueblos que visito. Yo soy músico, ¿sabe? Tengo mi guitarra. No debo tocar tan mal cuando vivo de lo que me pagan por oírme. Bueno, creo que también debe andar un poco por medio la caridad; pero yo siempre me he empeñado en creer que es por lo que toco. Y con eso me conformo. Yo me acomodo fácil a las cosas. ¡Es que no he tenido otro remedio! Primero empecé a protestar, pero eso no sirve... ¡Yo no tengo escuela ni nada! Apenas sé leer. Sólo sé tocar la guitarra... Pero usted debe ser un caballero importante, ¿verdad?...

– Yo lo era, sí, señor. Yo era el alcalde; casi todo el pueblo era mío; pero no sé nada más; en mi vida he leído un libro entero ni he aprendido a sacar una cuenta a derechas... Y, ¡créame!, ni me hacía falta.

– ¡Ah! ¿Usted es el alcalde?... Pues le voy a contar un secreto, señor alcalde: ese pan y ese queso que está comiendo ahora es suyo. Me lo dio su criada, compadecida de mi traza. Pero hay algo que no le favorece; me recomendó que me alejara del pueblo, porque su amo, el alcalde, no podía ver a un juglar pedigüeño; que tenía el alma muy negra, y que a ella le escandalizaba tan poca caridad... Y perdone usted la franqueza; pero como ha llegado la hora de aclarar todo en esa oficina de Dios, pues ¡no veo ninguna ventaja en engañarnos!

– Tiene razón. Y le propongo un trato. Para prepararnos a contar nuestra vida y milagros podemos recordar nuestras virtudes y pecados. Así podemos estar olvidados. Y podemos hacer memoria de nuestros pecados.

– Me parece bien. Puede que tenga usted muchos, pero de mi boca va a escuchar usted unos muy gordos, que no sé, no sé...

– En mi familia, que yo recuerde, todos mis antepasados han sido alcaldes y ricos. No sé si empezaron siendo ricos o alcaldes; pero yo he descubierto que lo uno ayuda a lo otro. Yo no he tenido necesidad de estudiar ni de trabajar. Nunca me ha gustado la escuela, ni me ha hecho falta el trabajo; y creo que eso no es cuestión de afición, sino de necesidad. Yo crecí como crecen los árboles, sin esfuerzo, y eso me parece a mí natural. Lo que no me parece bien es que haya pobres estudiosos, pero eso no lo puede uno remediar. Yo me dediqué a lo mío, a ser rico y a ser alcalde. Después me encontraron novia que tenía los mismos gustos y fortuna que yo, y me casé. En eso coincidí con los

demás, porque los demás, también se casan; pero tampoco fue por vocación. Yo, para mi gusto, hubiera sido fraile. ¿Por qué? No lo sé; pero me parece que viven muy tranquilos, se les respeta, y de ñapa ganan el cielo. Porque eso sí, yo soy creyente, y he hecho muchas obras de caridad. Yo hice donación de un altar entero para la iglesia del pueblo, de un sagrario de oro, de una imagen de Nuestro Señor en tamaño natural; yo he ayudado a construir un hospital; he establecido una beca anual para nuevos sacerdotes; en fin, he hecho muchas otras cosas que estarán anotadas, sin duda. También habré cometido faltas, ¡claro es! Recuerdo, por ejemplo, que una vez robé plata de la iglesia: eran las fiestas patronales del pueblo, yo era muy jovencito; a la puerta de la iglesia había una bandeja donde los fieles iban depositando sus limosnas; yo pasé una vez, no me atreví; volví otra vez, tampoco; pero a la tercera alargué un poco más el brazo, cerré la mano y apresé entre dos dedos una moneda de plata. Pero yo la devolví, he devuelto mil. Después habré cometido muchos desaciertos, pero siempre he cumplido con mi deber. Yo tenía que seguir la tradición, y para poder dar a mis hijos lo que recibí de mis mayores, he tenido que defender mis reales. Yo tuve cinco hijos, se me murieron dos. El mayor ya es un hombre, se casó como yo, y estará a punto de ser alcalde, como todos. Esa es la vida, amigo...

– ¿Y eso es todo?...

– Bueno, ¡todo!; pero lo más importante, sí.

– ¡Pero usted es un ángel!... ¡Oígame a mí! Verdad que yo no tuve esos principios, pero ¡caray!... Yo sí he sido malo. Yo no conocí a mi padre, y empecemos por ahí. Mi madre me quería, no cabe duda, ¡la pobre!; pero ¡bueno!, que me dejó también. Fui a parar a un orfanato; menos mal que había alguien que me daba de comer y de vestir; en medio de todo tuve suerte, porque hay otros que se la pasan debajo de un puente. Pero vea usted si fui desagradecido, que me escapé. Cuando cumplí los doce años, ahí mismo me fui. Los amigos de uno... ¡se puede figurar! ¡Con decirle que nunca he pisado una iglesia se lo digo todo! ¿Fraile, dice usted? Yo les tenía una rabia que no los podía ver; y eso porque uno de ellos un día me chafó la nariz por escupirle en el cordón...

– ¿Le escupió? ¡Jesús!

– Fue una apuesta. Mis amigos y yo vimos que otros se acercaban y le besaban; como eran muchachos bien trajeaditos y limpios a quienes no podíamos ni ver, se nos ocurrió escupir lo que ellos habían besado; el que no lo hacía tenía un castigo. Cuando llegué yo, era ya el tercero, y a mí me agarró... Otra vez, estuve en la cárcel; fue por robar una bicicleta; me cazaron en un dos por tres; yo no he servido nunca para ladrón. En cuanto mis amigos se dieron cuenta que no les ayudaba, me botaron. ¡Qué iba yo a hacer!, pues me dediqué casi a lo mismo, a levantar. ¡No mucho, eh!, ¡justo para comer!... Casi siempre levantaba en el campo: una que otra gallina, papas, fruta... ¿No viene todo eso directamente de Dios?, ¡pues es de todos! ¡Eso es lo que he dicho siempre!... De lo que hacen los hombres, de eso no he vuelto a robar más nunca: ni dinero ni cosa parecida. Entonces tomé el gusto por los paseos, por caminar por el campo, de un pueblo a otro. ¿Que se me rompía el pantalón?, pues lo cambiaba por alguno tendido en cualquier patio, pero robar, ¡no!, sólo lo cambiaba; alguna mujer lo compondría mejor que yo; eso también es justo, ¡caray! Más justo que tener una mujer

que le remiende la ropa a uno. Porque también pasé por ahí. Pero antes he de decirle cómo me hice comediante, que a eso debo yo mucha de mi experiencia.

Llegué de noche a un pueblo pequeño donde actuaba al aire libre uno de esos grupos de desheredados que andaban como yo, pero en grupo, haciendo monadas. Me puse detrás de la gente, y estuve allí un rato. En medio de la función pidieron un voluntario para ayudarles en un número; no salía nadie. Al insistir otra vez, ofrecieron una pequeña recompensa para el ayudante. Entonces salí yo. Pero nada más verme en aquel círculo de gente que me miraba a mí, me dio pena, y quise devolverme; en mi azoramiento tropecé con una cuerda y caí; todos se rieron de la gracia; todos creyeron que yo era del grupo de comediantes, vestido de payaso, ¡figúrese usted mi facha, caballero! Pues ese fue mi debut, como dice la gente del circo. Allí me daban de comer y algunas ropas a costa de hacer reír por las noches, y allí aprendí muchas cosas útiles, como tocar la guitarra. Allí cometí también algunas tonterías, porque me casé con Eulalia, una muchacha flaca, pero bastante bonita, que se dejaba hipnotizar y era cómplice de otras patrañas. Con ella tuve dos hijos. Y viví en el circo hasta que me cansé de ella. Yo quería a mis hijos, pero, ¿con quién iban a estar mejor que con su mamá? Dejé a todos y me fui. Eso me remuerde la conciencia todavía; pero a lo hecho, pecho. Después volví a levantar, siempre cosas hechas por Dios para todos; tocaba la guitarra en los pueblos, sin fijarme cómo se llamaban ni a quién quitaba las gallinas, y así me hice viejo. Hasta hoy. Bueno, caballero, ya lo sabe todo. ¿Nos vamos?...

– Sí, debemos irnos. Pero, dígame, ¿nunca confesó usted esos pecados?

– No, señor. A mí me contaron las hermanitas del orfelinato que Dios está en todas partes; pues eso basta; yo no le cuento mis cosas a nadie más. Bueno, ¿y qué adelanta usted con decírselo al cura?

– ¡Que me perdona los pecados!...

– ¿Todos, todos?

– ¡Claro que sí!... Siempre que me arrepienta de ellos.

– Y, ¿si los vuelve a hacer?...

– Lo mismo. Los curas perdonan siempre.

– Entonces, ¡yo he sido un tonto de siete suelas!... ¿Y usted lo hizo?

– Yo me confesaba todas las semanas, y comulgaba...

– ¡Caray! Pues eso ya no tiene remedio. Yo diré ahí que no sabía nada de eso. ¿Nos vamos?...

– Si en algo puede servirle, me tiene a la orden. Acaso pueda interceder por usted...

Es un tribunal extraño. Los dos hombres están de pie. Frente a ellos, en toda su Serena Majestad, Dios, sentado en un enorme sillón de nubes blanquísimas. Cerca de él, San Pedro, con el aire un poco malicioso y socarrón del viejo pescador que ha cogido muchos peces gordos; entre ellos dos y los enjuiciados, una balanza enorme, compuesta de una columna de más de tres metros de altura, dos brazos enormes y, colgando de ellos, dos grandes platillos. El fiel, una aguja de más de un metro, marca cero en un cuadrante que forma un arco de casi media circunferencia. ¡Y qué silencio! Si se pudiera pesar el silencio de aquel tribunal, no habría balanza que lo midiera. El viejo del zurrón

y el alcalde tiemblan de pies a cabeza. Pedro sigue mirándoles maliciosamente, sin mover un labio ni una pestaña. El anciano juglar está ya deseando llegar al infierno para escapar de aquella tortura abrumadora del silencio absoluto. El alcalde hace un esfuerzo por recordar sus buenas acciones, para no dejar una sin relatar ante el Tribunal Supremo, y siente la angustia de la posibilidad de olvidar alguna. Y continúa el silencio absoluto, que es un silencio mucho mayor que el de la tierra...

– ¡La primera pesa!

Ha sido una voz como un trueno, pero sin dureza, una voz completamente nueva. San Pedro se pierde detrás de una nube, y regresa ágilmente con una enorme bola que lleva sin esfuerzo en una mano. La coloca en el platillo izquierdo, que cae violentamente sobre el piso de nubes. El otro platillo queda arriba, a unos cinco metros de altura.

– ¡El alcalde!...

Otra vez la voz. El alcalde ha recibido una terrible sacudida al oírla, y sin darse cuenta siquiera ha llegado al pie de la balanza. Ahora se fija en la inscripción de la bola: "Tasa para un billete al Cielo". Y ahora tiembla más. ¡Si él apenas pesa cinco o seis arrobas! Ahora se queda mirando al platillo vacío que ha quedado arriba. Se acerca San Pedro, y hala de un mecate que cuelga de la plataforma destinada al alcalde. Viendo el poco esfuerzo necesario para levantar la bola, el hombre se anima. Da servilmente gracias al Portero, y se sienta en el platillo. San Pedro suelta la cuerda, y el pobre alcalde sale despedido hacia arriba. Ahora parece un loro, colocado en aquella altura.

– ¡Los cargos!

La misma voz de trueno, ahora un poco más áspera. El alcalde se fija en Dios, sentado en la misma actitud serena. El viejo del zurrón pasa la mirada del alcalde a la bola, y calcula el peso del altar, de la imagen de Nuestro Señor en tamaño natural y el hospital... ¡Porque seguramente que todo eso se pesa! ¿Y él? ¿qué va a presentar él que pese? Y se acuerda de sus pecados. Aquel escupitajo al cordón del fraile no hay quien lo pese, ¡y en contra!...

Ha aparecido un ángel, con alas y pelo de algodón aún más blancos que las nubes. Se acerca respetuosamente, y le sopla algo al oído. Dios se incomoda un poco y dice:

– Cincuenta kilos en contra, por lo del hospital.

San Pedro corre detrás de la nube, y añade una bola al platillo que está en el suelo. Sigue el ángel hablando al oído divino y otra vez aquella terrible voz:

– ¡Cien kilos más en contra por lo de mi imagen!

El alcalde está, aterrorizado, arriba. El viejo de la guitarra no sabe qué pensar de esa extraña manera de enjuiciar las virtudes, y calcula que a él no le salvaran ni cincuenta apisonadoras colocadas en la balanza junto a él.

– ¡Treinta kilos en contra por lo del altar!

– ¡Veinte kilos por lo del Sagrario!

– ¡Cien kilos en contra por lo de las becas!

– Señor –dice humildemente el alcalde desde arriba, levantando un poco su temblorosa voz–, yo creí siempre que con esas cosas hacía el bien...

– ¡Pero no bastante! Abajo se olvidan de las faltas de omisión. Esas no las confiesan. ¡Con sus medios debiera haber hecho muchísimo más! ¡Otro cargo!... Bueno, hay

muchos más, pero es inútil; como no tiene a cuenta ni una sola virtud, ¡pasaje para el averno!...

Y estalló un trueno horrible.

El alcalde se puso a llorar y a lamentarse. Pedía una última oportunidad. Quiso despedirse del viejito, pero no le dejó San Pedro, y se lo llevó donde estaban las pesas de cargo, detrás de la nube. Cuando regresó el Portero, ya vino solo. El viejito de la guitarra y el zurrón estaba aterrado. Se sorprendió al descubrir una pequeña sonrisa entre las barbas blancas de Dios.

– Viejito, acérquese. ¿Qué es lo que lleva usted ahí?...

El juglar se acercó un poco, quiso sacar su guitarra y vaciar el zurrón al mismo tiempo. Pero tanto le temblaban las manos que no acertó a hacer ni lo uno ni lo otro. Entonces se le acercó San Pedro amistosamente, y mientras le ayudaba en este quehacer le sopló confidencialmente al oído: "No tengas miedo, Joaquín, que vas a quedarte aquí conmigo. Esa sonrisa vale como mil kilos en la balanza..."

– ¡Ah! ¿Con que usted es músico?...

– Sí, Señor.

– El que es músico no puede ser del todo malo. Póngale, Pedro, la guitarra en su platillo.

San Pedro se apresuró a bajar el platillo vacío, halando del mecate como antes, y colocó la guitarra dentro; con gran sorpresa del juglar, quedaron los dos platillos a la misma altura. ¡Nunca pensó él que pesara tanto esa guitarra!

– ¿Y qué lleva usted en ese zurrón?...

El viejito sacó los restos de queso, pan y jamón que quedaron de la comida en el camino.

– ¡Ah!, muy bien. Póngalo, Pedro, también en la balanza...

San Pedro le preguntó:

– ¿A favor o en contra?...

– A favor...

– Mire usted, Señor –se atrevió a intervenir el viejito–. Yo no quisiera engañar a nadie. Esos alimentos se los robé al alcalde... O por lo menos los robó su criada...

– Usted los necesitaba de veras, ¿verdad? Pues, está bien. Después compartió sus alimentos con el alcalde, ¿no es verdad?...

– Sí, Señor...

– Pues eso está muy bien, ¡caray!... (Dijo: "¡caray!"). Pedro, ponga el zurrón en la balanza.

Cuando lo puso, el platillo quedó pegado al suelo. La bola estaba allí arriba.

– Ahora, siéntese, Joaquín, en su platillo y cuénteme todo. No necesito ángel de la guarda, me fío de usted... Dígame, ¿algún que otro pecadillo?...

– Mire, Señor, para ser franco, y ya que ha sido tan bueno conmigo, yo escupí una vez el cordón a un fraile...

– ¡Ay, ay!... ¿Cuándo fue, y dónde?... Pedro, búscame esta falta en el archivo. Y mira si aquel fraile llegó ya.

Y Dios quedó mirando, agradecido por su franqueza, al viejito sentado al lado de la guitarra y el zurrón. San Pedro salió corriendo hasta perderse detrás de otra nube, y

regresó al momento con un libro bajo el brazo y acompañado de un fraile viejito y sonriente.

– Padre Ambrosio –le preguntó Dios–, ¿reconoce usted a este señor que está en la balanza?

– No, Señor; pero por lo que veo está bien sentado... ¿Cómo está, señor?

El viejito del zurrón parecía un poco apabullado; pero, francamente, no reconocía al fraile. ¡Hacía ya tantos años! El fraile tampoco parecía reconocerlo.

– Pues declara, Padre Ambrosio, que un día, hace cincuenta años, escupió una vez vuestro cordón...

– Pues, francamente, Señor, no recuerdo. ¡Hace tanto tiempo de eso! Pero será verdad. Si me permite mi juicio, Señor, yo creo que eso con medio kilo estará bien...

– Y está bien, Padre Ambrosio, usted es el agraviado. ¡Pedro, medio kilo en contra!... Puede irse, Padre Ambrosio. Y usted... Joaquín, ¿algún pecadito más?

– Bueno, uno muy gordo que me ha remordido siempre la conciencia: el abandonar a mi mujer y a mis hijos...

– Bueno, ¿pero le ha remordido la conciencia de verdad?

– ¡Ah!, eso sí, Señor...

– Pues ya está. Otro pecado, pero más gordo, más gordo, porque esas son pequeñas cosas. ¿No hay más?

– Pues no sé a qué puede referirse, Señor...

– ¿Ha calumniado alguna vez?

– No he tenido tiempo para eso, Señor.

– ¿Ha negado pan al hambriento, o se ha beneficiado a costa de la dignidad de los demás?

– Tampoco...

– Está bien, Joaquín. Váyase, que ahora le veré a menudo. Y, ¡ah!, tiene que tocar esa guitarra de cuando en cuando.

– Sí, Señor...

El viejito se fue con su zurrón y su guitarra debajo del brazo en compañía de San Pedro. En aquel momento apareció el ángel de alas blancas que hizo los cargos del alcalde, y acercándose al trono de Dios, le dijo:

– Acaban de ordenar abajo dos misas diarias durante un año en favor del alma del alcalde, Señor. Eso iría en su favor.

– Claro, claro... Póngale medio kilo.

– ¿Medio kilo? Tiene casi dos mil en contra...

– No le hace. ¡Con medio kilo está bien!... Y, oiga, dígame, ¿qué han hecho por el alma del juglar?

– Pues no sé, Señor; no tiene ni familiares ni dinero... Sólo encontraron el zurrón y la guitarra: con eso no podrían pagar el entierro...

– Está bien, está bien, ni le hace falta.

Y al mismo tiempo que se deshacía la nube, Dios desapareció.

El día de playa

Serían las seis de la mañana:

– Fernando, despierta, que ya es tarde.
– ¿Qué hora es?
– El reloj está parado, pero debe ser tarde, porque el padre tiene como una hora levantado.

– Ese viejo está cada vez más loco.
– No digas esas cosas, hombre... Probe, con lo bueno y lo trabajador que es.
– ¡Acaba de llegar y ya se quiere ir otra vez!
– Probiño... No se halla aquí, se aburre, le faltan los amigos para conversar, le falta todo el pueblo.

– Pero no se acuerda del hambre que pasaba, de lo solo que se sentía... Fue él quien quiso venir, ¿no?... Yo no lo arrastré... ¡Lo que hice fue pagarle el viaje y después tenerlo en mi casa y darle para sus cigarros y comprarle ropa!...

– ¡No grites, hombre, que puede oírte!...
– ¡Qué va a oír, si está sordo!... Dame el café, ¡anda!...
– Pero, ¿te levantas...?
– ¡Claro que me levanto!... Tenemos que ir temprano, que el tráfico puede ponerse pesado. Y tenemos que buscar un buen lugar. Los domingos se llena aquello. Prepara a los muchachos, pronto, y salimos en media hora.

– ¿Y la comida, y bañar a los rapacines, y vestirlos, y dar de comer a los animales?...
¡Miren al señor: que le lleven el café a la cama y que vamos a salir dentro de media hora!...

– ¡Fernando!
– ¿Qué quieres, padre?...
– La rueda del automóvil está vacía...
– ¿Qué rueda?...
– La de adelante...
– ¿Cuál de adelante?... ¿La de la derecha o la de la izquierda?...
– Pos non sé... eso es según y cómo mires al automóvil, si de adelante o de atrás...

Fernando se levantó de un salto en calzoncillos y se asomó por la ventanita de la habitación:

– ¡Me cago en!... –dijo y se volvió a meter–. ¡Luisa, el café, que tengo que trabajar!...
– ¿Es mucho lo que tiene?
– Un caucho vacío...
– Pero, ¿vamos?
– ¡Claro, mujer, un caucho se repara en seguida!... Dame el café.
– Pa'mi –dijo el viejo entrando en la casa– que este caneco non va a terminar de andar.

– ¿Y por qué dice eso, padre? –le dijo acercándosele la mujer–. Que no le oiga Fernando, que está de malas. Anoche estuvo trabajando hasta las once en ese dichoso carro.

– ¡Si sabrélo yo, que estúvele aguantando la luz hasta ponérseme el brazo tieso! Que "traígalo más p'acá" que "llévelo más p'allá"; que "más abajo", que "non se ve", que "más a la izquierda", que "hace sombra"... Pero yo nunca túvele fe a ese cacharro viejo. Yo non sé nada de automóviles, porque apenas los conozco de verlos pasar, la cuesta de Pallares abajo, y de montar una vez en el automóvil de don Ramiro, que un día que iba de mercado y llovía díjome: "Suba, Fermín, que lo llevo hasta la misma plaza", y yo agradecíselo mucho. Pero aunque non sé nada de automóviles, a este cacharro viejo huélele mal desde que trajéronlo arrastrado...

– Bueno, padre, la grúa lo trajo porque estaba accidentado, pero Fernando sabe arreglar los carros muy bien.

– Ojalá. Non creas que yo non quiero que ese caneco ande. Lo que pasa es que non le tengo fe al cacharro ese. Y lo he estado pensando toda la noche, y creo que non voy a montar en él...

– ¡Cómo!... padre, no diga eso, que Fernando se va a molestar mucho.

– Bueno, hija, es que dame miedo subir a ese automóvil después de verle tanta tripa fuera y tanto tornillo roñoso.

– Por favor, no diga nada, padre, y véngase con nosotros; ¿qué va a hacer solo en casa?

– ¡Ay, probinal!... ¡Si yo siempre he estado solo! Desde que se murió Rosa, yo siempre he estado solo.

– Sí, pero lo trajimos para que estuviese con sus hijos, sus nietos, y ya no está solo... Padre, ¿no se encuentra bien aquí?

– ¡Claro que sí, filla mía; pero me faltan cosas!... ¿qué quieres?... y ya soy viejo para hacer otras nuevas ahora... Dame pena, pero yo quisiera ir otra vez al pueblo...

– Padre, no se lo diga aún a Fernando, que le va a doler.

– Non, pero téngole que decir... ¿Ves?, ¡ya está otra vez mirándole las tripas al coche!... Apuesto a que este cacharro non anda...

Fermín Oviedo es un viejo minero asturiano que ha peleado en las huelgas desde que era un muchacho, ha estado en las cárceles por pedir un poco de luz de justicia para los que viven enterrados, crió sus seis hijos como un forzado, y cuando murió su mujer se encontró completamente solo, sin fuerzas para trabajar y una pensión de tres pesetas que le entregaban cada mes vencido con la arrogancia de darle un capital:

– Firme aquí y aquí...

– ¡Malhaya!... Por tres pesetas puercas hay que firmar como cinco veces, hay que verle la cara a la guardia civil y uno tiene que joderse recibiendo esa porquería delante de ese retrato... ¡Me cago en...!

Y el viejo Fermín recibió una carta del hijo que tenía en Caracas:

"... padre, aquí no nos sobra mucho, pero no nos falta de nada. Ya estás viejo para estar aguantando tanta mierda. Yo te mando las perras, coges un barco y te vienes. Así

conoces a mi mujer, que es muy buena y será como una hija para ti, y a los niños. Antonio tiene ya cuatro años y el año que viene le mando a la escuela. Fermín tiene ya tres y habla como un condenado. La niña Rosita va a cumplir dos en marzo y ya habla un poco. El pequeño está todavía recién nacido, pero tiene una pinta de minero que no puede con ella... Así es que ya sabes, dejas eso, que se vive en todas partes, y te vienes. Esperando contestación y con besos de todos, sobre todo de tus hijos: *Fernando y Luisa.*"

Y se la enseñó a todo el mundo:

– Y voyme a ir!... ¿Qué hago yo solo aquí, lleno de miseria, sin poder fumarme un cigarro, encogiéndome al lado del fuego en invierno, y teniendo que dar las gracias a esos hijos de puta todos los meses por darme una miseria que no llega ni para sal después de trabajar toda la vida, desde que tenía nueve años, en la mina?... ¿Qué te parece, Antonio?...

Su amigo Antonio, que era como hermano, le recomendó irse, y lo mismo Ramón, y Marta, y Cándido, y Eduardo, y el señor Matías, que sabía mucho de letras y números y era amigo suyo:

– Sí, Fermín, yo como tú, íbame... A todos nos cuesta dejar el pueblo cuando llegamos a cierta edad. Pero si tienes un hijo americano y mándate el dinero para el viaje y díctete que tienes una casa y familia en... ¿dónde dijiste que estaba tu hijo Fernando, cerca de Buenos Aires?...

– Cerca de Caracas, non sé si estará cerca de Buenos Aires...

– ¡Ah!... Caracas. No, hombre, eso queda lejos, pero es igual, es América y aquello todo es nuevo y hay mucho que hacer. Si no, pruebas al canto. Tu hijo Fernando, que era un peón, ya tiene dinero para una casa y para pagarte el viaje, que cuesta muchas perras...

– Así es, y que está muy bien el condenado. Es que Fernando siempre tuvo talento, ¿sabes? Aquí mismo, cuando la Revolución de Octubre, él tenía doce años y ya diéronle encargo de hombre para hacer de enlace. Y me dijo Celedonio, tú sabes, el que murió en Gijón, el Llerandi, que el muchacho iba a dar mucho que hablar... Y siempre ha sido así, talentoso y trabajador...

Y regó la noticia con el orgullo natural de padre.

Lo despidió todo el pueblo:

– ¡Mucha suerte, viellín!.. ¡Tú ya has hecho la América!...

– Un fillo rico en América, ¿pa'qué más?... Te lo mereces, Fermín, ya es hora de descansar tranquilo. ¡Ojalá pudiésemos hacerlo todos!...

El entusiasmo y la buena voluntad de sus amigos iban atribuyendo a Fernando más bienes de la cuenta, y el viejo fue poco a poco imaginándose todo lo que él quería de bueno para su hijo. Al despedirse en el barco, que hasta el mismo muelle de Gijón vinieron algunos viejos amigos a despedirlo, con los ojos llenos de lágrimas les dijo:

– Acordaréme bien de todos vosotros. A ver si puedo mandaros unas pesetas...

Y el viejo llegó un atardecer de diciembre, un poco antes de la Navidad.

Su hijo vivía en una casita de piso de tierra, en Montecristo. Le gustaron los muchachos. Los sintió tan suyos como si hubiesen vivido siempre con él. Y le gustó la

nuera, una mujer hacendosa y buena. Su hijo estaba hecho un hombre. Cuando en la noche se quedaron solos en la salita del piso de tierra, contándose las noticias del pueblo y de la familia, Fernando preguntó al viejo:

– ¿Y la casita, y esto, qué te parece?...

– Paréceme muy guapu todo, Caracas paréceme muy guapa, y con muchos automóviles... ¿y aquí non hace frío, eh?...

– No, pero dime, la casa, el terrenito, ¿qué te parece?...

– Pues, bien, hombre, todo muy guapu...

Y se retiraron sin mayores efusiones. El viejo, acostado en un rincón de la salita sobre un viejo diván, miraba al cielo a través de la ventana, y pasó la noche con los ojos abiertos.

"Estoy cansado –se decía–, pero non tengo sueño... ¡qué raro, si yo siempre he dormido tan bien!..."

– Luisa –preguntaba Fernando a su mujer mientras se desnudaba–, ¿qué te parece el viejo?...

– Muy bueno. Creo que le voy a querer mucho.

– Está como un roble. ¡Ojalá esté contento aquí!...

El viejo Fermín se dio cuenta que su hijo no estaba en la situación que él imaginó a través de sus cartas. Sí, aquella era una casa, pero estaba a medio hacer, y era tan chiquitica que apenas cabían todos. Y el terreno era un pedazo de tierra de relleno, en una quebrada, que estaba pagando poco a poco trabajando como peón y después cuidando del depósito de agua de la urbanización.

El viejo tuvo la duda de haberse precipitado en su decisión de venir. Aquí le iban a faltar muchas cosas. Tenía otras, claro: el hijo, la nuera, los nietos, una mesa servida; hasta tenía televisión, una maravilla que nunca hubiera soñado ver en el pueblo. Pero... Bueno, acaso se acostumbraba y cambiaban las ideas en su cabeza...

El viejo Fermín miraba de reojo al carro inclinado, como quien observa las mañas de un animal antes de comprarlo. "Yo –decía para sí el viejo– non creo que ande nunca este cacharro roñoso."

Cuando Fernando comenzó a levantarlo con el gato, se acercó corriendo y apoyó sus manos sobre la tapa del motor, como para sujetar el carro.

– ¿Qué haces? –le preguntó Fernando.

– Pues aguantarle, pá que non se corra...

– ¿No ves que está calzado atrás?...

– ¿Tú crees que es bastante?...

– Claro. Si quieres ayudarme, tráeme la cruceta de la maleta.

– ¿Traerte qué?

– La cruceta, la llave.

El viejo se fue. "¿De qué maleta?... ¡Ah!, bueno... Aquí no hay ninguna llave, Fernando..."

– Sí, hombre... Ven, mira, esto es una cruceta...

Fermín se sintió un poco mortificado por su ignorancia. Se apartó un poco y observó.

El carro era un Ford del año 40, despintado, deslavado, sin vidrios en las puertas, todo roñoso y abollado. Más que un carro, aquello parecía un perol de desecho, de esos que se ven en las orillas de las carreteras. Por dentro, estaban los asientos destripados, los rotos llenos de trapos viejos, el piso respirando por varios huecos. Para no meter el pie, el propio Fermín había recortado unas latas y las había colocado sujetas con alambres y cuerdas. Pero el motor debía estar bueno, porque lo pusieron en marcha en la noche pasada, y después de tomar mucho aire y soplar con los apuros de un asmático siguió y siguió cada vez mejor.

– Esto es hasta calentarse –había dicho Fernando.

Pero como si el motor le hubiese oído, ahí mismo tosió dos o tres veces y, por mucho que le dieron y dieron al pedal para que se reanimara, el motor se paró. Ya eran las ocho de la noche. Fernando entregó una luz al viejo y estuvieron hasta las once en eso, en apretar tuercas, sacar pedazos de hierro, meterlos. Cuando terminó Fernando, el viejo dijo sin convicción:

– Ponlo en marcha, a ver si anda...

– Mejor lo dejamos para mañana, porque ya es tarde.

– ¿Y si non anda?... –malició el viejo.

– Sí anda. Te apuesto lo que quieras, ahora esta bien.

Y efectivamente, subió Fernando al volante, movió palancas, hizo rechinar alambre, y "¡plum!"... con una explosión así comenzó a andar. Y lo tuvieron un rato prendido.

– Mañana está como un rolo –dijo Fernando.

– ¿Como qué?...

– Como un rolo hombre, como una uva... Tú no sabes. Eso quiere decir que ese motor va a funcionar mañana como dios.

Verdad que cuando llegó aquel atardecer arrastrado por otro carro, nunca creyó el viejo Fermín que aquel pedazo de lata arrugada tuviese tripas para hacerlo andar de veras. Había visto antes automóviles viejos y rotos y despintados, pero una roña de aquellas, nunca.

Era verdad que le había costado poco. Ciento cincuenta bolívares y después el transporte, que fue "cincuenta duros". Total, 175 bolívares. Eso en pesetas eran casi dos mil. Pero aún y todo era barato si podía andar. Aparte el trabajo, claro. Ya llevaba el cacharro aquel más de un mes y medio comiendo cada momento libre de Fernando. Todas las noches hasta las nueve y las diez. Y después, cada ratito, cada minuto libre entre comidas o entre sueños, allí estaba su hijo panza arriba revisando tornillo a tornillo las piezas roñosas de aquel caneco. Salía hecho un Cristo de sucio y de maltratado. El camino de tierra frente a la casa era como el patio de un taller mecánico. Había pocitos de aceite sucio, piezas regadas, los asientos destripados sobre los que jugaban los muchachitos. Por eso es que no quería subir él sobre aquel cacharro, porque aquellos pedazos roñosos de hierro no podían funcionar bien en el momento de frenar o

de correr a mucha velocidad. No se atrevía a decírselo claramente al hijo, pero más de una vez insinuó:

– Fernando, ¿crees tú que eso puede andar?...

– ¡Claro!... ¡Si todos los carros son así! Lo que pasa es que nunca los has visto sueltos en pedacitos, como ahora...

– ¿Para cuando crees tú que podrás ponerlo a andar?

– Creo que el domingo podremos bajar a la playa. Se lo estoy prometiendo a los muchachos. Tienen que respirar un poco de aire de mar y jugar en la arena. Les hace falta. Y a Luisa también, que está flacucha y con mal color.

Pero cada domingo ocurría algo con el carro, y el viaje a la playa se iba dejando para otro. El cacharro aquel tenía más roña de la que creía su hijo. Y los niños lloraban cada semana, y Luisa protestaba cada mañana de domingo:

– Yo creo que no nos llevas a la playa nunca. Mejor si te hubieses ahorrado los quinientos bolívares que te gastastes.

– ¿Quinientos?...

– Sí, porque cauchos nuevos, que si aceite nuevo, que si bujías...

– Los cauchos no son nuevos, los compré usados y baratos, y lo demás, no había más remedio... ¡Pero así y todo es un jamón!

– Si alguna vez camina, todavía...

– ¡Que si anda este carro!...

– Vamos a ver –sonreía resignada su mujer.

Y por fin, a las once de la noche de aquel sábado emplazó Fernando a su esposa:

– Mañana me voy a vengar yo, porque vamos a la playa.

– ¡Si no me has dicho nada!...

– Es que no estaba seguro, pero ahora sí. Y mañana, ¡hala!... ¡up!... a la palaya todo el mundo.

– ¿A qué hora?...

– Temprano, para llegar frescos y coger buen sitio...

– ¿A las seis?...

– Bueno, a las seis.

Cuando el viejo Fermín se fue a acostar en su rincón de la salita de piso de tierra dijo para sí:

– Y parece que mañana sí va a arrancar ese caneco de veras. Pero preferiría quedarme tranquilo en casa...

Cuando Fernando terminó de reparar el caucho, ya eran las siete. De dar las campanadas se encargó el viejo:

– ¿Decías que íbamos a salir a las seis?... pues ya son las siete...

– ¿Y qué hacemos aquí?... ¡Luisa!... ¡Luisa!...

– ¿Qué pasa?... –Luisa salió a medio vestir, con la niña todavía desnuda en brazos.

– ¿Qué haces?... ¡vámonos!...

– ¿Cómo quieres que nos vayamos?... ya te dije que tengo que bañar y vestir a los niños, y tenemos que desayunar todos...

– Pues desayunamos todos abajo...

– Yo me quiero comer mi desayuno aquí –dijo el viejo Fermín sin mirar a nadie.

– ¿Y por qué? –preguntó Fernando.

– Porque tengo fame; me levanté muy temprano y quiero comer...

– Bueno, usted coma algo en seguida, los demás nos desayunamos abajo.

El viejo se acercó a la cocina, se sentó, se echó su gorra de visera hacia atrás y esperó a que le sirvieran su desayuno, que tenía que ser sustancioso, como acostumbraba en la mina.

– Aquí están sus huevos y su cecina y su café con leche –le sirvió Luisa-. Y apúrese, padre, que tenemos que bajar.

– Luisa –dijo el viejo-, ¿de veras que quieres bajar a la playa?

– Claro; ¿por qué me pregunta eso?

– ¿Y los niños también?...

– Pues claro, si hace un siglo que hablamos de bajar en carro a Macuto... Ande, coma y bajamos, que le va a gustar el mar.

– ¡Qué va a gustarme a mí –murmuró-, si me he pasado la vida bajo tierra como un topo y la única vez que me hice a la mar mareéme como sapo, ¡rediós!...

A las ocho estaba todo dispuesto. Los niños estaban vestidos de punta en blanco, como príncipes. Luisa se había puesto un vestido blanco también, y Fernando parecía otro, como parecía cada vez que se ponía su traje de boda, su camisa blanca de la boda y su corbata negra de ocasiones.

– Hombre, ¿por qué te pones tan ceremonioso para bajar a la playa? –le dijo su mujer-. ¿No te parece que deberías ir sin corbata, con el cuello abierto?...

– Bueno, pero a mí me gusta vestirme del todo o no vestirme. Si me pongo el traje, me pongo mi corbata y mi camisa... ¿o es que estoy mal así?...

– No, mal no estás, hombre; pero lo digo por ti, por el calor...

– Tú no te preocupes por el calor que voy a pasar yo... ¿llevas la comida y la cerveza?

– Puse algo de comer. Pero como me dijiste tan tarde... De beber, creo que será mejor que compremos allí...

– ¡No, si yo ya sé lo que pasa!... ¡Después allí no hay nada! Llégate en un momentico a casa del portugués y que te traiga media caja de cerveza. Vamos a llevar un baldecito con hielo. Pero apúrate, que ya es tarde. ¡viejo!, ¿qué hora es?...

– Son las ocho menos cinco... Mejor que dejes esto para otro día, Fernando... Hoy va a hacer mucho calor.

– ¡Qué va a hacer mucho calor, hombre!... Súbase, que ya montamos todos. Llévese ya a Antonio y a Fermín, que están vestidos. Suba al carro con ellos, que ya vamos...

El viejo Fermín consiguió capturar a sus dos nietecitos y meterlos en el carro con él.

– Vosotros non os movéis, que ese es el encargo que tengo... pero, joder, si estáis ya más sucios que ayer noche... ¡Luisa! –gritó el viejo sacando la cabeza por la ventanilla sin vidrios del carro-. ¡Estos niños están más puercos que cuando los bañaste ayer!...

– Déjalos, hombre –se incomodó Fernando, que ya salía de la casa como para una ceremonia-; si vamos al mar a bañarnos... –Y se metió en el carro, al volante.

- ¿Tú crees que arranque el aparato? –preguntó el viejo.
- Pues claro que arranca... ¿No lo vio ayer noche?... ¡¡Luisa!!... ¿¿vienes?!...
- ¡Ya va! –contestó Luisa desde dentro de la casa. Y mandó a Rosita, dando traspiés, vestida de rosado, con la cara reluciente y un lacito en el cabello.
- Bajó Fernando del carro y la subió con él. Al rato gritó de nuevo:
- ¡¡Luisa!!...
- Y dirigiéndose al viejo, que estaba acurrucado detrás, sujetando a los muchachos:
- Padre, ¿qué hora es?...
- Las nueve menos veinticinco...
- ¡Joder!, ¡Luisa, qué coño haces!...
- Ya voy, hombre, mal hablado... –y salió también, bonita, con su vestido blanco y el chiquitico en brazos, como para un bautizo.
- Ahora –dijo Luisa al subir, esforzándose en cerrar la puerta roñosa del carro– sólo nos falta, ahora que los vecinos nos están mirando, que no arranque este perol...
- ¿Qué es perol? –preguntó el viejo Fermín desde atrás.
- Perol es este automóvil, abuelo –le dijo ella festivamente.
- ¡Ah! –hizo el viejo, y se calló.
- Y comenzó el motor a toser: "caj, caj, caj"... Y después: "rac, rac, raac, raaac... siiiiiist"... "rac-raaac, toc", como si el motor hiciese esfuerzos finos para recompensar la carga de cariño que le pusieron esta mañana de playa.
- "Rac-rac-rac-rac-tiiiiiiiiiiisst"... "raaac-rac-raaac-toc-toc"...
- ¡Joder! –un modo fino de explotar de Fernando.
- ¡No digas groserías, hombre!... –su mujer.
- Y los dos, sin mirarse, pensaron en la malicia que puso un vecino al desearles buen viaje.
- Es que no sé lo que tiene, todo está bien...
- Fernando levantó la tapa del motor y fue tocando uno a uno todos los lugares donde podía esconderse una avería.
- ¡Fernando!... ¡La ropa, hombre; quítate el saco al menos!...
- Fernando se quitó el saco. Y se remangó. Y dijo:
- Viejo, tenías razón, este cacharro no anda...
- El viejito Fermín estaba acurrucado, agarrado a los dos nietecitos, en un hueco de la vieja tapicería del carro, sin mirar a nadie.
- Mientras Fernando volvía a jurungar el motor, Fermín sopló dos o tres veces allá detrás, levantó su gorra a cuadros blancos y azules, se movió con desasosiego, pellizcó a sus nietos (que estaban quietos, los pobres), abrió la portezuela en un esfuerzo de goznes y marco, y se acercó con aire azorado a Fernando.
- ¿Qué crees tú que es?...
- Pues eso, que no sé, ¡que si supiera!... ¡Me cago en los quinientos bolívares que gasté en esta mierda!...
- Entonces, ¿nos quedamos? –dijo el viejo.
- Pues no, yo no dejo a mi familia otra vez sin playa, que hasta los vecinos se ríen de nosotros, ¡carajo!... Nos vamos, aunque sea en un carro de alquiler...

El viejo Fermín se sobresaltó. Ahora tendría que ir de todas maneras. Y eso iba a costar mucho dinero. Y tendría que pagarlo su hijo, el pobre, que no paraba de trabajar para ganar apenas con qué vivir...

– Fernando –dijo el viejo como un muchachito cogido en falta–. ¿Non será que fáltale esto? –Y sacó del bolsillo algo que le estaba enseñando con mano temblorosa a su hijo.

– ¿De dónde cogiste eso?...

– De ahí atrás...

– ¿Cuándo?

– Esta mañana...

– ¿Y por qué?

– Bueno... –y la curtida piel del viejo se sonrojó.

– No, hombre, si este es el tapón del depósito de la gasolina; sin eso el carro anda igual...

Fernando se fue refunfuñando a colocar el tapón en su sitio.

– ¿Qué le pasó a la gasolina? –preguntó la mujer, que se enteró a medias del incidente.

– ¿Será eso? –se preguntó Fernando–. ¿Será que me falta gasolina?... Me cago en... ¡si no hay gasolina!... ¡Ya está, nos vamos, le falta la gasolina!

– Búscalos yo, Fernando.

El viejo Fermín estaba al lado de su hijo, noblemente, como un soldado. Un poco maltrecho y viejo y triste y desmoralizado, pero le brillaban en los ojos dos chispitas de espíritu de servicio y de contento de poder hacer algo por borrar lo feo que cometió al esconder el tapón de la gasolina.

– No, déjeme, padre, voy yo, que la bomba queda un poco lejos y yo regreso antes. Lo que necesito es un perol...

– ¿El automóvil?...

– No, hombre, un perol para traer la gasolina, un cacharro...

– Yo sé dónde hay uno en el patio.

El viejo vino con una lata.

Cuando media hora después regresaba Fernando, sudoroso, con la lata de gasolina al hombro y la camisa blanca toda mojada, el viejito le salió camino adelante. Y se ofreció:

– Llévotelo yo...

El viejo Fermín llegó renqueando al carro con su lata de gasolina al hombro.

Y echaron la gasolina. El motor se resistió todavía un poco, pero al fin prendió. Los vecinos que andaban rondando el carro haciendo preguntas y deseando buen día de playa a la familia, los vieron acomodarse todos dentro y arrancar cuesta abajo por la avenida del Rosario, una carretera de tierra que baja de Montecristo, en Los Chorros.

Los muchachitos aplaudían y se asomaban a la ventanilla del carro como si se asomasen al cielo.

– Ten cuidado –recomendaba el viejo Fermín a cada salto de hueco.

– Ya va, viejo, no te preocupes... ¿Qué hora es?

– Las nueve y media... ¿Es tarde?... ¿No sería mejor dejarlo para el domingo que viene?...

– ¡Qué va!... Nos vamos. Nos sobra tiempo. En una hora estamos abajo.

– ¿Todo es cuesta abajo?...

– Sí. Al mar siempre es bajando.

– Menos mal...

Y la familia Oviedo bajó ese día a la playa en carro propio por primera vez.

El cielo tiene un roto de azulillo

La mujer de pelo amarillo que está en la puerta de la casita tiene un botellita en cada mano. En la puerta de la casita próxima hay otra mujer viendo jugar a dos niños de unos cinco y seis años. Las dos mujeres están, como las puertas, a unos cinco metros de distancia, es tarde de Nochebuena y sin embargo no se hablan ni se miran más que se miran o se hablan las dos puertas vecinas. No quiere esto decir que no se ven; pero no se comunican con los ojos, ni con gestos, ni con palabras.

Montecristo es un barrio de emigrantes en Caracas. No hay barrio caraqueño que no sea de emigrantes, pero este barrio en los bordes de la zona residencial de Los Chorros ha brotado espontáneamente ranchito a ranchito, casita a casita, reuniéndose mucha gente nueva sin decirse nada. El verde, el fresco, lo alejado de la zona urbana y el ruido, lo que sea, ha atraído una a una a familias de rusos, alemanes, yugoeslavos, húngaros, rumanos. Y entre humildes casitas de gentes de este suelo han ido naciendo casitas humildes de estos centroeuropeos de cabeza amarilla, gesto humilde y buen corazón.

Y la mujer de cabeza amarilla y gesto huido está con la buena intención de sus dos botellitas pegada a la puerta de su casa en esta tarde de Nochebuena.

Es una casita de madera que tiene el techo de papel embreado y las ventanas cubiertas con cartón de almanaque. La casa no tiene número. Tiene, eso sí, un pedacito de tierra que hasta hace unos días era un gamelotal y donde ahora juega sobre grama limpia Nadia, la hijita cabeza de cocuiza de un hombre muy discreto que dice ser rumano y es ruso, y esta mujer de gesto huido, los ojos azules, la lengua torpe y el temblor cariñoso de las dos botellitas en las manos que ahora observa de reojo a los dos niñitos de pelo de chicharrón que juegan frente a la casita vecina.

La mujer que los mira es una cetrina de vientre voluminoso, pies desnudos y dos hermosos ojos negros donde juegan sus dos hijitos sin conocer el paradero del Niño que llega en la noche con juguetes para el barrio. Tiene las manos puestas sobre su vientre, como para sentir cerca a su tercer hijo, una palidez azulada en su rostro moreno y magro de parto, y tiene también la desazón curiosa de que la están observando.

Esa mujer de al lado es una musiúa que la mira como un venadito. A veces le sonrío, hace con la cabeza como un gesto, pero se le turban los ojos y huye la mirada exactamente igual que los venados. Nunca le ha dicho nada, y hace como un mes que vive al lado. El otro día, cuando llegó a la bodega del portugués, la musiúa estaba comprando cosas.

Ella dijo al entrar:

– Buenos días...

El portugués estaba alcanzando una lata de aceite, y no dijo nada. La mujer volteó su cabeza amarilla, la miró con sus ojos de azulillo, se puso coloradita como una manzana, se le turbaron los ojos, se le cayó uno de los paquetitos que cargaba, lo

recogió, sonrió precipitadamente otra vez y tomó compostura apurada frente al portugués, que esperaba indiferente con su latita de aceite en la mano.

– ¿Quiere algo más?...

La musíúa sacudió su pelo, sonrió huidiza y se fue en carrerilla, con sus paqueticos abrazados a dos manos.

El portugués anotaba el abrazo con la punta ensalivada de un lápiz de carpintero sobre papel de envolver, y sin levantar la cabeza preguntó a la mujer:

– ¿Usted sabe cómo se llama sa mujé?...

– ¿La musíúa esa?...

– Sí, ¿no está su vecina, pues?...

– Sí, es vecina mía, pero lo que es el nombre, no lo sé. Sé que a la muchachita la llaman como Laya o algo así.

– ¿Usted cree que tiene plata pa'pagá?...

– ¡Ah! m'hijo, eso sí no sé... Él trabaja y debe ganar... Él es callaíto, y ella igual. Parece gente honrada. Yo creo que esa gente sí paga. Él como que trabaja en la fábrica de cerveza, al otro lado de la quebrá, por Boleíta... Anda y dame mi queso e mano, portugués.

Ahora está ahí al lado, con la misma sonrisa y el mismo aire asustado de siempre. En la puerta vecina, la mujer cetrina de carnes prietas y magras pegadas a los huesos tiene sus dos ojazos negros puestos en los dos muchachitos desnudos que juegan con piedras en la calle de tierra llena de hoyos que es la avenida El Rosario. La trazaron un día sobre el plano para vender algunas parcelas, y después de vendidas quedó en tinta, un letrero y esta quebrada que no necesita de otro nombre para llamarse.

La mujer de gesto huido y la cabeza amarilla sigue con sus ojos de azulillo los gestos de los dos niños mientras aguanta sus dos botellitas en las manos, sin atreverse a algo que quiere hacer.

Ella ve a menudo a su vecina, pero no se ha atrevido a acercársele. Ella no sabe hablar venezolano; apenas sabe decir "buen día" y "cómo está" y "gracia", que aún debe decirlos mal, porque la gente se le ríe. Y también sabe decir "maluco", que ha traído días atrás Nadia de la calle sin saber lo que quería decir. Su marido, cuando escuchó la expresión a la niña se enfadó:

– ¡Nadia!... ¿qué has dicho?... –le gritó en ruso.

– ¿Pues?... ¿qué pasa ? –le preguntó alarmada su mujer.

La niñita esperaba la decisión de sus padres para asustarse o reír.

– ¿Por qué dijiste eso? –insistió su padre.

– Por decir... ¿por qué?...

– ¿Quién te lo enseñó?...

– Luis, el vecinito...

– Pues no quiero que juegues más con él, porque aquí los niñitos se hacen grandes demasiado pronto y se vuelven groseros. Yo no quiero que mi hija sea igual.

Nadia lloró. Su madre la consoló como pudo y después habló con su marido a solas:

– ¿Qué significa lo que dijo la niña?

– Yo no sé, pero algo feo. La gente mira con malicia al decirlo.
 – Y, ¿cómo dices tú que dijo?...
 – "Malaco", "malico", o algo así.
 – Pero pregunta lo que quiere decir, hombre, para saber. Yo me encargo de que no lo repita la niña, pero no hagas escenas y no digas nunca a la pequeña que no juegue con los vecinos, porque no podemos vivir los tres solos...

Al día siguiente, el ruso silencioso de cuerpo grande y voz de bajo entró riendo en su casa.

- Musia... ¿Sabes lo que quiere decir "maluco"? Acierta, anda...
- Entonces, ¿no es nada malo!...
- Sí, es precisamente "malo".
- Y ¿por qué te ríes entonces?...
- Porque "maluco" quiere decir "pequeño malo", eso es...

Desde aquel día, la mujer, que es la que está todo el día sola en su casa viendo a los vecinos, tiene el remordimiento de haberlos prejuzgado mal, de haberles prohibido jugar con su niña, y como el sentimiento de una deuda para con ellos.

Y es víspera de Navidad, es la misma tarde de la Nochebuena, y está ella con sus botellitas en la puerta, sin atreverse a algo que esta decidida a hacer. Y la vecina, con esa intuición afilada de la mujer, espera que ocurra algo que no ha ocurrido hasta entonces. Sólo los muchachitos siguen indiferentes a la magia de la Nochebuena, llevando piedritas de un lado a otro del camino, mientras la mujer de pelo negro siente al hijo que va a nacer con las manos puestas sobre el mundo maravilloso de un vientre, y su vecina tiene nerviosamente en cada mano una botellita ya tibia de calor humano.

Por fin la mujer de pelo amarillo se ha decidido. Ha salido del quicio con su aire azorado de siempre, como si estuviese expuesta al azote de un viento imaginario, con sus ojos de azulillo turbados hasta hacerse casi grises, y con gesto torpe ha adelantado las dos botellitas a su vecina.

Los brazos y las botellitas han quedado medio segundo en el aire. La mujer en trance de parto ha presentado el regalo, ha sonreído agradecida y ha tomado las dos botellitas en sus manos. Así, con las botellitas en vilo, emocionada, da dos, tres veces, las gracias. Su vecina ha quedado quieta, con sus ojos casi grises, sonriendo, con el gesto torcido de pena. Y por desviar la atención del embarazo ha dicho algo señalando a los niños.

- Sí, son Luis y José Asunción... Usted quiere que les dé estas malticas a ellos...
- Sí, sí... gracia...
- ¡Vénganse pa'acá ustedes!... Luis, José Asunción... Miren lo que les trajo la señora...

Los niños se limpian el barro de las manos sobre el vientre y entre las piernas.

– ¡Ah!, pero hay que abrirlas... –dice riéndose desde el hueco de las encías la mujer, y después muestra a su vecina el cuello de una botellita.

- ¡Oh!... –y la mata de pelo amarillo corre alborozada hacia su casa.

– Muchas gracias, señora, muy amable... ¡espera un momento, Luis, que la señora la está destapando!... Estos muchachos...

Cuando Luis pone el morro de la botellita en la boca tiene la otra mano con el dedo metido en el ombligo, y hce:

– ¡Puff!...

Es como si se hubiese reventado un caucho en el momento mismo de salir para una fiesta.

Los ojos grises de la vecina se han abierto un poco más y se ha llevado una mano a la boca. La madre del niño busca qué decir, e insiste:

– ¡Muchacho!... tómese esa maltica, que es bien sabrosa y es buena para poner a los muchachitos grandes y fuertes...

Luis intenta de nuevo:

– ¡Ahhh!... ¡puuuff!... no quero.

La cara de su madre es de angustia y de pena. Mira a su vecina y mira a su hijo, que ya ha salido corriendo.

– ¡Mamaíta, a mí, a mí!...

José Asunción hace lo que ha visto hacer a su hermanito mayor:

– ¡Puuff!, no quero...

Y también ha salido corriendo tras él.

Ya quedan las dos mujeres y el hijo por venir. Por fin se fijan en él...

– Dicen que para las mujeres en estado es muy bueno...

– Sí, sí, –dice la vecina instintivamente, sonriendo.

La mujer no esta brava. Sólo tiene el gesto un poco asustado de siempre, pero los ojos se han vuelto color de azulillo y tiene una sonrisa muy dulce. Después hace con los brazos un gesto como diciendo:

– ¡Son muchachos, qué se hace!... Pero yo se lo ofrecí con el mejor cariño.

La mujer de pelo negro, que está un poco apenada, sí dice, aunque no le comprendan:

– Son muchachitos y no les gusta la maltica, porque esta cara y no se la puedo comprar; pero yo se lo agradezco mucho... La maltica la trajo su marido de la fábrica, ¿verdad?... Yo sí la tomo, ¿sabe?... –y le pasa la otra botellita con el gesto de que la abra.

– ¡Oh!... –su vecina se alegra tanto que tarda en abrirla.

Después se la ofrece.

Entonces la mujer bebe la maltica y dice que está buena. La mujer de pelo amarillo le pide cortésmente con el gesto y toma un trago también, y conviene en que, efectivamente, está muy sabrosa.

Y se ríen las dos mujeres, y el hijo por venir ríe al mismo ritmo que su madre y su vecina.

Ya ha caído la tarde. Está casi oscuro.

Las mujeres han quedado sonrientes, agradecidas la una a la otra, por algún feliz hallazgo.

– Bueno...

– Bueno...

– Muchas gracias otra vez... tengo que preparar la cena, ¿sabe?... Aquí, en la casa, me tiene a la orden...

– Sí, sí... gracia... –y la mujer cabeza de cocuiza se azora un poco por no saber lo que dice su vecina, pero comprende, y se va.

La mujer de pelo negro llama a los niños, sujeta a su hijo por venir y entra también.

La tarde queda fuera, haciéndose Nochebuena; sobre el techo bajo de las casitas, casi a ras de suelo, casi al alcance de la mano, el cielo ya oscurecido tiene un roto de azulillo.

Un real de sueño sobre un andamio

– Renato, Yusepe... mezclilla en el veinte. Un ayudante... ¡José!

– ¿Al andamio?

El sol abría huecos con esquinas en la caprichosa silueta horizontal de cemento y llegaba blanca y tibia de neblina al pie de la obra. Las manos torpes estaban asidas a sus flacos envoltorios de papel verde, papel blanco, papel de periódico, para un día vertical. El polvo de los desperdicios de materiales apenas comenzaba a despertarse bajo la sacudida vital del hombre, y a trechos parecía unirse a la neblina. Pero el amanecer tenía una dirección y el polvo otra.

El aparato arrancó con su carga de cuerpos arrugados por el sol hacia el secadero. Una subida lenta, trabajosa, acezante; "tac-tac-tac"...

– Este es un ascensor para peroles.

– ¿Y qué quieres tú, perolito?

– ¡Perol serás tú, Trucutú!...

El montacargas siente el peso de la carcajada, risa de un día cansado antes de nacer. El trato es macizo, rudo. Es entre manos con grietas de cemento. Nace de esa solidaridad brusca de los que están embarcados en el mismo "perol" que hace agua a menudo, donde se moja y hasta se ahoga a veces. Este racimo de hombres secos de cinco razas es un haz de brazos atados por su común destino de montacargas. También es una suma circunstancial de hijos, mujeres, conucos, esperanzas y futuros colgados del montacargas, "tac-tac-tac"...

Descansa de trecho en trecho para repartir su carga. Es un ascensor de torre hueca, al aire libre, para peroles, para dejar las cosas en los pisos aún sin puertas. Por ahí entran estos hombres. Y salen. A veces a destiempo, sin el montacargas.

– Ese perdió el perol –dicen en un hueco de voz. Y no se santiguan porque no saben.

A medida que suben son menos y hay más sol. Es como precipitar un amanecer. Ascenden sombras largas con esquinas en los entrantes y salientes de la mole inhumana de hierro y cemento que ha levantado el hombre. Cuando llegan al piso veinte sólo quedan los tres: Giuseppe, Renato y el negro José.

Y el operador: "No salgan antes de que yo regrese...". Dos hombres hacen con la broma una línea torcida entre dos labios. Es la misma contorsión del alma que grita "¡zape!", cruzando dos dedos negros a solas.

A dos años de América, Giuseppe sólo ha conseguido pararse a cincuenta metros de altura sobre un andamio.

El valle de Caracas parece desde aquí un pequeño mar sólido de torres y edificios. Tiene sus orillas de ranchitos lamiendo la costra roja de los cerros y algunos salpicones nuevos de quintas con verde en las colinas. El valle adquiere desde aquí un sentido nuevo. Los cerros y las colinas quedan al mismo nivel; las torres de iglesia no lucen tan

erguidas; los gigantes de cemento se han comido los árboles, y sus panzas rectas de blanco-gris absorben toda la palidez rosada de los viejos techos rojos de la ciudad.

Mirando de arriba se ven las cosas como si estuviesen paradas de cabeza. El hombre es un punto escurridizo en el espacio. Todos los puntos, iguales. El hombre zambo y corto es un punto. El hombre estirado y largo es otro punto. Visto desde arriba, no hay hombre grande. Las carreteras son ríos movibles de lata al sol. Quien ha forjado esa lata y la ha puesto a brillar es el hombre, ese puntico que corre en zigzag sorteando los obstáculos que ha creado él mismo. Las rayas rectas que rompen la ciudad en pedazos las ha trazado el punto cuando se ha puesto a mover a una velocidad nueva.

Pero hay caminos rectos que no conducen a ninguna parte.

"Es curioso lo que sugiere la altura cuando no marea", pensó Giuseppe. Y volvió a la mezcilla de cemento sobre el piso veinte.

Era una perspectiva conquistada en dos años de trabajo. Comenzó cavando cimientos, poniendo pies grandes a un gigante por nacer. Ahora le parecía como si él hubiese parido un monstruo, un parto lento de ladrillo a ladrillo, palada a palada, comida a comida, sueño a sueño. Un gigante que a veces le producía vértigo. Otras, orgullo. A ratos, una sensación de poder que se le arrugaba en lo que duraba su descenso, "tac-tac-tac", en el montacargas. Otras, angustia; una angustia interminable, larga, desazonada, que le roía las entrañas y le tenía asustado el corazón durante días arriba y noches abajo, en su catre de la pensión de paredes de cartón. Pasó quince días sin dormir y apenas probar bocado cuando vio caer a Camilo, su compañero de cuarto. Bajó como un muñeco de trapo, pasando uno a uno, en un decir ¡ah! los metros que tardó meses y meses en poner de pie. Y le vio reventar como un saco de tierra sobre el pavimento...

Giuseppe alargó los ojos hasta el nivel de la calle y empujó con su peso crecido de impulso las dos tablas del andamio.

- ¡Che c'e!...

- Nada...

Su compañero se le quedó mirando, la paleta metida en la caja de mezcilla, los ojos deslumbrados, en un gesto que un cucurucho de papel de saco de cemento sobre la cabeza hacía grotesco. Y esperó.

- ¡Niente!...

- ¡Ah!...

Giuseppe se agarró al mecate y se quitó el sudor con el antebrazo. Desde el nivel de los cimientos llegaban casi muertos hasta el andamio encendido de sol del piso veinte el estertor de los motores, los latigazos de pito del policía, voces, algún grito herido. Y arriba ardía el sol, como un infierno de cuerpos. En el piso veinte había una ventaja. Siempre soplaban viento. A veces caliente, con unos taladros de arena quemante que abrían agujeros infinitamente pequeños en la piel; pero otras, una brisa fresca, como una de esas corrientes frías que uno encuentra al bañarse en el mar. El andamio tenía el movimiento invisible de un rumor de esfuerzo quejumbroso de cuerda.

"Riiisst... raaasst"...

"Niente", se dijo para sí, y comprobó la solidez del mecate atado al soporte de las dos tablas en vilo a más de cincuenta metros de altura.

– Mira, Yusepe, ¿cómo que estas loco? ¿Nos quieres zumbar pa'bajo, como se fue Camilo?

Los tres hombres percibieron la sacudida del mundo común de su andamio y midieron con ojos largos de miedo el camino sin huellas por donde se fue Camilo hacía un mes.

..."Riiisst... raaasst"...

Giuseppe lo oía distintamente. Era un rumor casi humano. Era el esfuerzo del mecate por sostener el peso de tres vidas de hombre sobre dos tablas hechas de la vida de un árbol robusto. Si el hombre mata al árbol, ¿por qué no ha de vengarse el sisal, su hermano, dejándolo caer desde su torre de conquistador? Como se venga el toro del torero, la sequía de la tala, las crecidas de las quemazones criminales del hombre.

– ¿Qué te pasa, Giuseppe?

Los hombres están cerca, hombro con hombro, ojo con ojo, unidos por el mismo baño de sudor. Tienen el mismo resplandor rojizo en los ojos, las mismas rayas en la frente, las mismas encías vacías, los mismos pantalones rotos, los mismos salpicones de cemento, la misma piel enrojecida por el sol y el viento, el mismo cucurucho bufo de papel sobre la cabeza.

– Dime, Giuseppe, ¿qué te pasa?

– Nada, Renato, nada...

– Tú tienes algo...

– Tú sabes... cosas; casa, mujer, Camilo...

– Tú sabes que eso sobre un andamio a cincuenta metros de altura es muy peligroso.

– Peligroso, peligroso... ¡qué quieres que haga! ¡Peligroso!... Ya lo sé, pero no es cosa mía...

– ¿De quién?

– De Camilo, de la mujer, de las cosas...

– ¡Bah!... Yo también tengo eso, y lo pienso cuando camino por la calle, en la pensión, cuando duermo... y cuando no duermo... ¿Por qué andar rodando esa pelota aquí, en un sitio tan pequeño?

Cuando midió con la mirada los seis metros cuadrados de tablado con límites de vacío tropezó con los ojos de susto, grandes y negros, de José.

– José está asustado. Te estás portando raro. Si no te sientes bien, mejor vas a la pensión y te acuestas.

– ¡No!... ¿A qué?... Estoy bien.

– Mira, musíú, ¿qué fue?... –y a José se le abrieron los ojos tamaños, como África y América juntos–; yo me salgo de esta pingada y voy con el cuento al capataz.

La colmena humana se desarmó de herramientas. Todos a una, a una señal de reloj. El sol seguía su camino, el reloj también. Antes era un camino de agua con remansos y sombras. Ahora estaba hecho de rectas duras de cabilla y cemento a través de peladeros sin descanso. Ahora eran rectas. Rectas largas y rectas cortas. Unas acostadas, otras de pie y otras recostadas, pero era el tiempo de las rectas. La hora del punto lanzado derecho, con impulso de máquina, hacia un objeto.

El hombre se había sentado sobre su obra, solitario, pequeño, en uno de los compartimientos del gigante de cabilla y cemento, y deshacía su flaca envoltura de papel verde para poder proseguir su jornada. Era una jornada larga, por caminos torcidos, por cuevas, por guerras, por separaciones, por campos de concentración, por pensiones, por ascensores de caga, por andamios.

- ¿Cómo estás? -le preguntó Renato con palabras hechas de una seca porción de pan y queso.

- ¡Puá!... regular.

- ¿Nada más?

- No.

- ¿Quieres un poco de mi queso?

- No.

- ... José estaba un poco asustado. Puede buscarte un apuro si va con el cuento al capataz.

- Bueno.

- ¿Y si pierdes tu trabajo?

Giuseppe dejó de masticar. Se quedó con el pedazo de pan seco entre las manos, sentado con la espalda recostada en la pared, despatarrado, con su cucurucho de papel en la cabeza. Su cara rojiza salpicada de cemento se arrugó en un dolor de hombre.

- Es verdad -dijo.

Los pitazos subieron más insistentes, como latigazos de policía a hileras largas de carros de lata brillante al sol. Giuseppe los imaginaba monstruosos, amenazantes, conteniendo su rencor de máquina.

- ¿Bueno?... -le preguntó su compañero.

- Bueno... nada, hay que seguir.

El cubo de cemento donde estaban los hombres parecía un calabozo sin puertas. Había dos huecos de luz que daban al vacío, dos botellitas de fresco de pie en el suelo, unas ropas guindadas de dos clavos, dos hombres echados boca arriba sobre el cemento con sus camisetas amarillo-sucias llenas de agujeros, cargados de sol, de viento y de fatiga.

"Sí, hay que seguir", se dijo Giuseppe. Y alzando la voz:

- ¿Has recibido carta?

- Sí, ayer. Te lo dije. ¿Y tú?

- No.

- Estará en la pensión cuando regresemos.

- Puede...

El instante se fue estirando, salió y se hizo largo en forma de un camino estrecho por donde venía una carta rota de quejas y hastío con noticias del hijo y de su mujer.

Hacía dos años que no los veía. Cuando llegó a La Guaira creyó que podía ser cosa de unos meses. Esa era su perspectiva de Venezuela al desembarcar. Después de dos años, a cincuenta metros de altura, le parecía ver un siglo de vida sin objeto por delante.

Giuseppe no esperaba ver tanta gente. Se veía doblado sobre la borda, sudando bajo la gritería, la presión de sus compañeros de barco y una corbata y un traje nuevos, estrenados al embarcar. ¡Ese peladero rojo era Venezuela! ¡Y eso sería Caracas! ¡Con lo que contaban de Caracas!

– No –oyó decir a alguien–, eso es La Guaira.

– ¿Y Caracas?

– A un cuarto de hora.

Giuseppe miró aquellos cerros cargados de ranchitos de barro y ojos de sol en las latas; aquellos caminos rojos del agua, como arañazos; aquellas casitas de colores lavados y reseco muchas veces apiñadas sobre la ladera pelada y casi vertical. "Pero este es un país de oportunidades", se dijo. Entre este gentío del muelle no había sitio para una mirada suya, pero Venezuela tenía lugares enormes donde cabría holgadamente su cuerpo. Bajó a la bodega, aquella maloliente boca donde ubicaron al pasaje de inmigrantes. Recogió sus dos maletas de tablas de debajo del camastro donde acostó sus ilusiones por quince días, y subió corriendo la escalerilla de hierro con sus ilusiones ya de pie y perfectamente a plomo.

"Giuseppe –se dijo–, esta es tu meta de muchas noches sin dormir."

– ¿De qué te ríes? –le preguntó sobresaltado su compañero del piso veinte.

– De nada... de mi llegada a La Guaira.

– ¿Qué te hace reír de tu llegada?

– ¿Tú no sabes que yo subí hasta Caracas caminando?

– No, ¿y por qué?...

Lo primero que se le ocurrió a Giuseppe cuando desembarcó fue volverse a embarcar. Le tomó cariño al barco. Se dio cuenta de eso cuando lo vio desde el muelle, con sus dos maletas de madera en cruz, aquel peladero rojizo con ranchos de ojos de lata a la espalda. El barco regresaría a casa. Y le ocurría igual que cuando muchacho; si su mamá le montaba en un caballito del tiovivo, él miraba con envidia al conejito de orejas paradas en que iba montado su vecino; después le montaban sobre el conejo, y el caballito de crines erguidas le parecía más hermoso. Además, quince días de barco son como quince días de intimidad. ¡Hay que ver el sentido de solidaridad que despierta la sola coincidencia de un viaje en autobús! Pero la corriente de amistad que unió al pasaje se disolvió con el calor húmedo del puerto. Cuando la dureza del suelo se le clavó en los huesos se quedó como un balancín de dos maletas tan horriblemente solo que le parecía mentira que toda aquella gente estuviese compuesta de personas.

– Pero, ¿por qué viniste caminando?

Giuseppe se volteó, se colocó panza abajo, escondió su barbilla entre sus brazos cruzados y puso sus ojos cocidos al sol en la cara de su compañero del piso veinte:

– Creí que eran quince minutos caminando –dijo.

– ¿No preguntaste?

- ¿A quién?
- ¿Tenías dinero?
- Diez dólares.

Pero se los pidieron todos por una carrera. ¡Por quince minutos de camino, como si fuese un turista! En la entrada de la autopista le dijeron que no podía subir por allí. Que si fuese un carro, sí. ¡Cómo iba a ser él un carro! Y aquellos hombres se rieron porque Giuseppe tenía que caminar diez kilómetros más con dos maletas encima por la vieja carretera porque no era un carro. Cuando alcanzó las primeras casitas de Catia, al amanecer, le recibió una pelea. Giuseppe se dejó caer sobre una escalera de tierra y los vio pelear. El hombre se fue maldiciendo. La mujer se quedó en la puerta. Al rato entró Giuseppe dentro bajo el peso de las dos maletas cargadas de fatiga y sueño. Salió bien entrado el día, como entró menos diez dólares. Así le entró Venezuela por los ojos y el cuerpo.

- Nunca había oído una cosa así.
- ¿Y tú cómo subiste?
- En un carro por puestos.
- ¿Te esperaba alguien?
- No, pero para eso tiene uno vista...
- Tú tienes mucha vista y llevas casi tres años ganando doce bolívares.
- No he tenido suerte.
- ¿A qué llamas suerte? ¿A ganarte un "5 y 6"? ¿Por qué vas a ser precisamente tú?
- Hay otras muchas suertes en América: negocios, un sub-contrato bueno, una mujer con plata, un terreno que sube de precio...
- Yo no creo en eso.
- ¿Tú conoces a Lino?
- Sí.
- Pues ni se ha ensuciado las manos y ya está rico.
- ¡Lino es marica!
- ¡Ah!... ¡cada uno como puede, pero ése ya ha hecho su América!
- Yo no quiero una América así, me da asco...
- Pues por eso subiste caminando a Caracas, por eso estas siempre huraño en la pensión, por eso estuviste meses sin trabajo, por eso estás casi loco...
- ¡Renato!...

El grito dio dos tropezones y se desplomó desde veinte pisos de altura, como Camilo. La habitación desnuda, sin puertas, se volvió a llenar de un rumor distante, de calle apartada. Y en la cancha del piso veinte se crisparon dos manos y se abrieron los fosos de dos aberturas sin puerta.

Renato se hizo un poco más hacia el rincón. Y sonrió cobarde:

- No iba en serio, es un decir...

Giuseppe pareció calmado con sólo ver el gesto arrepentido y tímido de su compañero. Él no estaba loco. Loco estará el que se olvide de su mujer, de su hijo, de sí mismo.

- Mira, Giuseppe -se animó Renato, ¿por qué no haces como los demás? Tierra nueva, vida nueva, mujer nueva...

Giuseppe le miró con desprecio.

– Tú sabes –continuó– que nunca vas a poder reunir bastante para traerlos; tú sabes que no podrás mandarles bastante tampoco tal como están las cosas... tú sabes que necesitas mujer. Dime, entonces, algo que puede ser una solución.

Giuseppe no contestó. Se dio media vuelta. Él sabía en su torpeza para seguirle que además de las cosas que son, hay otras que se sienten, y que las cosas que se sienten son tan verdad como las que están delante.

– ¿Entonces?...

– Seguir... como en el trabajo.

Y le entró un hastío como un líquido blanco que se le regó por dentro y le llegó hasta el rincón de la cabeza donde él creía que se gestaban los pensamientos. "Lo mejor es no pensar y esperar", se dijo.

Giuseppe se levantó, se puso su cucurucho de papel, se asomó por la abertura como si fuese a lanzarse con paracaídas desde un avión, y se le pusieron los ojos chiquitos de sol. Después saltó sobre el andamio, colgado a cincuenta metros de altura, sobre la ciudad bajo aquel sol de plomo que le agobiaba. El andamio soltó un agudo grito de mecate y tuvo un gesto de vaivén.

– Me vas a prometer una cosa... –y Renato le pidió, desde su miedo agarrado al quicio de la puerta, que dejase de dar vueltas a las cosas por esta tarde, y que no asustase José...

El cajón de mezclilla que le ponía delante el negro José era dócil, mojado, tibio. Él podía manejarlo sin dificultad y darle forma. Le gustaba hacer esto, porque le hacía sentirse dueño del destino de algo útil. Cuando se secaba, el cemento guardaba la forma que le diera y nacía un cuerpo nuevo que servía al hombre. Aquella línea vertical de veinte pisos que él había contribuido a trazar metro a metro tenía de noble la rectitud de plomada que orienta al hombre en sus esfuerzos. Estaba construida de cuerpos dóciles a la mano del hombre que después le eran fieles para siempre. El suyo, su cuerpo, también era fiel a las manos tibias de su madre que lo modeló. Eso a pesar de la tormenta, de la lluvia, del viento y del sol. Le estaba ardiendo el cuerpo, pero el suyo no se derretiría y seguiría en pie. Renato haría lo que quisiese. Era cosa suya. Cada hombre tiene su medida de colmar. La suya era esta caja de mortero donde venía a vaciar de vez en cuando José su lata de mezclilla. A veces le parecía enorme, sin fondo. Otras la veía chiquitita, insignificante, frente al precipicio de los veinte pisos echados en plomada como un tirón largo-largo bajo sus pies, por donde se fue Camilo...

"Riiisst... raaasst"...

Sin el andamio no hubiese habido pisos, sin mecates y tablas no hubiese habido andamio, sin plata no hubiese habido ni tablas ni mecate, sin... ¡bah!... eso era una locura... "¡Locura!"... las sienas marcaban su paso loco..., "tic-tac... tac, tac, tac... tic-tac"..., en sus oídos llenos de riiisst-raaasst", de pitos, de voces apagadas y del jadear inhumano de los carros. ¡Por ahí se había ido Camilo!... "¡Loco!"...

– ¡¡Renato!!...

El grito ensartó las cabezas de José y Renato como un alfiler.

"Píiii... cok-cok-cokkkk... píii-píii... tin-ton... tin-ton-tin-tan"..., los martillos; "sssssrfrrruuuuuuss"..., los soldados; "¡eh!", el hombre; "píii-píii", el policía; "¡coño e madre de musiu!", José. Y el andamio, nada, callandito, quieto. Los mecates, con su silencio tendido, tenso, de cosa. Las tablas murmurando..., "riiisst-aaaasst", "crik-crak"..., muertas a sus pies. Giuseppe, secándose el sudor, con un aire confundido y torpe. José, otra vez inmóvil, como una aparición. Renato, agarrado a la cuerda:

– ¿Qué tienes, Giuseppe?... ¿no te sientes bien?

– Sí... ¿por qué?

La pregunta hizo dos muecas de clown en el andamio y se reflejó en los ojos redondos y brillantes de José:

– ¿Por qué?... ¡No joda!... Este Yusepe como que está loco... Yo no me dejo caer como Camilo, ¡la pistola!...

– ¡José, no te vayas!...

Renato se fue detrás. Giuseppe se quedó solo y sintió otra vez aquella angustia de la zapatería...

Sí, aquella angustia de la zapatería que no había vuelto a sentir de nuevo hasta que sintió otra vez miedo de quedar sin trabajo... Es como si regresase a la zapatería de Pietro y Elio.

Era un cuartico de tres metros por tres. Allí comen, trabajan, duermen y sueñan los dos hermanos. El rincón huele a sudor, sebo, betún y cuero. Cuando despertó allá amanecía apenas. La habitación estaba oscura y llena. El aire era tan denso que no cabía una respiración más. Ya apuntaban unas grietas de luz en la puerta y comenzaban a rodar por la calle los ruidos del día cuando sintió aquella angustia que le asustó tanto. Era ruido de motores, motores, motores... Arrancando, corriendo, frenando, bufando... Tanto motor como andaba suelto por la calle y apenas había lugar para su soledad. Había andado entre carros y carros, escapando de ellos, durante un mes sin encontrar un ser humano; alargando las piernas sobre el cemento caliente en pos de una obra, apretando el corazón cada vez que le negaban emplear sus brazos. Hasta bajaba los ojos con humildad denigrante, se ofrecía casi por nada, apenas para tener con qué pagar la pensión de paredes de cartón y consumir el tiempo de manera que no quedase ninguno para sentirse solo. El hombre parió aquel amanecer angustioso entre dos mesas llenas de zapatos rotos que olían a pies de pobre y el catre sucio donde estaban tendidos los dos hermanos, dos hombres buenos que le recogieron compadecidos de su estado.

– No, no te muevas –le dijeron cuando quiso levantarse–. Hoy te quedas así. Te traeremos un remedio y mañana te levantas.

Al rato entró Elio con una taza de café caliente, y a Giuseppe le dieron de comer...

– ¡Giuseppe!... ¿me oyes?...

Está Renato de vuelta, mirando desde el quicio sin puerta que da al vacío de veinte pisos, que los pitazos y el ronronear de los carros trepan trabajosamente.

– ... José está aquí. No va a decir nada al capataz. Pero te pedimos los dos una cosa: que descanses aquí, en el piso, un rato. Te ha dado mucho el sol y estás preocupado, como estamos todos de vez en cuando. Este no es un sitio para pensar. Tú haces la mezcilla en la sombra y José te ayuda...

– Bueno...

¡Hay que vencer ese miedo! Hay que agarrarlo, doblarlo y tenerlo domado, como a un animal. Hay que mirarle a la cara y amansarlo. No es sólo por uno. Es que uno tiene mujer y tiene hijo y tiene padres, que es de donde viene uno, y tiene amigos y tiene compañeros que esperan que uno sea un hombre y no un marica, como Lino. Eso es asustarse y coger por el atajo del miedo. Eso es cobarde. ¡Qué diría de él su viejo, si le viese hacer eso! O su viejita, desde su aterido lecho de tierra. Y su mujer, y su hijo cuando crezca...

– José, déjame trabajar en el andamio. Ya estoy bien.

El andamio es sólido, tiene buen mecate, de buen sisal, de buena tierra, de donde viene el alma de todo y a donde regresa después, sin morir. La distancia hasta el piso es apenas un riesgo, como un carro al atravesar la calle, como una mujer que no es de uno, como el odio cuando prende... Pero hay que vencer la pendiente. Vale la pena. Él tiene por qué.

– El perol no sube.

– Primero es lo de abajo, está más cerca...

– ... Por eso Camilo llegó primero abajo y después es cuando subió.

– No lo mientes, ¡zape!...

El sol va tapando huecos sobre el caprichoso recorte de cemento en el horizonte y corre una brisa fresca por el hueco sin puerta del piso veinte. Las cansadas manos de los hombres vienen vacías. Ya se prenden las primeras luces de la ciudad. Y flota un polvo tenue, como neblina. Pero tiene marcada su dirección de tierra.

– Este es un ascensor para peroles...

Los hombres erguidos de la mañana están doblados sobre su propia fatiga, y bajan... "tac-tac-tac"... como si viniese el perol frenando un impulso brusco de dejarse caer. Las manos vacías de los hombres tienen la conformación de trozos invisibles de cemento.

A medida que bajan hay menos sol. Es como precipitar un crepúsculo. Ahora el sol da de espalda, pero son las mismas sombras de la mañana, más atenuadas, como domadas y soñolientas. Si siguieran a sus hombres, dos de ellas irían a un barraconcito con compartimientos de cartón de a 0,50 de bolívar por noche.

Y por tan poco, ¿quién va a pretender el lujo de dormir?...

La luz se apaga al amanecer*

La calle de tierra era como la cama de un río muerto, y a las casuchas de madera que parecían que estaban de entierro en las orillas les nacían de noche unos ojos cuadrados y unas hendiduras como tajos por donde resbalaban unas luces amarillas de velas y lámparas de kerosén.

Cuando la mujer venía bajando por el olvidado camino del agua con la cautela de irse robando la respiración, se escandalizaron los perros, se abrieron algunas puertas, y alguien que era mujer dijo para que oyera la otra:

– ¡Ahí va la puta esa!...

La mujer continuó pasito su vacilante caminar de tacones, tropezando las piedras y los huecos, mirando al suelo, como si viera. Se cerraron, como a golpes de viento, las puertas. Los perros se fueron apagando sus voces de alcahuete. Después, como a soplos se fueron borrando también las rendijas como mirillas y los ventanucos como troneras. Y cuando la calle de tierra terminó de hundirse en la noche, quedó expuesto a toda la oscuridad del mundo un huequito de luz alumbrando con humilde fidelidad de lamparilla.

Los cocuyos habían hilvanado muchas redes de luz en sus invisibles cañamazos de verde, y los perros habían dormido ya casi completo su sueño de cazo de sopa cuando los despertó como un pasitrote de tacones de la buscona, que ya respiraba desafiante sus sofocos de la llegada. Se pasaron la voz como si la odiaran. La mujer se fue derechamente a la luz y empujó la puerta.

Antes de extinguirse el clamor de perros, cuando la alborada apuntaba ya sobre el copete del Ávila, la luz como de lamparilla se apagó.

– Una mujer con una niñita de tres años y un muchachito de ocho meses –dijo rascándose la cabeza una gorda en el abastos– no se pone a trabajar de noche, y dice que de camarera, si no le hace falta la noche para trabajar...

– Es que de noche no se ve –rió torpemente el pulpero.

– Pero se siente, m'hijo, que esta madrugada me volvió a despertar el muchacho, la bicha esa. Yo nunca la veo aquí; ella como que no compra en tu negocio.

– No, las putas se van cinco cuadras más abajo para ahorrar dos centavos. Aquí el que viene a veces es su marido, que trae a la muchachita para comprarle dulces. Ese hombre sí parece bueno.

– ¿Bueno?... ¡Un hombre que se queda en la casa, como un cabrón, comiendo del negocio ambulante que tiene su mujer!...

– ... ¡No me digan –terció una chapatita chupada y sucia que venía llegando– que están hablando de la húngara!... No sé qué podrá tener ese cuerpo de sapo, que le da para montar a su hija en los caballitos de la carroza del isleño dos veces al día...

* Los cuentos "La luz se apaga al amanecer", "La semilla vieja", "La llegada de Engracia", "El asalto" y "El espía", fueron publicados bajo el título *La semilla vieja*, Caracas, Cromotip C.A., 1958.

La mujer es fea. Ni siquiera tiene alguna de esas cosas que a los treinta años, que no debe tener más, todavía ciegan a los hombres.

Es un cuerpo de cocinera, retaco y abombado como una tina, y la cabeza la tiene pegada al mismo hombro. La cara es cuadrada, con las quijadas abiertas, como los perros de presa. Y se viste feo. A veces se pone una bata ancha y sin talle, como un sayo. También se le ve con un gabán tápalo-todo que parece una cobija. En las raras ocasiones que sale de día se aprecia mejor el caminar torpe de esas sus dos piernas cortas y zambas, evitándose trabajosamente los tobillos de sus pies, que los tiene apuntando como las agujas del reloj a diez para las dos. A menudo lleva las manos metidas en los bolsillos, como si tuviese frío. Cuando no, se le quedan los brazos inevitablemente levantados por el gordo de las carnes que se le amontonan en los sobacos, con el aire de esos globos que ponen a volar por las fiestas.

De noche se pone unos zapatos de tacón que la levantan media cuarta, pero tan torpemente que parece que va caminando sobre zancos. Callejea por las orillas, se pega instintivamente a los muros de los jardines y de las casas, evitando las luces de las vidrieras, mirando a ratos para atrás, como si recelase algo.

Ella sabe cómo topar con los hombres. Si no basta la insinuación, va al abordaje. Casi siempre pide un cigarro. Después discute el precio en un castellano de consonantes duras como alambres. A veces continúa su camino sola, rezongando; cuando tiene suerte, acompaña al hombre sin acercársele mucho. Aprovecha todas las sombras que hay, no desperdicia un callejón oscuro. Si el hombre no tiene mejor, pues ella cuenta siempre con una pensión de a ocho bolívares la noche y de tres o cuatro el rato, depende de lo holgado.

Regresa siempre a su chamizo antes del amanecer. Es como si temiese la luz del día. Después, apenas se la ve.

Quien sale al patio a tender los pañales, quien da los teteros al niño y quien lo acuna con canciones, quien cocina, quien va de compras, es su marido.

Es un catire pequeño, con un bigotito amarillo y unos ojos azules que sonríen al mirar. No son ojos de tímido. Miran de frente, sin turbarse. El hombre hasta tiene cierto aire distinguido que choca con su manera humilde de vestirse. Pero hay en la forma en que encorva la espalda al caminar algo que corresponde a cosa doblada dentro, en su espinazo moral.

Suele ir de compras de medio de sal, real de azúcar, cien gramos de arroz, equipado con un maletincito de cuero. Parece una manera pueril de disimular que va de compras para la cocina. A veces lleva a su hijita Kati de la mano; pero casi siempre su compañía es un perro spaniel marrón, con nobles orejas, el hocico frío y unos ojos que parecen de persona. *Bodri* se come todos-todos los días (lo que es un escándalo para las mujeres del barrio) una lata de carne para perro que vale un bolívar. Se cuenta que un señor ofreció por él hasta dos mil bolívares, y que al hombre no le brilló siquiera uno de sus ojos azules. Y puede ser verdad. El perro también le demuestra mucho cariño. Va siempre pegado a sus piernas, y le obedece a la menor señal.

El hombre parece tener dominio sobre sí mismo, sobre el perro, sobre la niña, sobre los que saluda con una sonrisa al cruzar, y sin embargo hay esa curvatura del espinazo y

hay su esposa que le sale de noche a vender su cuerpo deforme mientras él se queda haciendo los trabajos de la casa como una mujer.

Un atardecer llegaron al barrio dos mujeres y un hombre que después de mucho preguntar fueron a parar al DDT-234, la casita de techo de zinc donde vivían los húngaros. Primero asomó al ventanuco la cabeza revuelta de la mujer, y desapareció. Luego, por la puerta, asomó su medio cuerpo el hombre.

A pesar de que fue cortés con ellos, no los hizo pasar. El visitante, que fue el que habló, dijo que los tres pertenecían a una comisión húngara de asistencia al inmigrante, a ver si podían hacer algo para ayudarlos.

– ¿Qué oficio tiene? –dijo solícita la más vieja de las dos mujeres.

– Soy catedrático, graduado en la Universidad de Budapest. Explicaba Historia y Sociología.

– ¡Ah! –dijo elocuentemente la otra, que era bastante bonita.

– He intentado trabajar varias veces de lo que sea –aprovechó la bajadita el hombre, aunque con cierto aire mortificado.

Entonces salió ella, vestida con un quimono de flores amarillas y moradas hasta el suelo, cuadrada como un biombo, los ojos abotargados, el gesto agrio.

Su marido no tuvo más remedio que presentarla.

– ¡Qué! –le cortó ella bruscamente–, ¿le vienen a ofrecer trabajo?

Las dos mujeres de la comisión se sobresaltaron. El hombre miró sin hacer un gesto. Fue su marido el que dijo:

– No, mujer. Vienen a ofrecerse, por si nos pueden ayudar.

– ¡Ah! –rió descaradamente la mujer entrando en la casa–, ¿y que es?...

– Ruzsi... –rogó el hombre humildemente.

– ¡¡Si te ponen a trabajar, avísame!! –gritó ella desde dentro, y tiró la puerta.

El hombre explicó entonces con humildad, que primero trabajó como peón, pero que no podía, que se sentía morir de cansancio, y que como no sabía la lengua, pues que no podía hacer más. Que luego su mujer le encontró un empleo como vendedor de seguros entre los extranjeros, pero tampoco pudo, que le faltaba carácter para eso.

– Y entonces –le preguntó la más vieja de las dos mujeres, con cierta dureza–, ¿qué piensa hacer?...

– Yo no he pedido nada a nadie –repuso dolido el hombre, aunque con la misma voz sin rencor de antes.

Los tres visitantes se miraron. Hubo como un acuerdo en el aire, y habló el hombre de comisión, pronunciando claramente las palabras.

Entonces el hombre de los ojos azules que estaba oyendo el regaño se molestó. Las manos le saltaron a las solapas del predicador, y le dijo silbando las consonantes, pero bajito, para que no lo oyese ella:

– ¡Usted no toca a mi mujer ni de palabra!...

Algún vecino que vio cómo escapaba la visita tropezando las piedras del camino, corrió la voz de que había habido una denuncia contra la húngara.

Y cuando ella salió ya oscurecido, como todos los días, había un grupo de muchachos frente a la casa. La abuchearon, y hasta alguna piedra ciega le pasó rozando en la oscuridad. El hombre oyó el escándalo desde detrás de la puerta. La mujer no se detuvo. Siguió despertando, con su caminar torpe, como de zancos, el odio de los perros.

Cuando la mujer regresó eran las cuatro y media de la madrugada.

Él, que estaba echado sobre la cama, sin desvestirse, se levantó a abrir la puerta en cuanto comenzaron los ladridos. La esperó con *Bodri*, que se había despertado en su cama de trapos.

– ¿Cómo estás así, vestido? –dijo entrando.

Él cerró la puerta sin contestar. Cuando la vio un rato, sentada sobre la cama, quitándose las medias, le gritó cerca:

– ¡Has vuelto a beber, Ruzsi!

Ella volteó, le miró a la cara y le salió:

"Puff..."

Y al rato, cuando tenía la falda de su vestido a la altura de la cabeza, dijo como si fuese sólo para su forro:

– ¿Qué quieres que haga?...

Él se había recostado contra la puerta. Entonces reparó en que la muchachita estaba desarropada, y llegó a cubrirla. Cuando regresó dijo a su mujer, que ya se estaba metiendo debajo de la sábana:

– ¡Esto tiene que terminar, Ruzsi!

Se conoce que no era la primera vez, porque ella echó dos vientos que fueron como dos arcadas, y abrazándose a la almohada le dijo en el mismo tono de amigo:

– Mañana me explicas cómo...

– ¡¡Mañana no, ahora mismo!!...

El grito hizo dar un brinco al osito de nariz colorada que estaba botado al pie de la cama donde dormía la pequeña. Pero ella, Ruzsi, no movió una pestaña. El hombre, ya crecido, comenzó a discursar en alta voz, cruzando la habitación de un lado a otro, que eran cinco pasos.

De pronto, ella, que parecía dormida, le interrumpió:

– No seas cabrón, Janos, y déjame en paz; vete a acostarte...

Como él insistiese en plantear el problema, ella se incorporó sobre un brazo y le hizo con el dedo un gesto de acercarse, guiñándole un ojo con esa sonrisa de media boca que suelen usar las mujeres de la calle para insinuarse.

– ¡A mí no me hagas ese gesto, Ruzsi!...

– Ven para acá, valiente, siéntate... No, aquí, a mi lado... Tú al menos eres mi marido... Ahora, dime la solución, mi amor...

– Déjame en paz –dijo el hombre rechazando la falsa caricia–. Pues sí, lo tengo resuelto, nos vamos a regresar.

– Regresar, ¿a dónde?

– A Europa...

– A Europa, ¿a dónde?

Podríamos quedarnos en Alemania, donde vivimos tan bien aquellos cuatro meses, ¿recuerdas?

– Y allá, ¿qué?

– ¿Cómo que qué?... Allá yo me puedo defender mejor, puedo trabajar.

– ¿Trabajar tú?... ¿Y por qué no trabajas aquí?, ¿eh!?...

– Tú sabes que yo, si me sacan de mis libros, no sirvo. En Alemania puedo defenderme, conozco la lengua, tengo amigos...

– ¿Y yo, qué? –ya la mujer se había sentado del todo, junto a él.

– Tú puedes dedicarte entonces a los hijos, como debe ser.

– Como si no hubiese pasado nada, ¿eh? –ella parecía complacerse en mirarle derecho, apuntándolo con los ojos y preguntándole como a bayonetazos-. Y ¿dedicarme a qué hijos?

– Pues a los nuestros, ¿a cuáles ha de ser?

– Será a los míos –le disparó a bocajarro–; Kati sí es tuya, pero yo no sé como puedes estar tan tranquilo en cuanto a Jani, porque con esta vida que llevo ya voy para los dos años, casi desde que llegamos.

Él quedó suspendido de una cabuyita delgada como un hilo de araña, sin atreverse a mover un labio, como de miedo de romperlo y caer en un precipicio.

– ¿Y sabes otra cosa? –insistió despiadadamente la mujer–: que estoy otra vez encinta...

El hombre se quedó mudo.

Eso duró varios minutos.

– Anda, Janos, acuéstate –le dijo ella por fin con tono de lástima, recostándose contra la almohada. Y como lo viese tan asustado, añadió en una voz casi dulce–: Anda, tonto, que yo sé que todo no es culpa tuya, y todavía te sigo queriendo.

Él se levantó, como escapando de la voz dulzona de su mujer. Después rebuscó algo en un cajón del escaparate, y abrió la puerta.

– ¿A dónde vas? –le dijo ella sin moverse.

– Aquí, al patio... Ya regreso.

Detrás de la casa había un patiecito estrecho colmado de ruedas oxidadas, cuadros de bicicleta, cauchos, rines viejos vueltos herrumbre, porque el que vivía aquí antes era un mecánico. Él los miró un rato a la luz del amanecer.

Después, buscó algo sobre su cabeza, y dio con un palo que sobresalía una cuarta del zinc. Acercó un cajón, se subió en él, y haló del final del travesaño.

Dentro, toda la casa se movió.

– ¡Janos! –le llamó ella-. ¿¡Qué haces!?, ¡ven a acostarte!...

– ¡Ya va! –contestó él por un hueco de la pared de tablas.

Después sacó de su bolsillo un ovillo de mecate que cabía en un puño y ató despacio un cabo al palo. Cuando comprobó que podía aguantar un peso, ella lo volvió a llamar.

Él vio a través de la rendija cómo su mujer se estaba levantando y venía por él.

Entonces saltó del cajón y entró en la casa. Al rato, la luz como de lamparilla se apagó.

Sería media mañana cuando se levantó.

Los niños ya estaban jugando sobre la cama. Cuidando de no despertar a Ruzsi, salió y llegó hasta detrás de la casa apresuradamente, como si hubiese olvidado algo de la víspera.

Entonces cogió la otra punta del mecate, lo enlazó en el otro extremo del tejado de zinc, y colgó los pañales del niño, los vestidos de Kati y unas medias de Ruzsi.

Después, cogió su ponchera debajo del brazo y regresó a la cocina para preparar el desayuno de los pequeños.

La semilla vieja

Era uno de los últimos días de julio, cuando los pocos mangos que han escapado a la puntería de los muchachos comienzan a rendirse a la tierra solos.

– ¡Anastase! –al viejo le brotó un grito cerca–, ¡pégale otro corte!

El tractorista había bajado de su máquina en marcha y se había acercado al viejo para mostrarle una raíz.

– Yo credo –le dijo sin levantar la voz el viejo del hacha– que non sone le rádiche; é el tratore que non jala por il lado justo.

– ¿Para qué lado? –le gritó por sobre el ruido del motor el tractorista.

– Para acá, en questa direzione... –y el viejo blandió la herramienta para indicar un camino.

Cuando recomenzó la maniobra del tractor, el viejo se alejó unos metros, y acariciando el filo del hacha con su dedo gordo, que estaba agrietado y oscuro como una semilla vieja dijo para adentro, que es donde últimamente había comenzado a meter sus cosas: "Árbol joven, que lo maten ellos, los maquinistas; ya van catorce en este mes, y el valle se está quedando sequito y arrugado. Si yo no necesitare de los doce bolívares que me dan, si tuviese oportunidad de algún otro trabajo, si no se viesen en mis arrugas los casi sesenta años que tengo, a mí no me enredan en este negocio...".

Cuando el tractor dio con el rumbo justo para derrotar a las raíces, la guaya gritó con su voz de látigo, el tractor jadeó como un toro que ha terminado de cubrir, y las recias ataduras del árbol con la tierra reventaron con estallidos secos, como tiros a quemarropa, abriendo el hueco gigante de una sepultura.

Cuando, después de los estallidos secos de tendones, terminaron de irse el lloro tierno de las hojas en su último vuelo y el crujir lastimoso de las ramas, y cuando luego el tractor regresó a ver de cerca su muerto, echado a lo largo de sus doce metros de tronco, el viejo se acercó al foso cruzado de raíces rotas mirando al vacío del cielo, y dijo como solía: "Otro muerto".

Pero si se apiadase de cada árbol que tumban, si le afectase cada hombre que escupen, si le doliese cada mirada que ofende o cada palabra que hiere, Anastase estaba ya muerto, como el árbol.

Acostó su hacha en la tierra y se deslizó torpemente, con sus pantalones remendados con cabos de alambre, por un pequeño talud; hurgó entre un gamelotal y trepó luego a gatas, con un saquito de tela azul en la mano.

El viejo había aprendido a sonreír entre lágrimas y a comer en el hueco de una tumba.

Después hubo que cortar al árbol muerto los brazos, y trozarle el cuerpo en cinco o seis pedazos, reducirlo a carga de camión. Eso era trabajo de casi dos días para él solo.

Este desmonte estaba ya casi listo. Después posiblemente irían al otro lado de la quebrada, donde estaba trabajando el patrol que Anastase guardaba de noche.

A la luz casi blanca del mediodía, el valle entero era un solo plano amarillento y estéril. Otras veces, sobre todo en la amanecida, todo el abra le parecía una creciente

enorme, un gran desbordamiento de aguas cuando engordan de tierra y se hinchan, con alguna isleta de verde asomando como náufrago sobre la hinchazón estirada del río.

A Anastase le ocurría también imaginarse aquella inmensidad como si fuese una gigantesca parcela de tierra labrada esperando las primeras aguas de abril para la siembra.

¡Claro que estos eran pensamientos tontos que le venían a él a la cabeza, y que no los decía porque se le iban a reír!

Al anoecer, cuando regresó al depósito de materiales de la urbanización, un halo de sol en la cabeza, el bulto de mangos sobre el hombro y el hacha en la mano, le estaba esperando Nico.

– Hubo carta, papá –le dijo al llegar.

– ¿Por qué viniste hoy, si quedamos en que mañana? –Y sin otra pausa añadió–: ¿Qué dice?...

El joven como de veinte años estaba remangado hasta casi los sobacos, y con un gesto de desenfado aprendido en el cine, a lo James Dean, alzó los hombros como diciendo "todo sigue igual". Pero después, como si hubiese reparado en algo tierno, mientras el viejo dejaba el saquito azul lleno de mangos en el suelo, dijo:

– Mamá está mejor de los ataques.

Luego hubo un silencio bastante largo, que el viejo Anastase invirtió en meterse en el cobertizo de las herramientas y cambiarse de pantalón.

– ¿Y tus hermanos? –dijo asomando la cabeza.

– Giuseppe se compró la bicicleta.

– Y, ¿qué dice? –brincó medio tono la voz vieja de Anastase desde dentro del galpón.

– Nada (al joven se le antojaba que todo lo demás, los detalles, estaban ya comprendidos), que está muy contento, que ahora llega al trabajo en menos de media hora, ¿qué va a decir?...

– Ahora Tonio (el viejo estaba, sin embargo, en los detalles) querrá otra igual.

Con menos que eso había para que el viejo se quedara observando las grietas de sus manos.

– Papá –le sacudió su hijo con la voz–, ¿dónde queda el patrol?

– Ayer quedó en aquel alto, cerca de la carretera nueva. Pero hoy lo vi coger para el otro lado de la quebrada, donde llenaste la bolsa de mangos la semana pasada –explicó el viejo.

– ¿Dónde los conseguiste hoy? –preguntó Nico señalando el saquito desmoronado en el suelo.

– Hoy –se avergonzó el viejo– de un mango que tumbamos. Los vas a llevar.

– ¡Pero si vine a relevarte en el patrol esta noche!

– Quedamos en que mañana.

– Pero es para que veas la carta, y además te dejé una carne para freír en el cajón de la comida –insistió Nico.

– Y ¿qué ibas a comer esta noche? –preguntó Anastase a su hijo, que lo veía con las manos vacías.

Nico se volteó y le mostró el bulto de un pan redondo debajo de la camisa, y le sacó una latica de sardinas de uno de los bolsillos del pantalón, que lo llevaba muy ceñido en la cintura y en las piernas.

– Dámelos –le dijo el viejo– y llévate los mangos.

– Entonces –dijo resignado Nico–, ¿vengo mañana?

– Mañana, sí. Dile a Vido que le llevaré la tabla...

– ¿Qué tabla?

– Me pidió un pedazo de tabla para arreglar su camastro, que lo reventó Salvatore, que es un bruto. ¡Ah! –dijo el viejo como si de pronto recordase algo muy importante–, quiero hacerte una advertencia: no toques los mandos del patrol, que la máquina puede rodar hasta el fondo de la quebrada. ¿Tú sabes lo que le pasó a Komorsky?

– ¿Qué Komorsky?

– Un polaco que murió hace dos meses en Santa Mónica... Monta en este camión que viene. Ahí está Suárez...

El camión traía su caja llena de hombres agachados. El viejo preguntó por el patrol a un trigueño con cachucha de cuero que iba sentado en el borde trasero del camión.

Cuando Nico se encaramó allá arriba con su saquito de mangos y el camión arrancó, el hombre de la cachucha de cuero le hizo un lugar junto a él. Ya estaba el vehículo en plena bajada cuando se volteó para decirle:

– ¿No te quedas hoy?

– No –le contestó Nico alzando la voz por sobre el traqueteo del camión y el ruido de los frenos–; cosas del viejo. Dijo mañana, y tiene que ser. Yo mañana quería ir al cine.

– Tienes novia –sonrió el hombre con una malicia sin motivo.

– Bueno... –se turbó Nico sin tener por qué.

– Yo no sé –dijo Suárez para cambiar– cómo pueden ustedes dormir montados en ese asiento.

Nico alzó los hombros, y luego estiró las piernas sobre el bultico de mangos y dijo:

– Son diez bolívares.

– ¿Cuánto gana el viejo por el trabajo del día?

– Doce.

– Es poco –dijo Suárez como para sí, pero de forma que le oyese Nico.

– Por eso es que tenemos que trabajar también de noche.

– No –repuso rápidamente Suárez, agarrándose en una curva del camión–, digo que doce es poco para el trabajo que hace el viejo, porque yo veo lo que suda tumbando y picando esos árboles.

– El viejo –dijo Nico– siempre ha sido así.

Después hubo un buen rato en que no se oyó nada más que el ruido del motor y los brincos de la caja vieja del camión, porque ninguno de los que iba con ellos hablaba tampoco.

– ¿Tú sigues en la carpintería? –preguntó por fin Suárez.

– Sí; pero si no me suben el jornal, me voy.

– ¿Cuánto te pagan?

– Sesenta bolívares a la semana.

– ¿Y qué estás haciendo?

– Llenando los sacos de viruta para la cama de los caballos en el hipódromo. Es un paisano que tiene un contrato con la carpintería: paga a medio el saco y vende a bolívar.

– ¿Cuántos sacos llenas al día?

– De doscientos a doscientos veinte, según.

Suárez puso los ojos chiquiticos, mirando a través del hueco de la cabina del camión, por donde veía carretera adelante, calculando cuánto daba el negocio. Y al cabo de un rato dijo:

– ¡Pues el negocito da como ciento cincuenta bolívares diarios!

– Bueno, cincuenta se le pueden ir en el transporte de camión y en mi jornal; pero le quedan cien bolívares limpios.

– Y el que trabaja eres tú.

– Claro –dijo Nico, y se rió.

– Y ¿por qué no te pones por tu cuenta?

– No –dijo seriamente el joven–, para eso hay que tener amigos en el hipódromo; ¿tú no sabes cómo son estos negocios de los contratos?...

La pregunta quedó prendida en una rama de cují que casi se lleva la cachucha de Suárez.

Ya habían bajado de Baruta a las afueras de la ciudad, y el camión iba a entrar en la autopista cuando Suárez dijo:

– Y ustedes, ¿adelantan tanto así con esos diez bolívares que les dan por noche por guardar el patrol? ¿Porque eso está reventando al viejo!

– Sí –le contestó Nico regresando desde algún otro pensamiento–, porque así pagamos una sola cama en la pensión y ahorramos otra, que son tres reales diarios, y que sumando a los diez bolívares, pues hacen otro jornal completo. Así son tres jornales entre los dos, que tenemos que mandar una plata para mamá y los hermanos.

– Entonces –dijo Suárez con cierta dureza– tú deberías relevar al viejo más a menudo porque trabaja más duro que tú y está muy cansado.

– A mí me queda muy lejos desde El Cementerio; porque hasta aquí son tres cambios de autobús, que son hora y media de viaje –dijo Nico sin enfadarse–; pero yo vendría igual si no fuese por el viejo, que no me deja relevarlo sino así, una o dos veces por semana.

– ¡Ese viejo tuyo es medio fregao, carajo! –dijo Suárez levantando la voz.

– ¿¡Por qué!? –se sorprendió Nico.

– Es que él tiene la costumbre de tocarme los mandos de la máquina. Cuando llegué esta mañana, el patrol estaba a medio freno, sin el seguro, y como recuerdo que lo dejé puesto, pues le dije, y ya sé que no se lo debía haber dicho así, pero me salió: "Mira, siciliano, no me toques los mandos del patrol, porque cualquier día tenemos un disgusto". Tu viejo me miró sin decirme nada, pero queriendo decir "¡A tí qué carajo te importa!". Fue luego, al bajar del patrol, cuando me dijo sin mirarme, pero sintiéndole yo el coraje en la voz: "Mira, Suárez, no me digas siciliano como si quisieses decir otra cosa, porque yo tengo un nombre, que es Anastase Santo, y a mí no me gustan esas cosas". La verdad, me duele habérselo dicho así, y luego me dio lástima el viejo, porque la culpa fue mía. Pero como sea, hay que decirle eso, porque algún día se le van los

frenos y le pasa lo que a Komorsky. Tú sabes, el polaco aquel que se mató con el tractor detrás de los cerros de Santa Mónica.

– No –dijo Nico mirando lejos–, no sabía.

Ninguno de los dos, en los diez minutos que duró todo el viaje, volvió a decir una palabra.

Anastase dejó el camino hecho y enrumbó su atardecer a campo traviesa, sobre los terrones y las olas quietas que habían modelado las cuchillas de las máquinas en este inmenso mar de tierra.

De lejos, sembraba un sembrado enorme, pero al pisarla, se sentía que la tierra había sido tratada sin la ternura con que labra el arado.

¿Pero se iba él a poner sentimental por la tierra herida, por los árboles que tumbaban, por todo lo que le cercaba a él, corazón blando de campesino? Si quería seguir viviendo en este mundo, tenía que meterse en él y ser como los demás, como el tractorista.

A lo lejos, sobre el cogote del cerro, el patrol se recortaba contra el cielo como una gigantesca tara muerta. Este era su rumbo. Allí estaba su cama ambulante, que se quedaba donde le cogía la faena al anochecer.

Cuando Anastase llegó al pie de la máquina, ya se estaba muriendo el día.

Y se sintió solo, sin un árbol en el horizonte, sin una hierba cerca.

El viejo montó lentamente sobre el patrol, se sentó frente al volante y abrió su pan redondo en dos. Después, con la misma navaja, que estaba mellada y vieja, abrió la laticca de sardinas y la vació sobre la miga del pan escurriendo el aceite hasta la última gota. Y sujetando el pan redondo con sus ásperas manos de campesino, lo mordió golosamente.

Cuando terminó de comer, ya estaba oscuro. Anastase comenzó a sentir el peso de la noche sobre sus riñones, que ya estaban resentidos de la brega del día.

Cuando saltó desde el peldaño de la cabina de conducir, los terrones se le clavaron en las plantas de los pies, a través de la suela de sus grandes botas de cuero, y el dolor le brincó hasta los huesos de la cabeza. Abrió lentamente un cajón de madera que tenía el patrol entre dos ruedas, como entre dos piernas, que parecía una urna pintada de amarillo, y sacó un pedazo grande de coleta.

Con unas cabuyitas que le colgaban de las cuatro esquinas, amarró el saco de forma que tapase el espaldar hueco de la cabina, que era un esqueleto de hierro con sólo el techo.

"Ahora no importa –dijo el viejo en alta voz–, pero en la madrugada se mete una brisa fría que entra en la carne como un alfiler."

Después que amarró las cuerdas, volvió a bajar, más despacio que antes, y esta vez sacó una cobija que tenía dos agujeros bastante grandes; la sacudió con tres pequeñas explosiones de aire, y subió con ella al vehículo. Después, se echó cuidadosamente sobre el asiento en lo que daba de largo, que era un metro, plegando las piernas, como quien conoce la técnica.

Este olor a aceite y a grasa le transportaba todas las noches al garage de Mateo Ianisi, de donde sale el autobús para Mesina.

Rosa y él bajaban al pueblo una vez al año con su familia, temprano en la mañana, para hacer este viaje. Llegando a Mesina, se coge el tren, y cerca de la estación Olivero queda la iglesia de la Madre de Tindari, una Virgen negra que es muy milagrosa. Su mujer, que sufría ataques, había hecho la promesa de visitarla cada año por las fiestas.

Anastase tenía un ojo abierto, apuntando con la silueta de una pieza del patrol a una estrella que asomaba entre dos nubes, a ver si se movía.

"No, no se mueve", dijo.

Esta era una maña suya para engañarse, a ver si dejaban de venir los otros pensamientos y se dormía.

Y no se dio cuenta de nada más hasta que se sintió otra vez despierto con un nuevo dolor en la cintura. Por el viento, que soplabla húmedo y tibio, supo que se acercaba una tempestad. Anastase estiró una pierna en la oscuridad y el tobillo quedó encima de algo que era como una cabilla: "el pasamano del asiento", pensó. Después alargó la otra pierna, calculando una altura a mano izquierda: "el volante". Apuntalado así, oyendo cómo la coleta cernía suavemente la brisa, alargó su sueño otro rato. Lo vino a despertar un nuevo dolor en el tobillo, que era como si le estuviese mordiendo un grillo. Entonces dobló el pedazo de madera que era su pierna, la puso con sus dos manos, para sentirla, anidada entre dos palancas de velocidades, que era una media caña suave, y se durmió otra vez con ese sopor de media muerte con que se le entumecía el cuerpo, y del que no se despertaba del todo hasta el amanecer.

Entonces pensó o soñó que ya era empleado fijo en la compañía. Porque ya hacía un año que trabajaba sin faltar un día, y no le iban a botar ahora, que tenían que pagarle todo lo que dice la ley. En su primer empleo, recién llegado, lo cogieron para un trabajo de apuro, y al mes, lo sacaron; después supo que era por no pagarle las prestaciones. Volvieron a tomarlo a la semana, pero a los dos meses escasos lo sacaron con un grupo grande; esta vez para que no tuviese derecho a reclamar el preaviso y las vacaciones. Lo volvieron a enganchar al día siguiente, pero como si hubiese comenzado de nuevo, poniéndolo otra vez a partir de cero.

Él no quiso protestar. ¿Para qué sirve gritar, si nadie oye?

Después, en diciembre volvió a quedar sin trabajo y tuvo que defenderse hasta mayo con unas chapuzas, haciendo de todo. En mayo-junio es cuando comienza el peón a tener algún valor. Los vienen a buscar a la pensión, y los llevan en grupos, y con jornales de peón de hasta doce y trece bolívares diarios a los más fuertes. A él le ofrecieron once, porque sabía tumbar un árbol. De peón-peón no le hubiesen dado diez. Eso dura hasta diciembre, que es cuando se terminan las obras en Caracas. Total, que lo que se ahorra en ocho meses se gasta en cuatro sin trabajo.

Pero a Anastase le fue bien en esta compañía, y lo retuvieron. Ya tiene un año cumplido, y le aumentaron un bolívar. Además le encargaron del cuidado del patrol de noche, porque le robaban las piezas.

La cama era dura, con esquinas como puntas de arado. Y escasa como una cobija que no alcanza sino hasta la cintura cuando donde se siente frío, un frío de hielo, es en la espalda.

Anastase desenredó despaciosamente otra vez, sin abrir los ojos, porque la oscuridad era la misma, las guayas imaginarias que le tenían el cuerpo absurdamente

amarrado rodilla con ombligo, mano con cuello, duros los huesos de casi sesenta años como la tramazón de raíces de esos árboles que estaban tumbando, y pensó que para vida sin dolor, la de la máquina, con su asiento de hule gris impasible a pesar de sus hilos asomándole bajo el cuarteado de la pintura, su volante negro y sus palancas amarillas absurdamente tiesas, como soldados. ¡Lo conocía todo tan bien a punta de pie! Sabía a qué distancia terminaba el asiento, en qué curva arrancaban los hierros con bolas negras que eran los mandos de la máquina, y dónde comenzaba a mandar el arco grande y negro del volante.

¿Y si regresase a Sicilia? Sí, y la cabeza de Anastase se desperezó de sólo asomársele la idea, ¿qué tal si ahora que tiene un año en la compañía y le tienen que pagar sus vacaciones y las demás prestaciones que marca la ley, y le toca cobrar más de cuatrocientos bolívares, no se embarca y se va?

Entonces fue cuando Anastase sintió una puntada de frío en el costado, y abrió sus dos ojos y comprobó, por lo negro del cielo, que ya estaba llegando desde alguna parte allá arriba, hacia Petare, la tempestad.

"Ya que te vas a mojar de cualquier modo, Anastase –se dijo con la filosofía de los que dialogan con la tierra y los elementos– no te muevas mucho y trata de dormir, que mañana es otro día largo de trabajo, y hay que juntar fuerzas para matar dos o tres árboles más."

Nico se iba a quedar. Ya el muchacho le advirtió que no regresaba a Italia; que él tenía mucho camino que andar en la vida, y que ya se acostumbraría a caminar por este nuevo de América, que era más largo y más ancho y que llegaba más lejos que el de su pueblo.

Y era probablemente verdad, porque para los jóvenes todos los caminos nuevos son promesas. ¿Quién le dice a él que Nico no puede aprender a manejar un patrol como éste y ganarse sus treinta a treinta y cinco bolívares diarios, como Suárez? Pero a él, a quien no le falta voluntad, ningún compañero va a tener la paciencia de enseñarle, ni la compañía permitiría que él ensayase con la máquina, habiendo tanto que hacer.

Hacía ya un rato que estaban cayendo unas gotas gordas de lluvia, que sobre el cuerpo del patrol sonaban como golpes secos de hacha que llegasen desde dentro de algún bosque. A través de sus ojos cerrados, a Anastase le llegó dentro de la cabeza el resplandor de un relámpago. Esperó unos segundos con el oído fino y oyó reventar un trueno. Entonces se acurrucó más en su cobija. La coleta de la ventana soplaba como una vela rota, incapaz de mover la enorme máquina varada en aquel mar de tierra, donde Anastase hacía cada noche su viaje a Italia.

Cuando el viejo despertó de su sueño de madera, estaba casi amaneciendo. Ya se estaba esparciendo esa luz lechosa con que se anuncia el día cuando viene aterido, envuelto en nubes de agua. Y ya la lluvia era menuda, como una garúa, remojando silenciosamente el cuerpo grande del patrol. Entonces le llegó a Anastase desde el fondo de la quebrada un rumor de torrente.

"Ahora está llegando el agua de la montaña", pensó.

El viejo sintió que tenía el cabello mojado, y que su pierna izquierda chorreaba desde una punta del pantalón, y que tenía el brazo izquierdo enteramente mojado con el agua que le había ido trayendo sin ruido un cabito de la coleta.

Anastase levantó entonces sus dos piernas y las puso sobre el volante negro, y vio cómo le colgaban cerca de las palancas y del freno, que quedaba un poco más a la derecha. Y se amodorró otra vez con la cabeza sobre el pecho, con las manos cruzadas sobre sus dos piernas.

Lo que soñó después fue que se le estiraba una pata, como si se le hubiese aflojado un tendón, y luego, que le arrastraba un vértigo, que comenzó a dolerle en varias partes del cuerpo a la vez, silenciosamente.

Todo sucedió tan despacio, que le dio tiempo a pensar en el polaco de que le había hablado Suárez, en los ataques de su mujer, en sus hijos y en la Virgen de Tindari, y dijo algo a Nico, que es lo que tenía más cerca, y pensó también en los cuatrocientos o quinientos bolívars que le correspondían de retiro para su viaje en barco.

Y aquí se le acabaron los pensamientos, como si la pesadilla se hubiese terminado cuando subía al vapor.

Cuando a la niebla le llegó la luz del sol para poder mirar las aguas crecidas en la quebrada, vio que Anastase seguía durmiendo allí abajo con las manos cruzadas sobre sus piernas, en una de aquellas posturas en que se acostaba sobre el asiento de hule gris del patrol; sólo que ahora la máquina parecía estar sentada sobre el breve regazo del viejo.

La llegada de Engracia

A Juan le amaneció su día en el muelle.

Destemplado por la vigilia, buscó el calor de un café. Se lo sirvió un chino en una taguara a dos pasos del muelle.

El puerto se desperezaba entre dos luces. Juan se quedó viendo los barcos recién lavados por la noche, que lo miraban mansamente desde sus ojos de escobén, amolando sus imponentes narices en el agua.

Fue leyendo *Stratford, Bergen, Txori Mendi*, deletreando, porque eran nombres extranjeros.

Él no sabía leer y escribir tan bien como su mujer, que había estado sirviendo con unos señores de Madrid; pero podía llenar con sus gordos dedos de campesino dos hojas por las dos caracas en una media tarde de domingo, después de la siesta.

Luego llegaba a la esquina de Carmelitas y ponía el sobre en un hueco que decía "Exteriores", que era como dejarlo en Celanova, sólo que una semana antes.

No ponía sus cartas en cualquier buzón, porque bastantes se le iban perdiendo por el camino en estos últimos tiempos a pesar de ponerlas directamente en el Correo Principal.

Juan se admiró de haber escrito sin faltar un domingo durante tres años, y sintió el deseo de respirar hondo, como cuando uno encima una pendiente.

Luego terminó de sorber ruidosamente su café.

Juan, en mangas de camisa, con su pantalón del traje azul bueno ya un poco ajado de las lavadas, con sus zapatos de goma blancos acabados de comprar, pagó su locha y salió a caminar por el muelle.

Quería que su mujer lo viese así, limpio, próspero. No porque él tuviese pretensiones de ofrecerle ninguna jauja, pero sí para que desde la primera mirada tuviese la impresión de que le esperaba una vida sin hambre.

Había trabajado los días de punta a punta durante tres años para sacarla de servidumbre y traerla a vivir con él, que esa era su obligación de casado. Eso y darle una casa y darle hijos, que para eso vienen los hombres y las mujeres al mundo y se casan.

Hubo quien le dijo que casarse así, en vísperas de un viaje tan largo, era una simpleza. Pero él se echó sus cálculos, y Engracia también, a fin de cuentas los que se iban a casar eran ellos dos. Sin eso, acaso tres años hubiesen sido demasiados para aguantarlos a pura carta.

Porque "amor de lejos, para pendejos", como se le reían sus compañeros de pensión.

Y Juan, recorriendo el muelle a grandes zancadas, pensaba que él había sacado bien sus cuentas antes de salir. Se casaron un sábado, gastaron el domingo entero y después la noche en una habitación del primer piso del Hotel Orensana, que queda al mismo apearse del tren y no era de los peores en Vigo, y embarcó el lunes, a las siete de la mañana, dejando a Engracia en el muelle con el aire de desabrigo de una huérfana. Llorando, claro está. Pero, ¿cómo no iba a llorar, la infeliz, si él mismo, que no

recordaba haberle salido un sollozo desde que se le murió *Perdigón*, un perro de caza muy bueno que tenía, tuvo que bajarse a la bodega del barco, que es donde hizo el viaje?

¡Pero tampoco era cosa de traerla sin saber cómo le iba a pintar la nueva tierra!

Y todo tiene su lado bueno, porque como no tenían hijos que cuidar, ni necesidad de atenderse el uno al otro, porque se bastaban solos, pues habían sido tres años de ahorros. Guardando ella, aunque era poco las trescientas cincuenta pesetas que le daban sirviendo en el restaurant, y ahorrando él, que mes hubo en que consiguió meter al banco hasta doscientos bolívares, que eso hecho pesetas eran casi tres mil. Total, que había mandado dos mil trescientos bolívares para comprar la casa donde vivían los padres de ella, en Casardeita, con sus buenas cuatro fanegas de tierra de cultivo, alcanzando hasta la parte alta del regato, y todavía le quedaban en el banco sus buenos dos mil bolívares. Y además se había comprado una cocina de kerosén, una cama de matrimonio, que aunque de segunda mano era de lo mejor, y unos trastos más que poco a poco irían completando el ajuar.

Juan se sentó sobre una bita de hierro, y tentando el grueso cabo de la amarradura pensó que el apartamento iba a ser una buena sorpresa para Engracia. Porque la conserjería que había conseguido por recomendación del ingeniero era de limpia y de pulida que ni la casa de sus señores de Madrid. Tener casa nueva gratis, por sólo limpiar las escaleras, era de veras un regalo.

Juan se levantó y dio dos puntapiés a una lata vacía, como si de pronto se sintiese liviano como un muchacho.

"Ya se terminó el estar solo", se dijo.

Y ahora, desde la cumbre de la llegada de Engracia, la pendiente del tiempo que gastó esperando le parecía nada. ¡Y eso que sus tres años de Venezuela no habían sido precisamente un chorizo de días de Santa Águeda, que es cuando es fiesta de comer empanadas como ruedas y beber y parrandear en Casardeita!

Juan recordó entonces con regocijo, mientras caminaba de vuelta hacia el tarantín del chino, que para cuando tuvo tiempo de espabilarse en Caracas, ya le habían chupado los ciento treinta y cinco bolívares que trajo; que a él, cuando le cambió Don Isauro sus pesetas en Vigo, antes de embarcar, se los dio como si fuesen duros de plata. Después resultó que se los comió (mal comidos) en menos de quince días de pensión, como si se le hubiesen volado en medicinas; que a Dios gracias no le había dado todavía ni un mal de tripas.

Entonces es cuando se le ocurrió decir que era jardinero (que es lo que pedía el anuncio), que por otra cosa peor le hubiese podido dar en aquella zozobra de estarse mano sobre mano sin ganar ni para una mala sopa.

Así consiguió empleo en una quinta a trueque de comida y habitación.

La comida era de pasar más que regular, que tampoco tenía él un morro tan fino; pero lo que le decían del cuarto era un catre puesto en un rincón del garage, donde también dormía el carro, que era un automóvil muy elegante. Allí aguantó dos meses. Y si no duró más no fue por los señores, que estaban muy felices de tenerlo por tan poco, satisfechos de estar haciendo, de rebote, una obra de caridad; sino por él, que no terminaba de verle la cara a aquel viaje a América.

Por fin alcanzó un trabajo de peón abriendo zanjas para una tubería por once bolívares al día, que ya era hora de sentirle el canto a un bolívar, porque él no le tenía miedo al trabajar.

Los primeros días tuvo el miedo de que este sol de por acá le iba a pegar el pellejo a los mismos huesos. Pero buche de agua va y buche de agua viene, aguantó regular, y como después se dio cuenta que el aflojar de vez en cuando no le iba a mermar el jornal, y que lo que apuraba el capataz no era mucho, pues se fue haciendo a las mañanas del trabajo, que para él era el pan nuestro empatar un día con otro sin pegar un sueño cuando apuraba el campo con la cosecha.

Entonces fue cuando se mudó de pensión a casa de Camilo, un paisano suyo que alquilaba cama con derecho a cocina por treinta y cinco bolívares al mes. Era un negocito de dormir cuatro hombres en un cuarto de tres brazas por dos, justo el sitio para montar los camastros sobre las maletas de madera y dejar un carrilero para llegar al catre, con un hueco de ventana que no daba para airear ocho pies de peón. En cuanto al derecho, había que turnarse en aquel infiernillo del diablo para hacerse la sopa de la cena y freír un pedazo de carne o de tocino para el almuerzo del día siguiente.

Pero lo que decía Juan para su camisa: a América se viene a sacrificarse y a ahorrar, porque para comido por lo servido se queda uno en su pueblo, que allí en cualquier apuro siquiera lo conocen a uno desde los abuelos.

Después, cuando terminaron de colocar la tubería, el mismo contratista lo llevó a un desmonte en Baruta. Desde allí se le hacía la pensión muy lejos, que era detrás de San Agustín, en el Cerro Marín; pero le daban doce bolívares diarios, y como además el capataz le tomó cierto aprecio y a menudo el trabajo cundía para meter algunas horas extra, pues se le iba redondeando su jornal de la semana en casi cien bolívares.

En Baruta, que es donde está ahora, se quedó trabajando en una construcción como carpintero ganando quince bolívares.

Esta era otra sorpresa para Engracia; ya no era un peón, ya tenía oficio; estaba seguro de que su mujer se iba a alegrar mucho.

Así andaban las cosas en la cabeza de Juan, que se había recostado contra el muro de la Aduana, cuando sonó el pito gordo de un barco.

Juan calculó por la altura del sol que serían apenas las siete.

Para cuando el barco arrimó su costado al muelle, ya estaba de gente que no se veía el piso.

Tropezando con su humanidad, recorrió la parte de muelle que ocupaba el barco como una docena de veces, y después de haber visto tanta gente y oído tanto grito, no se le quedó la imagen de una sola cara ni el acento de una sola voz. Era como en un juego de rompecabezas, en que uno va a buscar una sola pieza, sin fijarse en ninguna más, y sigue sin conseguirla.

Y por tanto era el *Marqués de Comillas*; lo podía leer en letras tan grandes como cabezas, y todo el mundo hablaba del barco.

Entonces intentó subir por aquel camino de tablas para preguntar por su mujer; pero no dejaban acercarse a nadie que no tuviese uniforme o mostrase un papel. Juan, con esa su cara de pan redondo, sus ojos mansos de buey, veía desde el tinglado de madera cómo algunos abrazaban a su gente allá arriba.

A Juan le venía y le iba una cosa que le ponía a veces el estómago en la misma boca. Él, que siempre era tan sosegado, estaba ya con ganas de abrirse paso a manotazos. Pero lo retuvo su buen natural de siempre.

A las tres o cuatro horas, que Juan no sabe ni cómo terminaron de irse, porque parecía que todo se quedaba quieto y se fundía en aquel calor pesado y húmedo que envolvía el muelle, es cuando montaron una mesita al final de aquel pasillo de madera arrimado al barco, y comenzó a bajar gente.

Primero salió una señora cargada de bolsas y paquetes; después otra señora con un muchachito; luego un hombre mayor, ayudado por alguien que sería su hijo. Así fueron bajando, uno a uno, como nudos de una cuerda que Juan quería ver pasar rápidamente hasta el cabo, a ver si al menos con el remate asomaba su mujer. Y mientras desfilaba despaciosamente tanto bulto extraño a su inquietud se le iban reventando en su sesera unas como burbujas de aire. Tenía a ratos la sensación de estar soñando, o de que todo en su derredor estaba endemoniado, o que el café tinto que le dio el chino esta mañana le había sacado de sus cabales.

¿Y si a última hora le hubiesen cancelado a Engracia el pasaje, o alguien de su casa estuviese enfermo, o ella misma se hubiese sentido mal repentinamente antes de embarcar o se hubiese enfermado en el barco y la tuviesen acostada?...

¡Sí que estaba todo endemoniado, porque su mujer estaba allá, en el barco; la acababa de ver; no cerca del puente, sino detrás, hacia popa, mirando al muelle!

– ¡Engracia! –gritó Juan con una voz que le salió bien rara, por cierto.

Y ella, ¡sería infeliz!, dale con su pequeño movimiento de la mano, y lloriqueando.

Por un momento, Juan tuvo la impresión de que Engracia estaba mirando para otra parte, y gritó de nuevo para sacar su cabeza de voz por sobre aquel mundo de acentos que nació sobre el muelle con la llegada del barco, y se acercó braceando entre la gente; hasta que consiguió que ella reparase en él. Entonces Engracia comenzó a llorar del todo, y Juan a hablarle desde el muelle sin apenas aire en los pulmones, preguntándole a voces que dónde había estado, que no la había visto.

Ella, con un vestido rojo y blanco, con el pelo negrísimo cogido atrás en una sola trenza, luciendo más bonita que nunca, pronunció a trompicones dos o tres palabras, y después dijo al joven que estaba en el muelle, que no se fuese, que irían juntos.

Entonces Juan saludó cortésmente al hombre que estaba a su lado.

– Esta emocionada, ¿sabe? –le dijo después, por añadir algo.

– Claro –le contestó el joven de las maletas de cuero–, después de tanto tiempo...

Entonces Juan, con su emoción y todo, y mientras observaba a hurtadillas cómo avanzaba su mujer por la cubierta del barco hacia la salida, se ocupó de ser cortés, y con la voz delgada que le salió le preguntó la tontería de si también él había venido en el barco.

– Sí. Como no lo veíamos a usted, pensaba ayudarla.

Juan dio las gracias al joven, que vestía un traje nuevo muy elegante, y quedaron en que podían subir juntos.

Y efectivamente, a la una y cuatro minutos en el reloj de la Aduana salieron con los baúles y cajones de madera de Engracia y las maletas de cuero del joven, que dijo llamarse Pedro, a buscar un carro por puestos.

Juan no tenía ojos más que para su mujer. Engracia estaba un poco más delgada, más elegante; con los ojos un poco tristes, pero dulces, y a la vez así como maliciosos, con los labios pintados y con unos zapatos de tacón que le daban cierto aire como de artista de cine.

Juan se sintió un poco incómodo en mangas de camisa, sudando como un cargador de muelle. Le parecía todavía mentira que tuviese ya a Engracia con él. ¡Tantas emociones en aquel día endiablado! Él aguantaba ciento cincuenta kilos sobre los hombros; pero con otro susto como aquél, le daba algo. Sólo tenía un reproche que hacer a Engracia cuando llegasen a casa. Era verdad que había mucha gente en el muelle, y tampoco se puede poner uno a dar besos en plena calle, pero podía haberse dejado abrazar cuando él trató de hacerlo, puesto que eran marido y mujer.

Cuando Juan corrió a la línea de carros, consiguió el automóvil de turno aún vacío. Entró él primero, junto al chofer, tratando de que su mujer se le acomodase al lado, en la ventana. Pero un gordito se le fue detrás y trancó la puerta con una autoridad que no le dejó tiempo ni ánimo para hablar.

Si Engracia se hubiese apurado un poco, estaría ahora a su lado.

Ella se fue detrás sin un gesto de contrariedad, y se quedó mirando por la ventana.

Juan comprendió que su mujer debía sentir curiosidad por conocer el nuevo país, y le fue señalando algunos puntos del recorrido, mientras los demás pasajeros escuchaban en silencio.

Ya en la autopista, el chofer picado de viruela prendió la radio. Como el volumen del aparato era el de los carritos por puestos, pues no hubo oportunidad de que se oyese más voz que la del locutor, y unos trompetazos como para volver loco a un dueño de alta fidelidad.

Juan volteaba de vez en cuando para sonreír con toda su boca, y ella, eso sí, le sonreía también, pero a pedacitos, como con pena. Juan, sudando entre el chofer picado de viruela y el gordito del bigote mosca, pensaba en lo infeliz que era su mujer y en lo dulce que sería estar junto a ella.

Cuando llegaron a la placita de Catia, se bajó el gordo del bigotito a lo Joe Louis.

Entonces Juan casi gritó:

– ¡Engracia!

Todo el mundo en el carro la miró. El joven que vino en el barco con ella, el señor del sombrero que venía en el medio y el chófer. Éste bajó el volumen de la radio y cambió a otra música que decía: "¡Tírame esa papa, Leonor!"... Engracia, en el rincón, se sonrojó toda, y al fin dijo:

– ¿Qué quieres?

Y él, bajando la voz, los ojos ansiosos, dijo con un gesto espectacular:

– ¡Que te vengas, mujer, que tienes un lugar aquí!

Ella trató de abrir la puerta. Le ayudó el señor que estaba entre ella y el joven del barco, y Engracia se vino cerca de su esposo.

Juan dio las gracias ostentosamente, volteándose casi de cuerpo entero, y después le hizo más sitio a su mujer, que ya de por sí se había quedado más cerca de la puerta que de su marido.

El carro estaba llegando a El Silencio, y todavía Juan no había conseguido dar con la mano de Engracia.

En El Silencio se apeó el señor del sombrero.

El joven del barco preguntó que dónde estaban. Cuando le dijeron que aquello era el centro de la ciudad, pidió también que le bajasen las maletas, y se apeó del carro.

– ¿Dónde piensas irte, Pedro? –dijo Engracia mirando por la ventana.

– ¿Ustedes siguen adelante? –contestó el joven con una pregunta general, mirando más hacia Juan que hacia su mujer.

– Sí, vamos hasta casa en carro, porque llevamos los baúles –dijo Juan.

Y añadió:

– ¿Tiene alguien conocido en Caracas?

– No, no tengo a nadie... Pero buscaré una pensión. ¿Puede decirme de alguna por aquí cerca que no sea muy cara?

– Usted no es gallego, ¿verdad? –preguntó intempestivamente Juan.

– ¡No, hombre, no! –se apresuró Engracia sin mirar a su marido.

– Soy madrileño –dijo el joven.

– No –se apuró Juan a aclarar–, es que si no, podía haber ido a la pensión donde estuve yo; mi cama estará aún libre; entre la misma gente de uno siempre es más fácil al principio, y allá es barato...

– ¡Si él es oficinista! –le interrumpió con aire de reproche su mujer.

Juan convino con el gesto que efectivamente, su mujer tenía razón, que la pensión no daba para tanto.

El joven no mostró mucho interés por la pensión. Pero tampoco parecía decidido a irse. Ya el chofer picado de viruela rezongó algo y prendió el carro.

– Un momento –dijo Juan, y puso su boca en la oreja de su mujer y le echó un chorrillo de palabras al oído.

– ¡No, no, a casa no!...

La voz de Engracia llegó al joven distintamente, y así las cosas, hubo un pequeño embarazo en la despedida. Pero Juan insistió en ofrecerse en su casa para lo que podía servirle.

– Pobrecito –dijo a su mujer cuando arrancó el carro, pensando en sus comienzos de hace tres años.

Engracia no contestó.

Cuando entraron en la conserjería, que era una planta baja, Juan vigilaba el menor gesto de su mujer. A Engracia le gustó la casa, pero no fue ningún escándalo de alegría, como se imaginó Juan.

Después, aquella primera noche no fue tampoco como pensó Juan que sería. Pero él había oído de muchas lunas de miel que comienzan así, con remilgos y angustias, y como Engracia, a pesar de lo de Vigo, era tan infeliz, pues le pareció natural que esta primera noche quedase cada uno en una esquina de la cama.

A la mañana siguiente, para cuando Juan se despertó (y tenía el propósito de levantarse él primero para llevar a su mujer el desayuno a la cama, delicadezas de recién casado) Engracia se había vestido y estaba tiesamente sentada en el borde de la cama.

Juan se asustó por algo que no acertó a comprender muy bien. Entonces, muy fuera de su manera llana y brusca de ser, fue delicado con ella, la hizo acostarse, vestida y todo, se fue a la cocina y le llevó un vaso de café con leche, colocado finamente en un plato con flores rosadas que había comprado él mismo.

Como tenía que irse a trabajar, pues no alcanzó entonces a hacer nada más; pero Juan se fue al trabajo con un dolor raro dentro del pecho.

Y con el calvario de las bromas de sus compañeros, maliciando los incidentes de la primera noche con su mujer, a Juan se le alargó este lunes como nunca se imaginó que podría estirarse un día.

Cuando regresó a su casa eran las cinco y media. Lo vio en un reloj de anuncio, frente al edificio. No hubiera podido ser en autobús, tan temprano. Había cogido un carro de alquiler, a ver si le robaba unos minutos a la espera.

Primero tocó un timbrazo corto, y esperó. Después dos corticos más, y al rato otros dos más largos.

Como no atendía nadie, tuvo que abrir la puerta él mismo, con su llave.

Y llamó, buscándola por toda la casa, que no era muy grande.

Podía estar Engracia en algún abastos cerca, comprando... quién sabe qué.

Era una posibilidad.

Pero a la inquietud de Juan le nacieron, en el corto instante de tomarse un vaso de agua, unos hilos largos que se enredaron en su cabeza.

Entonces buscó en el escaparate. Los vestidos de su mujer y los cajones de madera se habían ido.

Su mujer no los necesitaba para ir de compras, desde luego.

A Juan le amaneció su día oscuro en la cocina a través de un ventanuco que daba al patio, como dan casi todas las conserjerías.

Fue el primer día en tres años que Juan no tuvo fuerzas para ir a trabajar.

El asalto

El pulpero estaba despachando a una mujer.

Era un negocito de cuatro metros por tres, un tarantín. Pero tan colmado de latas que se perdían los clientes. A un lado había una cortina colorada tapando un vano estrecho. La otra puerta daba a una calle ciega, en la que había mucha basura esparcida en los rincones y olía muy mal.

El portugués estaba entregando a la mujer del vestido de percalina azul su medio de papelón cuando entró al negocio un grito macizo, que no parecía de un solo hombre. Ella brincó a la puerta y se quedó viendo, sin decir nada.

Fue la mujer del portugués la que apartando la cortina preguntó a su marido:

- ¿Qué passa, Anelso?

- Nao sei, unas vozes...

Y ya fueron dos las mujeres apostadas en la puerta amarilla y azul del negocio Nova Lisboa.

- Fátima -preguntó el pulpero sin levantar la voz-. ¿Qué passa?

- Nao sei, gente que vem.

La mujer del vestido de percalina azul se fue, y el pulpero no dijo nada; debió vender fiado. Ya el hombre se estaba metiendo entre las torres de latas cuando invadió el negocito un estruendo de voces, como un golpe de ola grande inunda de agua una lancha pequeña:

- ¡Abajo los esbirros!...

Anelso, cachigordo y saludable, con el cabello y los ojos y la piel oscuros, de moro, y Fátima, chupada y vercosa, como si estuviese saliendo de un mal parto, estaban asomados a la puerta juntos.

- ¿Qué será, Anelso?

- So debe ser... algo de la revolución... -le contestó él, viendo los carteles y un muñeco de paja con un pistolón de madera colgado de la cintura.

La ola humana pasó por delante, avanzó hasta el fondo del callejón y batió un grito contra el muro de la casa color azulillo, que tenía dos ojos de celosías descoloridas y una puerta baja pintada de amarillo, como una nariz.

Entonces la ola humana recobró su nivel, y hubo un hombre que hasta entonces parecía como los demás, pero que se paró sobre un pipote de basura y dijo al barrio:

- ¡Compañeros!...

Y después que tuvo todas las cuerdas de la atención en sus manos explicó a gritos, que aquello que estaban haciendo era una revolución contra la tiranía, que los verdugos de la Seguridad Nacional tenían que pagar sus crímenes, que la justicia era del pueblo.

Fue cuando se alzó por sobre los techos rojos y los de lata aquel haz terrible de gritos, y la muchedumbre se movió en el callejón a la manera como después de un palo de agua se colman los huecos de los desagües y desbordan las calles buscando salida.

Hasta que las gentes regresaron otra vez a sus propias voces, y comenzaron a cansarse y preguntaron que dónde estaba el esbirro, que a qué habían subido hasta aquella parte tan alta de la ciudad.

El líder estaba en aquel momento agachado en su plataforma, poniendo oídos a la voz de un viejito que parecía muy excitado.

La pulpería del portugués había quedado atrás unos metros.

– ¿Quemamos el muñeco?...

El muchacho que llevaba el monigote de paja prendido a un palo se negó a entregar su trofeo. Pero la marea de manos le rebasó pronto la cabeza, y a poco le falta tiempo para escurrirse entre el remolino de patadas y pisotones que lo sumergía sin remedio.

Cuando consiguió la orilla de la multitud, parecía un náufrago.

Y un hombre ya calvo gritó:

– ¡Un fósforo!...

– ¡Qué fósforo!... –replicó el líder, que regresaba entonces de las confidencias del viejo del bigote blanco a la realidad de aquel tumulto. Y con una voz hueca que no le hubiese reconocido nadie de su familia, insistió–: ¡Calma, compañeros, pongan atención!... ¡La revolución contra los criminales agazapados tiene que seguir adelante!...

– ¡¡Viva!!... –dijo una mujer que estaba parada frente a la pulpería con una lata de agua sobre la cabeza.

– ¡Compañeros, a colgarlo!... ¡Viva la revolución!...

Ya el viejo del bigote blanco estaba golpeando la puerta amarilla del fondo con un coraje de muchacho en los puños:

– ¡Aquí es, aquí es!...

El muro de azulillo pareció vacilar en todo el frente de su cuerpo retaco de tierra pisada. Le vaciaron el ojo de una ventana, y luego le tumbaron la puerta, y por ahí se le metió un chorro de gente y de gritos dentro; hasta que se llenó.

El portugués hizo la observación a su mujer:

– ¿Dónde cabrá tanta gente ahí?...

Asomaron dos cabezas a la ventana:

– ¡La casa está vacía, no hay nadie!

– ¡El esbirro se escapó!

Sacaron una cama en piezas, con un colchón de tiras rojas destripado; y también arrojaron a la calle, por las ventanas y la puerta, en lo que se abría un hueco, peroles de cocina, una ponchera, imágenes religiosas y unos encuadres feos de cartones de almanaque con mujeres desnudas, y unos asientos verdes de imitación de cuero muy feos.

Alguien que sacó una lámpara de kerosén, la lanzó contra el montón de trastos en la calle, y el viejito, que debía tener algo personal contra el agente de Seguridad que vivía en la casita, sacó un fósforo y le prendió candela.

En unos minutos, el callejón era un soplete.

La gente fue abandonando la casa, y poco a poco saliendo del rincón, hasta agolparse detrás del horno, frente al abasto.

– Anelso, mejor cerramos el negocio.

– No –contestó el hombre al oído de su mujer–; si nos ven cerrar ahora va a ser peor.

Los escasos muebles del agente de la Seguridad Nacional ardieron durante un cuarto de hora.

Entonces, cuando lo que quedaba eran unas brasas, alguien recordó el pelele de paja:

– ¿Quién se quedó con el muñeco?

Los ojos de la multitud abandonaron el fuego y se miraron, buscando el monigote.

El muñeco de paja no apareció.

El jefe recordó entonces con voz de a pie, que la revolución no podía detenerse, que había que continuar adelante.

Fue cuando alguien, mirando el negocio del portugués, gritó:

– ¡Abajo los extranjeros!...

La estrecha puerta de la pulpería se vació, porque el portugués y su mujer dieron un paso atrás como un brinco. El pulpero pegó un portazo, y cruzó la tranca.

La multitud oyó el golpe, y vio unas letras torcidas escritas con yeso que decían *latuia*, con un mono al lado, sobre el fondo amarillo mugroso de la puerta.

– ¡Portugués del carajo! –dijo un grandulón amenazando con el puño.

El matrimonio se agarró las manos en lo oscuro, para sentirse juntos.

Luego, el ojo del pulpero encañonó el hueco metálico de la cerradura.

– ¡Un momento! –oyó decir al líder–. ¿Quién conoce aquí al portugués?

Aquel mar alborotado de cabezas encendidas al sol que veía Anelso desde su escondite se calló en un silencio que no pudo escuchar entero, porque le estorbó el llanto de su mujer detrás de la cortina.

– ¿Dónde está el compañero que acusó al esbirro?... –insistió el hombre.

El pulpero rastreó con su ojo de hierro en pos de la cabeza del viejo Molina, que era cliente suyo.

– ¡Anelso, ven!... –exigió ella desde el cuarto.

El pulpero ya no pensó sino en su mujer. Sorteó las latas en lo negro, y apartando la cortina encuadró su humanidad en el quicio lo más calmoso que pudo:

– No tengas miedo, mujer, que siempre podemos salir por el patio.

De regreso a la cerradura, recogió apresuradamente de la gaveta unos puñados de monedas que metió en los dos bolsillos del pantalón.

Las briznas de luz que se le colaban a la puerta por las rendijas le resbalaron en el sudor de su cara como pequeños relámpagos.

La cerradura vio que la mirada de la multitud estaba fija en la boca del callejón.

Y se oyó la respuesta entrecortada y lejana:

– Bueno, este... Ese portugués, así, malo, no es...

El pulpero observó un gran desencanto en los semblantes.

– ¡Ese viejo –dijo alguien que Anelso no alcanzaba a ver– es un pendejo!...

– ¡Dejen al viejo! –gritó una voz de mujer, que parecía venir desde el otro lado del humo y de las cenizas.

– ¡Dejen al viejito en paz y vamos con el portugués!...

La voz era del muchacho que disputó antes la plataforma al líder, y que ahora estaba junto a él, de espaldas al ojo de la cerradura.

Fátima, con la cara afilada, los ojos afiebrados y hundidos, halaba de la sudada camisa de su marido:

– ¡Anelso, vamos, por Deus Santo!...

El niño estaba plácidamente dormido en un regazo de trapos limpios.

El pulpero tenía dividida la atención cuando oyó que el líder decía:

– ¡Yo no quiero que bajo mis órdenes!...

El estruendo de la chifla entró por la cerradura de la puerta como por un oído; y la oscuridad del negocito se llenó del silbido como de una sacudida eléctrica,

Y luego retumbaron las voces como truenos:

– ¡Compañeros, adelante!... ¡Abajo los extranjeros!...

– ¡Abajo, muera!...

El pulpero se escurrió de los brazos de su mujer.

Cayeron los golpes en la puerta al mismo compás que se movía la camisa blanca en la boca de la cerradura. Y se sintió en la puerta un empujón, casi sin ruido, pero muy poderoso, que apuró la tranca de palosano.

Entonces fue cuando el portugués se asustó.

Corrió a través de la cortina, y tiró de la mano de su mujer hasta sacarla al patio.

El corralito tenía unos muros bajos de bloques. Anelso cogió al niño y ayudó primero a saltar a su mujer. Después pasó al pequeño por encima de la tapia y saltó él, mirando recelosamente para atrás, porque se oían los gritos cerca.

La pareja corrió calle arriba, lo más disimuladamente que pudo, hasta que se detuvo un carro de alquiler.

En los Dos Caminos había un compadre suyo, carpintero, trabajando en la construcción de un edificio.

Anelso esperó hasta el atardecer en una pensión de la parte baja de Campo Claro, donde se hospedaba su paisano, y en la tardecita se fueron los dos hombres en autobús hasta San José.

Dejaron a Fátima en la pensión, con el pequeño.

Asomaron al callejón con mucha cautela; pero nadie reparó en ellos, y llegaron hasta la puerta del tarantín, que estaba reventada. Lo que quedaba dentro eran pedazos de estantería, un escaparatito con los vidrios rotos, y la nevera, que tenía la puerta abierta. No quedaba una sola lata. Lo que encontró Anelso en un cajón fue un puñado de velas de a locha. Dentro de la habitación, estaba todo revuelto, pero no faltaba nada.

Anelso reunió los pedazos de puerta que pudo, y entre los dos taparon la entrada. Y reforzaron la compostura con la tranca, que estaba entera.

– Aguantó el palo sin partirse –dijo Anelso.

– Sí, esa es una madera muy dura. Lo que cedió fue la puerta. Ahora, que no se lleven la nevera –le advirtió su amigo.

– Mañana por la mañana mando componer la puerta –dijo Anelso.

– Yo te hago el trabajo. Cómprame la madera, y te coloco mañana una puerta nueva.

Salieron por el corral. Anelso llevaba una cobija debajo del brazo.

– Porque Fátima siente mucho frío de noche –explicó a su paisano.

Iban caminando en dirección a la parada del autobús, cuando dijo el carpintero:

– Tu mujer estaba muy asustada.

– Ha sido un susto grande; creía que nos mataban.

– Pero lo importante es que salvaron el pellejo –dijo el amigo para animarle.

– Salvamos el pellejo, pero nos llevaron el negocito.

Los dos amigos quedaron esperando el autobús en una cola ya bastante larga, porque el toque de queda era a las siete.

– ¿Cómo te iba ahora el negocito?

– Regular; pero tenía aún bastante mercancía fiada. No sé si podré conseguir más crédito.

En esto llegó el colectivo.

Ya corría el autobús (¡cómo vuelan esos aparatos!) por Chacao, y ellos dos sin cruzar palabra, cada uno a lo suyo, que era la misma cosa.

Cuando a Anelso se le ocurrió decir en voz alta:

– Yo creo que Fátima no se siente bien.

– ¿Por qué?

– Vomitó un poco de sangre esta tarde, en la pensión.

– Eso tiene que cuidarse mucho. ¿Ella no se había curado del todo?

– Bueno, los médicos de El Algodonal me dijeron que sí; pero ella no debió tener el muchacho.

– Eso es falta tuya...

Cuando bajaron en el semáforo de Campo Claro llevaban un tiempo sin cruzarse palabra. Después caminaron hasta la pensión, que quedaba hacia La Carlota, un trecho largo.

En la entrada de la casa había un grupo de gente.

– Ahí pasa algo –dijo el carpintero.

Anelso corrió dentro.

Y apenas alcanzó a hablar unas palabras con su mujer, que acababa de morir de una hemoptisis.

A su lado, en una cunita improvisada con un cajón de madera y una cobija de algodón, dormía plácidamente su hijo de un mes.

El espía

Era domingo, y la pensión, que los días de labor se espabilaba con la luz del día, estaba estirando el sueño con la fruición del que está gozando un pecado.

Sólo Tomaso se despertó a las cinco y media, como un reloj.

La pieza era como un cajón de bastidores de tramoya; cabían justo cuatro camuchas. Tomaso se quedó viendo un rato el resplandor blanco que comenzaba a adherirse al techo de caña. Había en la pensión diez compartimientos de cartón-piedra respirando por un cielo raso común, desde una ventana que daba a la calle. Luego se puso a escuchar el estertor lento y poderoso de un fuelle grande, y olfateó con asco el aire espeso y caliente que estaban respirando con fruición sus compañeros.

El aire de la pensión se distribuía con mezquindad, como la comida.

A Tomaso, que era albañil y no había cumplido los treinta, le comenzaban a sobrar algunos pellejos en la papada, y sólo le quedaba una rodezuela de pelo, como algunos frailes. Lo comprobaba con cierta angustia todas las mañanas del mundo, y se untaba con menjurjes por las noches, a ver si se le iban.

Buscó a tientas, debajo del catre. Luego salió al zaguán y se puso a limpiar unos zapatos marrones de gamuza que tenían una puntera afilada y un tacón de más de un dedo. Por un momento, el refregón flotó por encima del rumor de fuelle, que era el resuello de cuarenta hombres dormidos.

Sacó de debajo del camastro, sin hacer ruido, una tosca maleta de madera pintada de marrón. Desenjauló una camisa blanca con listas azules, una corbata roja, y después una funda grande y colorada de celofán, como un enorme caramelo, donde conservaba el pantalón del traje azul.

En la pieza se esparció una tufarada de alcanfor.

Cuando salió ya vestido al corredor, que era una fila estrecha de puertas, vio que Giuliana, la dueña, había prendido la luz de la cocina.

– Bon giorno, Giuliana. Mi dai il "saco"?

La dueña de la pensión era una napolitana gorda y sentimental que había convertido su escaparate de matrimonio en la caja fuerte de la ropa dominguera de los pensionistas.

– Non andare in chiesa, es pericoloso!... Non ai sentito é tiri di fucile questa mattina?!

Tomaso no había escuchado ningún ruido en toda la noche; y tenía que ir a misa, por la promesa.

– La promessa che ai fatto a Cristo del pane e il formaggio se trovarti lavoro? Tu credi che te labbia trovato Lui?... Infelice!

A Tomaso le dolió mucho la irreverencia de la dueña.

Cuando asomó a la puerta, empingorotado, oloroso a colonia como un frasco, llegaba la bicicleta del pan.

El portugués cortó apuradamente el espeso ambiente del pasillo.

Tomaso lo esperó a la vuelta:

– Cosa pasa in la calle?...

– S'oye mocho tiro...

Y arrancó cuesta abajo, con una pierna tiesa sobre el pedal, balanceando algún desnivel del cajón del pan.

Tomaso se quedó viendo un rato aquella luz suave, de sombras largas, que se le estaba metiendo a la calle por la boca de la esquina de Abanico.

"Tienes que ir a misa, Tomaso –se dijo– porque esta es una promesa que hiciste al Cristo de Burgos. Se lo dejaste escrito en su nicho de la puerta de vidrio, junto al pan seco y al queso que tiene pobremente a sus pies. No te vaya a castigar ahora quitándote el trabajo..."

Mientras cavilaba así, había regresado a la pieza. Ya dos de sus tres compañeros de cuarto estaban despiertos.

Fue cuando sonó el tiro.

Renato se despertó:

– Cosa e!... Fucile!...

Había reventado en la misma cuadra.

El pasillo de paredes de cartón se pobló de hombres desnudos y en calzoncillos. Todos oyeron un frenazo, como un grito, y un trote flaco de botas en la calle. Desde el fondo de la cocina, Giuliana barrió el paso con una sola voz:

– Giardino!... (Giardino era su marido).

Flotó por sobre las divisiones de cartón, como los olores y los ronquidos, un como zumbido de tres docenas de hombres.

Y el rumor de botas irrumpió diciendo:

– ¡Las manos sobre la cabeza, todos, carajo!...

Giuliana vio desde el otro extremo del corredor a tres policías atropellándose con sus fusiles en el pasillo. Fue cuando Tomaso asomó a la puerta y casi se le mete un cañón por el mismo ojo.

Ya todos los pensionistas asomaban sus cabezas por sobre los bastidores.

– ¡Todos con las manos arriba! –gritó el cabo haciendo un abanico con su fusil ametrallador.

Al corredor le salieron ochenta brazos.

– ¿¡Quién disparó desde la ventana!?!...

El cabo no movía el bigote para hablar; las palabras le salían de entre las junturas de los dientes, que los tenía muy herrumbrosos y separados.

Giuliana, que ya estaba cerca del cabo, le dijo valientemente:

– Señor oficial, aquí no ha habido ningún tiro.

– ¡El tiro salió de aquí! –y el cabo buscó hacia el fondo del corredor.

Un agente estaba guardando la puerta del zaguán. El otro miraba todavía recelosamente a Tomaso, con el fusil pegado a su barriga.

Fue cuando cayó en la sospecha del cabo:

– ¡Y usted!, ¿qué hacía vestido?

Tomaso miró con ansiedad. El corredor, con las hileras de brazos asomándole a lo largo de las mamparas, parecía un ciempiés muerto. Luego vio a Giuliana, y le vino la ridícula idea de cómo sabía el oficial que todos los demás estaban desnudos. Y

sorpresivamente, apuntando con la vista a los ojos del que le estaba clavando el cañón en el ombligo, dijo con un timbre de voz grotescamente alto:

– ¡Señor oficiale, io andare a la iclesia!...

Reventaron media docena de risas discretas, como burbujas, en lo alto del pasillo; el cabo se tragó los dientes para conservar su dignidad, y dijo al policía:

– Déjalo, que éste no se escapa.

Luego añadió mirando a la cana brava del techo:

– ¡Ahora se me ponen todos sus pantalones y me salen al corredor, que quiero verles bien las caras, y que nadie se me mueva mucho porque le pego un tiro!...

En dos minutos, los italianos, en pantalón y franela, estaban apretujados en el zaguán y un pedazo de corredor.

El cabo buceó con malicia de campesino en todos los ojos, y estuvo seguro de que ninguno de ellos les había encañonado un arma hacía unos minutos.

– Bueno –dijo alzando la voz–; yo no tengo nada contra ustedes, pero aquí sonó un tiro, y tengo que llevarme un responsable de esta pensión.

El cabo miró a Giuliana.

La dueña vio primero a su marido, que era el desmirriado que estaba junto a la puerta, y luego a los pensionistas, y regresó a la mirada del cabo, que no la había perdido de vista.

– Entonces –dijo el cabo mirando hacia Tomaso– nos llevamos al fraile, que está vestido.

Al albañil se le nubló el corredor, y le creció delante, monstruosamente, la figura del cabo.

Sus compañeros ya no tuvieron humor para celebrar el chiste.

Lo sacaron por delante, blanco como la leche, y le hicieron montar al jeep bajo la mirada de todos los ojos que cupieron en la ventana y la puerta de la pensión, y la de todos los vecinos, que ya estaban asomados a las rejas desde que sonó el tiro.

– ¡Esos son los extranjeros, que se meten en todo! –dijo una voz de mujer cuando arrancó el vehículo.

La pensión cerró la puerta y la ventana.

Cuando el pulpero de la esquina de Abanico abrió su puerta metálica con aquel chirrido de siempre, ya se había formado la tertulia comentando el tiroteo que había habido frente a la pensión, y la detención del italiano, que era espía.

La amenaza de asaltar el Hotel Nápoles duró todo el día.

Cuando tumbaron la puerta fue ya al anochecer. Los treinta y nueve peones que pagaban 3,75 bolívares diarios por la pensión completa, y Giuliana y su marido Giardino, tuvieron que huir por el tejado. Los camastros y el escaparate de los trajes domingueros de los pensionistas se quemaron en el incendio.

Tomaso regresó en la mañana siguiente.

Le colgaba su traje azul como un trapo. Hurgó lo que pudo en las cenizas, pero se quedó sin los doscientos setenta y cinco bolívares que tenía ahorrados en su maleta de tablas pintada de marrón.

Luego, caminó hacia la iglesia de Altagracia, que estaba a sólo cuatro cuadras, para arrodillarse a los pies del Cristo de los tributos del pan y el queso que le consiguió el trabajo.

Pero a estas horas de la mañana, que era un lunes, las puertas del templo estaban cerradas.

El hijo*

La semilla comenzó a brotar una tarde.

Estaba ella sola en la habitación, cosiendo; oía la voz de preguntar gutural y enredada de siempre, y la misma voz de niño grande o de hombre al que no le ha madurado la solapa, y que ha quedado en el camino del cuerpo y sin el soplo entero, abandonado por alguien que, desde luego, lo hubiese podido hacer mejor; era esa pelea entre la señora Adriana, que le tiraba sus pescozones de papiamento, y las palabras con voz de hombre, pero débiles, a veces sin sentido, con que respondía Silvestre a los golpes.

Había veces que los oía ella comentar cosas, una novela radial, un chisme, riéndose los dos, cada uno en su tono de reír: el de Silvestre, áspero y bronco, como salido de entre unas cuerdas flojas, y el de ella, gordo, lleno y con algunas hipadas agudas, de estarse ahogando en aire, porque era, y es, como si la mujer hablase con un pito en la boca y le sonase de vez en cuando.

No se parecían en nada.

Porque no eran madre e hijo, sino una mujer que estaba sola y un hijo que cree en su madre porque no tiene otra, y esa madre no sabe de qué mujer le nació este hijo que le regalaron de diez días por intermedio de una vecina.

Estaban esa tarde riñendo los dos, como tantas veces, y es que él, y con diecisiete años, no quería ir a hacerle un mandado porque estaba viendo un programa de televisión, y ella, a pesar de eso, necesitaba el aceite.

Cosa de muchachos de este tiempo.

Se oyeron unos golpes de palo sueltos, entre resuellos de risa y enojo, contra el suelo, y es que él se había escapado en el patio, ¡era un venado!, y corría, se sentía correr a esa risa bronca, ahogada en trapo, y se sentían las pisadas fuertes de hombre descalzo, y unas exclamaciones, "¡bini, hiu de puta!, que salían, casi sin aire, y luego Silvestre que gritaba "¡no, no!"... ¡vieja loca, no me des así!..." Y es que la señora Adriana lo había atrapado y le decía "¡senvergüensa!", entre los hipidos de aire y los palos sobre algo blando, que debían ser las palmas de las manos del muchacho que salían a proteger su cabeza.

Ella no podía verlos.

Estaba sentada, y no quería asomarse al balcón para que la señora Adriana le dijese gritando y sin casi aire "¡féjese, señora Agustina, este senvergüensa, que no quiere estudiá ni quiere haserme un mandado, féjese!", porque entonces tenía que darle la razón, o tenía que decirle, para defenderlo, que Silvestre era un niño grande; como otras veces; y no tenía por qué violentar las explicaciones de la mujer ni humillar a Silvestre con sus palabras, porque el muchacho le tenía ya un reparo o un miedo de siempre: de verlo ella en la calle y saludarlo, y quedársele él cabizbajo, como apenado, y voltear ella luego y verlo mirándole las piernas con las ganas.

* Los cuentos "El hijo" y "La novia" fueron publicados bajo el título *Cuentos de inmigrantes*, San Sebastián, Ediciones Vascas, 1979.

A veces, cuando ella asomaba a ver de dónde salían aquellas voces ululantes, era Silvestre que estaba esperándola con los ojos, sentado en el suelo, sobre la tierra, con un radio transistor rojo a todo volumen entre las piernas.

Ella le tenía lástima por eso, porque era una cabeza de niño en un cuerpo de hombre con unos brazos membrudos, con un pecho alto y toroso, un poco cargado de espaldas, con esa caja ancha y potente que le hinchaba las camisas, y con unos muslos que no le cabían en los tubos del pantalón, y una cara oscura en algo más que el color, que era, y es, moreno, porque tenía, y tiene, unos ojos grandes y negros llenos de preguntas inquietantes en las luces, y una nariz roma, y los labios no feos, belfos, golosos, de los que uno sabe que pueden sorberle el agua a una raja de patilla, roja y todo, de una sola mamada, porque así de sugerentes eran, y son, los labios grandes, galameros, de Silvestre.

Seguía rezongando y lloriqueando, y se oía a la señora Adriana amenazándole como desde lejos, acaso metiéndose en ese momento una bata por la cabeza para salir a buscar ella misma el aceite.

Agustina se levantó y miró, y vio a Silvestre, grande, desnudo, acurrucado en un rincón del patio, con sus dos brazos tapándose todavía de los golpes que ya no le venían de ninguna parte, pero seguramente resonándole los vergazos en su cabezota, orgulloso y altivo como era, y es, por dentro, y llorando, sollozando como un niño, porque no podría evitar esta mengua de su hombría sabiendo que ella lo estaba escuchando.

Seguro.

Agustina se sentó, y continuó cosiendo.

Ella escuchó luego los suspiros y las quejas que se fueron callando. No se volvió a oír la voz de la señora Adriana, *la mongola*, como la llamaban gritando, malignamente, los muchachos del barrio cuando los corría ella a cuerazos de su acera, por alguna suciedad o algún ruido, y que era por su cara redonda y aplastada, chinga, con gafas: un Hiro-Hito en mujer.

Y ella, Agustina, los trajo en la cabeza a la cocina y comenzó a pelar unas papas, la rutina de siempre.

Aunque ya con un desabrimiento penoso, culpable, dentro. Sin tener por qué, en verdad, porque eso era nada, que no era, que no podía ser, un anuncio, a pesar de la promesa repetida de Carlos a San Ignacio, y de beberse ella unas aguas, porque ya él, Carlos, le había hecho el ofrecimiento hace años, y después, y ella se venía riendo, primero diciéndole que Dios no podía estar en cada hueco de vida, en cada vacío, ni aun con la asistencia de todos los santos, y luego (viéndolo tan dolido) guardándose la incredulidad para ella sola en el callado destierro de su aridez. Hasta llegó ella a pedir junto con él, sin él saberlo, con su mismo deseo de acertar; aunque sin la esperanza, sin esa razón de vida tan honda, tan de raíz, como es la fe. Él sabía que la fe no se impone por ley, aunque sea por el mandato del marido, sino que hay que abrirle el camino y esperar activamente a que llegue.

Ella lo entendió con la cabeza, y se lo dijo, y le hizo las preguntas. Él le explicó que aun los milagros se maduran y cumplen mediante los hechos simples, inocentes, que Dios se revela a través del hombre.

¿Y el milagro?...

El milagro está en la misma fe.

¿Cómo?...

La mujer es a menudo estéril por miedos, por sustos que comprimen algunos conductos, y se pueden aliviar las tensiones con la mera confianza que despierta la fe.

¿Eso era?

Eso era, y es: y es mucho, porque no era sólo pensarlo o decirlo, que eso lo podía decir o pensar cualquiera, sino que había que creer un misterio grande.

La voz de esa tarde no llegó en un tono especial; menos, milagroso; ni fue siquiera una idea propia, pensada por ella, ni algo dicho por nadie y oído por ella al azar, nada de lo que sentirse culpable por nada de nadie que dice o hace nada; porque no fue un sonido; fue más bien una luz, y muy corta; menos, una chispa; y prendió en algo, ¿una estopa del cielo?, y creció así, por suerte, por azar, de la forma en que pudo haber brotado la primera vida en el cosmos.

Y que ella no quería dejar crecer, porque ya con eso se sentía responsable de algún incendio.

Por otro lado, no se atrevía a sofocar el albor de esta luz con la malicia; la sutileza podía venir de Él; ella lo iba a guardar aun a riesgo de que se la viese alguien; ¡Carlos, podía ser!, aunque su marido era tan bueno que no le iba a creer a esa luz esta malicia; o Silvestre, aunque Silvestre parecía incapaz de avistar nada con esas luces de fuego fatuo que miraban desde sus ojos.

Tenían siete años de casados y sin un hijo y perdida la esperanza de llenar el mundo vacío, sin crear, que era su vientre; engañándose con la preocupación de tenerle a Carlos las comidas a tiempo, con la angustia de saberlo enfermo de la pesadumbre dolorosa, inteligente, de la aridez de su mujer. Aunque en verdad no sea así, porque el yermo puede ser él. Pero que vive mortificado por los llantos, las risas de niño en el vecindario todos los días de cada uno de los siete años esperando inútilmente la señal. Sin atreverse ella a decir nada a Carlos, por él, y con los silencios sin malicia de su marido; porque ella sabía que no cabía, que no cabe, en él, el recelo. Creyente como es, piadoso, sin ser mojigato; porque Carlos era, y es, hombre entero, y hombre completo, amoroso. Y ella sin fe. Lo opuesto de todas sus amistades, donde ellos, los hombres, son libres, y sólo ellas están atadas por la fe de los mandamientos. Que ella, Agustina, respeta porque eso es muy respetable; pero ella, nacida de padre descreído, y bueno, y madre buena y sin preocupaciones, libre del pecado, había sido feliz con tres hermanos en la paz. Después, cuando estudió Filosofía y Religión, alcanzó a comprender el lugar que ocupa la fe en la vida de muchas gentes, aunque no la llegue ella a sentir, porque uno no puede ser dueño de la sabiduría de forma infusa, aunque uno sepa que es conocimiento que se puede alcanzar; como tampoco se puede saber, digamos, inglés de un golpe, mediante un exorcismo, o una inyección, aun sabiendo que se puede llegar a aprender. Ella comenzó a tolerar esa fe en Carlos desde cuando le llegó él, estudiante de ingeniería, con esa luz; un poco ingenua aquella claridad; y, en verdad, que lo dejó acercarse más que a otros por la curiosidad; y llegó a quererlo; y lo quiere, porque no hay nadie a quien quiera más.

Y le dolía, por eso, ver a su marido recorriendo angustiosamente los cielos vacíos buscando el favor de un hijo.

Ella le ofreció adoptar uno, que también sería, digamos, hijo de Dios; no de su carne, pero hijo de ellos dos por el amor de esta tierra, por el que ha ido irguiéndose el hombre poco a poco desde su principio, como recuperándose de un achaque viejo de la naturaleza, que es una ley ciega y bronca que funciona por milenios, y que aún brota hoy a veces en cristianos como Silvestre, a quien se le pueden ver las huellas dolorosas en sus ojos sin domar, y que no por eso deja muchas veces de saltar el ángel sobre su propia sombra de bestia para ser bueno, porque a ratos perdona los gritos feos ("¡Bo mama!... ¡Coño pa'mama!"), y que será porque él no sabe (si se grita ella misma las cosas) para qué madre son, porque Silvestre sigue creyendo en Adriana.

La fe es, a veces, este engaño.

Un hijo como Silvestre podrá llegar a ser, podría llegar a ser, un hombre bueno; si no sale así es por falta de cuidado, de amor.

Porque el amor de madre legítima, si es amor, basta.

Y si todo se malogra a pesar de todo será porque lo ha querido, o al menos lo ha permitido, el Dios de Carlos. Porque tiene que estar en este hijo también. Acaso, y por lo que sea, Él lo quiso así, que Silvestre no tuviese una madre de su carne con luces para alumbrarle el hueco de aire o de alma, o lo que sea.

Eso que se enciende con el primer vagido de un niño, y en cambio no prende cuando nace un perro.

Las entrañas que trajeron a Silvestre estarán extenuadas en el esfuerzo de traer a otros muchos hijos iguales que él, hermanitos de Silvestre (porque algunas madres paren como conejas), que estarán en manos de otras mujeres acaso peores que la señora Adriana, quien parece, por el aspecto, no haber conocido la caricia de un hombre. Eso, la soledad, malogra cualquier mujer. Y acaso también es posible, porque será de Dios darlo, que esos hijos de regalar nazcan con la fortuna, la estrella, de encontrarse con unos brazos como los de ella y los de Carlos, que con tanta ansia querían, y quieren, sentir la carga dulce de un hijo. Para quererlo, para protegerlo.

Porque al hombre le gusta jugar a Dios.

Aunque ese hijo de la buena suerte no saliese como Carlos, ¡que eso sería demasiado!; aunque les saliese grandulón y terco como Silvestre, porque una madre hace milagros con su hijo; aun en este mundo desamparado, sin mañana.

Porque esperar más de esta carne es mucha pretensión.

Ella era, y es, así.

Hecho por el Dios de Carlos, si vive. Y él, Carlos, tranquilo de saberse protegido por la esperanza, sigue rogando, sigue haciendo promesas; y ella espera, espera, soñando en un hijo; aunque ese hijo sea de otro, de otra carne, de cualquier barro, porque es el mismo polvo, y no hay miedo de que quede en lo de Silvestre, porque ella no es Adriana, la mongola, sino Agustina; y cualquier madre inteligente puede modelar a un hijo.

Basta que ese hijo sea fuerte y tenga madre de su carne en quien creer; que es en lo único de esta vida en que puede descansar totalmente un hijo.

Eso es; más no se puede.

Y ella meditaba estas cosas, y se acostaba cuando oía a Silvestre acompañar con mil torpezas a la voz de la radio o cuando se reía con la señora Adriana con aquellas ganas, todo cuerpo, con estertores de hombre grande, bien hecho, ¡y con esa cabezota tan vacía,

pobrecito!; y cuando la miraba con ese aire asustado, huido, cuando lo tropezaba en la vecindad, o cuando le llegaba él a la casa a traerle los huevos que ponen las gallinas de la señora Adriana en un patio mínimo, donde debe jugar a veces Silvestre; porque hiede a eso; y también a buscar de vuelta el envase, porque ella, a veces, no tiene uno libre cuando Silvestre le llega con aquella lata de leche en polvo llena de huevos grandes, llenos, aún calientes, y luego lo necesita su madre (o lo que sea) para enviar otros huevos a otro vecino que los necesita.

Y él la cela a veces desde el patio.

Agustina lo sabe; no sabe cómo, por qué prodigio, pero ella lo presiente vigilándola desde la oscuridad cuando se desviste en las noches, y baja la persiana; y, sin embargo, apenas le contesta Silvestre cuando le pregunta ella las cosas, sólo por hacerle hablar.

Esa tarde que lo vio acurrucado con todo su cuerpo desnudo en un rincón del patio le nació a ella esa luz nueva, ¡loca!, ¡ciega!, de madre nueva, con el dolor.

Como lo quiere Carlos, aunque sin él.

Que no debería aceptar ella eso, por su marido, aunque lo haga por él; porque no puede haber dos luces en el mismo sitio, y la luz legítima está allí para siempre; la quiere así, entera y sola; y la otra, la luz intrusa, no es nada ni llega tampoco a disputar nada, sino que se mete y no es de ahí. Y una lo sabe. Pero le llega con ése su claror de luciérnaga (porque no es más) a linternazos tímidos, ¡insignificantes! Y una no sabe cómo detener esos destellos, no sabe dónde atajarlos; y una ya está tocada por el encanto y no sabe si creer que le llega, en verdad, por la Providencia y para completar la luz grande, fija, la luz de siempre, porque todo eso es tan huidizo y tan liviano y tan brujo que una no sabe siquiera si existe lo que esta viendo, lo que está oyendo en las noches, aunque es verdad que se mantiene el brillo en el fuego del tiempo y pelea su sitio dentro.

Ella estaba desconcertada con eso, y molesta, culpable, dolida sin tener por qué, sin poder culpar de eso a nadie; ¡a Silvestre no!; ¡a Carlos, menos!

Era un embrujo.

No había la intención clara de hacer nada, sino el espacio, el ámbito, para una posibilidad que ya había ido ocupando su sitio, y que no se dejaba desplazar; tenaz; dura; ¡inextinguible! esa lucecita, turbia, movable; que podía estar sostenida hasta por Carlos, su marido, a través de algún santo...

Y llegó aquella tarde Carlos.

Se sorprendería de encontrar aquel calor que no había dejado en casa al irse al mediodía, seguramente, y que ella no supo, no pudo, dominar; él preguntó, porque a él le gustaba preguntar cosas, y le gusta todavía, aunque no diga nada suyo.

Acaso porque no puede.

Y tenía que salir después.

¿Después de cenar?...

Carlos tenía que ir aquella noche a una reunión de ingenieros.

Cenaron en la paz, y ella lo despidió con un beso caliente, y recogió la mesa, fregó los platos y ya no había nada más que hacer, porque no había un hijo que reclamase su atención, y la televisión es invisible, por lo mala.

Se sentó a leer el periódico.

Saltó lo político, se entretuvo con los espectáculos, pasó luego a los deportes y llegó a los sucesos, que a ella le atraen; pero los salta por disciplina, porque sabe que con el dolor ajeno se sufre y no se aprende.

Se sintió esa noche muy cansada. Y era temprano. Se iba a bañar minuciosamente, como hacía siempre que tenía que esperar a Carlos. Eso, el agua fría, la despertaba. Además, la excitaba un poco. Todo eso era para él. Ella misma se reía de incredulidad pensando cómo cuidaría ella a su hijo, si lo tuviera; porque la luz de esa tarde estaba ahí otra vez. Debería dejarse ganar por la fe de Carlos, que cree que todo lo que ocurre es por aliento de Dios, y no por la ineficacia de la nada, que la nada no existe. Pero no puede.

Carlos sabe que su propia mujer no cree, que no alcanza a ver más allá de lo que le está rodeando.

Y él reza por ella sin decírselo. Agustina lo sabe por las vías secretas del amor; sabe que Carlos sigue buscando el hijo que tanto necesita, aunque últimamente lo mencione tan poco.

Ella llega hasta a pedirse a sí misma que le alcance el amor que le tiene para llenar esa necesidad de su marido.

Ella se ha terminado de secar lentamente, como le gusta, y se ha empolvado, y se ha puesto dos gotas de perfume, fragancia de rosas, que le gusta tanto a Carlos; por amor. Y sin nada más que eso sobre su cuerpo se cubre con una bata, que es un poco gruesa para el día, por el calor, pero que está hecha de una franela que le gusta sentir sobre su cuerpo en la noche al acostarse, para que Carlos se la quite, y le empiece a besar los senos y el cuello, y las orejas poco a poco desde abajo, y quedar luego los dos dormidos con sólo dejarse caer en el vacío.

Hubiera podido acostarse aquella noche con esa sensación y dormirse.

Pero no podía dejarse llevar por el cansancio cuando aún era temprano y cuando Carlos estaba al llegar y la necesitaba, como lo necesitaba ella esta noche en que había nacido la luz intrusa, una tentación que ella sabía que había que rechazar, por él, por Carlos, y para él, porque sólo así tenía sentido el mundo del hombre que quería, y quiere, ella para siempre, por su voluntad, por la palabra.

Podía coger un rato la novela que estaba leyendo Carlos desde hacía un mes, y que no tenía tiempo para terminar porque ¡ella no lo dejaba! Iba a continuar desde la señal que había hecho Carlos, aunque ella no había leído antes una línea, y era para probar si podía partir desde donde había dejado su marido y entenderlo todo. ¡Una locura! Y para que él continuase leyendo a partir de esa marca que dejaría ella en el libro. Porque ellos se querían, y se quieren, y se entienden bien. Debería ser así.

Dos corazones y dos cabezas hechos uno solo.

Comenzaba el capítulo con alguien que estaba arrepentido de un robo que había hecho siendo joven. Eso se entendía sin haber leído las páginas anteriores, aunque quién sabe las nuevas ideas que le hubiese despertado este relato entonces si hubiese tenido los antecedentes del ladrón y su familia, que entonces no se podía imaginar.

Nada de lo que pasa está perdido para siempre, ni nada de lo que se esté haciendo dejará de verse en el espejo mañana.

Este mundo es así.

Y tuvo sueño, porque leer en la noche siempre la ha puesto a dormir. Pero siguió leyendo aun sin entenderles todo el sentido a las palabras, sabiendo lo que iba a pasar, porque estas novelas terminan siempre como uno sabe. Y era así, unas palabras detrás de las otras, en hileras que iban y venían, o al revés, porque es lo mismo. Y se le fueron deslumbrando por la luz los ojos, sabiéndose encandilada. Fue cuando sonó el timbre. Ella se levantó pensando que por qué no abriría Carlos con su llave. Y se fue a abrir, y abrió la puerta, y no era Carlos, sino Silvestre, quien venía a buscar la lata, como otras veces, aunque nunca le había llegado Silvestre tan tarde; lo hizo entrar, y ella lo vio pasar hacia la cocina, grande, ancho, con una cabeza lanuda y negra; luego le entregó ella la lata que estaba en el aparador, y él la cogió con sus manazas y esos brazos musculosos, bien hechos, y con un cuidado que no parecía de ese cuerpo ni de esos ojos centelleantes. Luego ella llegó hasta su habitación, buscó en el portamonedas en el cajón de la mesilla y lo llamó, llamó a Silvestre, y le dijo que entrase, que pasase dentro. Silvestre se quedó en el hueco de la puerta y la miró desde sus dos ojos grandes, brillantes, que a ella le parecieron inteligentes, y que ella los estaba viendo fijos en su carne, porque la bata, aunque la había cerrado cuidadosamente en los muslos, estaba abierta en el pecho, sin querer, y ella, que estaba sentada sobre la cama, le dijo que entrase, que por qué no entraba, a ver si eso le daba pena. Él se sonrió avergonzado, pero se movió hacia adelante con esos sus pasos anchos y abiertos, de marino, que tenía, y tiene, Silvestre cuando anda en tierra, con las manos medio inmersas en los estrechos bolsillos delanteros del pantalón y moviendo todo el hombro como si le hubiesen cargado encima algo pesado que no se ve, y le llegó delante de los ojos la bragueta, muy cerca, y olió ella a gallina y a boñiga caliente, mientras comenzaba a contar nerviosamente las monedas, que las sintió frías; sabiendo ella que Silvestre le estaba viendo desde arriba, desde por encima de su cabeza, los pechos empolvados, y seguramente oliendo (con aquellas aletas de su nariz roma y ancha moviéndose para sorber ansiosamente el aire) el perfume. Ella no hizo nada para evitarlo, ni otra cosa, aunque se le abriese entonces la bata por las piernas, ¡cómo se le abrió!, y sólo le quedó protegida la cintura, porque ella misma se veía el ombligo, que, por la juventud, que sólo tenía, y tiene, 32 años, y porque no había tenido aún un hijo, la tenía, y la tiene, aún, estrecha. Es cuando ella le dio a Silvestre los siete bolívares veinticinco de los huevos que le debía de la víspera, y él, la mano de Silvestre, los recibió, sí, porque ella siguió la huella de sus manos, pero Silvestre no los guardó en su bolsillo, ni se volteó para irse con ellos en la mano, sino que los dejó, ¡atrevido!, sobre la mesilla y regresó a ella, y no la miró siquiera a los ojos, sino que se agachó y le soltó el lazo de la bata, sentada ella, como estaba, y la sujetó entonces con sus dos poderosas manos por las axilas, que fue cuando ella sintió por primera vez esas manos ásperas y grandes sobre su carne, una conmoción, y la levantó hacia sí; a ella se le deslizó por sí sola a lo largo de su cuerpo, rozándole las nalgas y las pantorrillas, la bata pesada sobre la alfombra, sin ruido; Silvestre la midió contra su cuerpo (que ella lo sintió duro y poderoso en las ropas) con sus dos manos sobre las nalgas, para ver si ella protestaba, ¡atrevido!, que ese niño, ¡ese hombre!, a pesar de todo, no estaba seguro de nada, porque eso se siente en seguida, y solamente después de que ella se abrazó a él por la espalda y por el cuello y por el chicharrón de la cabeza grande, sólo entonces se atrevió él a levantarla en brazos y a depositarla sobre la

cama, que ya estaba abierta; y se fue sin decir nada hacia la puerta; ¡qué angustia!; y no se fue del todo, sino que cerró la puerta y apagó la luz; ¡no vio nada!... Y comenzó a sentir, como colgados de aquel olor a boñiga caliente y a bollo de maíz, los mil pequeños matices sonoros: los roces, las rebeldías de los botones, los pies cuando salen de los tubos del pantalón, y luego la caída de los zapatos, uno, otro, sobre el piso de granito, ese silencio auspicioso, recogido, mágico, de la iniciación, y el vuelo de la ropa y el golpe contra la silla de la hebilla del cinturón; luego, en el instante, se hundió la tierra, el jergón; ella no se asustó con todo eso, sino que esperó que terminase, al fin, de llegarle aquel cuerpo, y le llegó; porque todo llega; absolutamente todo; y se sintió sorber, le sorbieron aquellos labios en el dolor de sentirse, y de la mano, en un laberinto secreto en el que desapareció, sabiendo, dos, tres veces, alcanzando hasta donde nunca había llegado con Carlos antes; sintiendo a ráfagas cortas esas sus dos manos grandes de Silvestre, dos garras, en los muslos, en los pechos, y luego ese aliento jadeante, caliente, húmedo, en los pechos, en los muslos, para terminar muriéndose con el sol húmedo, enloquecido, caliente, abriéndose, abriéndose, un camino por donde se supo atravesada por un dios incandescente que se fundió como un plomo, como una cera, como una arcilla ardiente; algo muy remoto y vivo que regresaba desde su viejo camino de barro.

Como se sentirá la tierra, que parece fría y muerta, cuando le prende en sus entrañas de madre una semilla.

Después no lo sintió irse, sino que se quedó ya en la plenitud, en la paz, en una vela dulce, casi inconsciente.

Despertó a la razón con el cuerpo al lado.

Ella no se movió, ¡no se atrevió! Esperó, esperó, en un vértigo, sin poder hilar una idea. Extendió instintivamente su mano para comprobar si estaba el dinero sobre la mesilla, y sintió el mármol frío, sin nada encima. Lo podía haber guardado Silvestre en su bolsillo antes de dormirse junto a ella. No se atrevió a más, y esperó; cada vez más despierta, más viva, más culpable, y, sin embargo, sin la voluntad de hacer, sin la fuerza de despertarlo y decirle que se fuese, ¡pronto!, ¡que podía llegar su marido en cualquier momento! Pudo, al fin. Ella lo buscó en algo que no fuese muy íntimo, en el hombro, y lo tocó, y le dijo: "Silvestre, Silvestre"... Él se movió. Y, ¡lo que no esperaba!, prendió la luz de la mesilla: "¿qué pasa, mi amor?"...

¡Era Carlos!

Ella se dejó caer y dijo, no sabe qué sueños, ¡asustada!

Él apagó la luz y se volvió a dormir.

Ella no.

Ya no se atrevió ella a moverse.

Esperó así, despierta, desvelada, hasta la mañana, y se levantó, culpable, y se fue de puntillas a la cocina, como un ladrón: la lata de los huevos estaba todavía allí.

La novia

Serapio era solo.

Tenía vecinos que le llegaban a platicar mientras trabajaba; algunos jóvenes, una vieja que otra, alguna muchacha; de todo lo que hace Dios. Pero los domingos se olvidaban de él.

Era tan fácil.

Y a Serapio le pesaba mucho la soledad; era como estar muerto entre los vivos.

Serapio tenía la cabeza un poco grande, pero no era feo. No es que fuera alto, ni fuerte, pero tampoco era torcido; sin embargo, y a pesar de las ganas, no había tenido oportunidad de probar mujer. Había pensado más de una vez escribir una carta a don Sergio, a España. Había pensado en don Sergio, que era tío suyo porque era hermano de su madre. Tenía que haber en el pueblo chicas buenas y bonitas, y enteras, que quiere decirse que nuevas, sin conocer hombre, que seguramente estarían contentas de dejar los ordeños y el arado y los fríos para venirse al calor de América. Pero lo iba dejando, dejando. No por nada, sino porque no le salían las palabras (cuando escritas) una detrás de la otra, como a otros. Hasta que supo que había en la ciudad una mujer que escribía cartas, y decían que muy bonitas, por tres bolívares. La buscó un domingo por la mañana. La mujer vivía en uno de esos patios donde se reúnen varias familias y muchos hijos para pagar (o dejar de pagar) juntos el alquiler. Era, la señora, una vieja repintada y vestida con una bata roja con flores negras; hizo sentar a Serapio sobre la cama, porque no era pieza para más, y le preguntó que qué quería decir a su padre. Serapio le dijo que no, que no era su padre, que ya estaba muerto. Entonces, ¿quién era el padre Sergio? Ese era su tío. ¡Era la primera vez que el tío de uno era su padre! Es que era Padre porque era cura. ¡Ah! Y comenzó por el nombre y la dirección, que luego ella leyó en voz alta, para (como dijo) escribir tal cual lo iba diciendo Serapio; aunque, eso sí, más bonito.

Serapio dijo que era eso lo que quería.

Luego preguntó ella que qué quería decir al cura. Serapio lo tenía todo pensado muchas veces, y le dijo que lo que quería era decir a su tío que estaba bien, que ya estaría enterado por los hermanos que se había muerto su tío Manuel por Corpus, y se había quedado él, Serapio, con la zapatería; que a veces se sentía muy solo y que necesitaba mujer...

– ¡Para eso necesitas del cura!... –y la vieja se le quedó viendo.

Le dijo Serapio que sí, que su tío conocía a todas en el pueblo, y podía conseguirle una que fuese buena y no muy fea, y nueva, como él, que eso era importante; que, además, tenía que ser alguien que quisiese venir a tan lejos... La mujer le interrumpía de vez en cuando, porque Serapio decía las cosas muy atropelladas...; que la iba a cuidar, que eso era cosa de él, de su sobrino, y que el Padre Sergio le conocía el genio muy bien, porque aunque ya hacía dieciséis años que no lo veía, seguía siendo el hijo de su hermana...

Luego Serapio se calló.

– ¿Está todo?

Serapio dijo que sí, y preguntó a su vez a la mujer si había puesto todo lo que acababa de decirle. Así fue como ella leyó la carta; muy bonita, con la despedida de "le besa su mano" y todo, porque ella insistió en la fórmula, "aunque el cura sea el tío de uno"; luego, se la metió en un sobre de avión y le puso la dirección con una letra de molde bonita.

Eso sí, le cobró el papel y el sobre aparte.

Serapio se llevó la carta a la zapatería, porque no hay servicio de correos los domingos, y la envolvió en papel de periódico para que no se manchase con el sebo que había en el cajón. Hasta el lunes. Y el lunes cogió el autobús, llegó hasta Carmelitas y la puso en el buzón de la Oficina General de Correos él mismo.

Así es como Serapio se quedó esperando las noticias.

La carta de América llegó bien a Tendida, el pueblo. Estaba don Sergio leyendo su breviario en la sala cuando se la entregó Ramona. Y el cura, que ya andaba por los ochenta, hizo zamarramente tiempo para que se terminase de ir el ama, porque a esa mujer le gustaba estar en todo, y siendo que la carta venía de América, se lo dijo el cartero, más todavía. Luego don Sergio la leyó. ¡Este diablo de sobrino le había salido listo, y prudente; había que ver cómo sabía pensar y decir las cosas! Y se guardó la carta en el bolso interior de la sotana para continuar con la lectura del día; quiere decirse que el buen Padre Sergio lo intentó, aunque ya tenía a su sobrino tan sentado en su cabeza que le tuvo que escuchar de su suerte, de sus negocios, y lo vio tal cual lo estaba pensando, de traje y zapatos, derecho como su hermana, que en paz descansa, y con los ojos grandes, la nariz redonda y carnosa, de muy buen color, y le vino a la memoria su cuñado Antón, el padre de Serapio, y lo vio trabajando la tierra, sudando, honrado como un pobre, y pensó lo mucho que se alegraría saber que Serapio le había salido un americano. Ahora, por designio de Dios, iba a poder hacerle un servicio, seguramente el último; en verdad, el primero, porque nunca, desde que se fue Serapio con un hermano de Antón, supo del muchacho, hasta ahora. Se esforzaría en pensarlo como lo hubiese querido su hermana, *requiescat in pace*, y buscarle una novia, ¡no faltaba más!

No dijo nada a Ramona; se quedó con el lío para él solo.

La decisión llegó una semana después; no sola, como él quería, sino con el cuchareteo de la Ramona, como siempre. El primer paso de avisar a la madre de Vicenta Camino, huérfana de padre, diecinueve años, dos pechos como dos globos, las piernas derechas y largas, también lo dio Ramona. Pero quien habló luego, cuando recibieron a Julia, la madre de Vicenta (¡hasta ahí podían llegar las cosas!), que eso fue un jueves por la tarde, fue él, don Sergio mismo. La viuda era mujer todavía joven, fresca, hasta hermosa; de algo le venían a la hija aquellos materiales; don Sergio la conocía desde que la bautizó él mismo con sus manos, y después la casó él, y no mal casada, con Aureliano Camino, quien tenía buenas tierras de trigo y de cebada, casa de piedra labrada en la calle San Pedro y dos pares de mulas; y con todo y conocer bien a Julita, como la llamaba don Sergio, no se atrevió a hacerle la proposición al tiro, como si se tratase de venderle un ternero, sino que comenzó hablando del mundo, de cómo estaba todo corrompido, hasta con citas en latín, porque lo que el cura andaba buscando era un camino, y ahí, por

ese sendero, alcanzó América, donde, ¡casualmente!, tenía un sobrino, el hijo de su hermana Eulalia...

Total, que Julita dijo que sí; la madre no sólo se dejó vender bien, por la confianza, sino que compró el ternero de leche al precio de toro semental, y de raza, hasta por más de lo que el Padre Sergio hubiese podido soñar hasta para un americano.

Pero (y don Sergio se dio cuenta a tiempo) la cosa no era todavía pan comido, porque aun había que llevar la harina al agua y a la sal de la artesa de Vicenta, la novia; y hasta su poca de levadura haría falta; aunque, a Dios gracias, ¡y Su Providencia tiene mil caminos!, para eso estaba la Ramona.

Y a todo esto, Serapio sin saber nada.

Hasta que llegó una carta de su tío cura pidiéndole, ¡de golpe!, una fotografía. Serapio tenía una, pero de hacía ya diez años y de pantalón corto y con su tío Manuel al lado, y muy poco a propósito para conquistar una novia. Pensó en sacarse una nueva aunque le costase cincuenta bolívares. Se fue a casa de Pepe el retratista, que era un paisano que había estado en el entierro del tío Manuel. Don Pepe lo atendió como se merecía la ocasión, y más, porque le previno que no se podía mandar el retrato de un americano, y menos un americano que se va a casar, sin sombrero y sin chaleco. Llamó a su mujer. Entre los dos lo vistieron de cadena, leontina y todo, como a indiano.

La fotografía misma salió tan buena que ni el telón de fondo, que representaba un edificio moderno y unos jardines donde estaba Serapio de pie, y tieso como una vara, parecía de papel.

Serapio se presentó el viernes mismo a la vieja que le escribió la carta, "doña Eugenia", y le contó de su éxito, y le señaló la carta y la fotografía. La mujer se alegró, porque no había (como decía ella) nada mejor que saber que el trabajo de una era capaz de un bien así. Y se pusieron a pensar la carta entre los dos. Con cuidado. Luego, la mujer la fue escribiendo con esa seguridad desafiante que da el triunfo. Tanto, que hasta dijo a Serapio que le dejase aquello enteramente por su cuenta; porque se iba a ocupar ella misma, doña Eugenia, de buscarle luego un sobre grande, donde cupiese la fotografía, y que ella misma iba a ponerle la carta certificada; ¡tenía que ser certificada, si no, se podía perder! Serapio le dejó un billete de diez, por si acaso.

En Tendida todo fue muy bien: más que bien: ¡de perlas!

La carta de Serapio, con la fotografía, llegó como un zambombazo. Reventó primero en la casa rural. Ramona corrió con el retrato a la casa de los Camino, y a todos, hasta a Vicenta, que es a quien estaban apuntando desde Caracas, les acertó el tiro en la mera mitad. La verdad, que ni Vicenta, ni Julia, ni siquiera Ramona, quien era la que había pintado la ocasión de todos los colores, se había imaginado nunca, de ver la cara apergaminada de don Sergio, que tuviese un sobrino como aquel joven guapo que estaba despechugado y deportivo sentado sobre un coche descapotable color azul cielo.

Y así, como lo quiso el Dios de don Sergio, porque en todo esto andaba, sin duda, la Divina Providencia, se fue formando en el pueblo un ambiente mágico en que casaban

con naturalidad todas las ensoñaciones; y carta va y carta viene, se fijó, por fin, la fecha de la boda por poder.

Serapio estaba transformado: se bañaba y se afeitaba todos los días, y olía a desodorante como un demonio; había limpiado él mismo, poco a poco, la zapatería y estaba echando flit por los rincones y por los huecos de las paredes, por donde salían las arañas. Y quitó bien el polvo a los tres bombillos que tenía en la pieza: uno en el rincón donde tenía la cocina, otra lámpara para trabajar él, a la altura de sus ojos, y el último bombillo en mitad de la habitación, que Serapio sólo encendía en las noches cuando había gente. Puso también los recortes de cuero acomodaditos en un rincón, detrás de la puerta; pintó su mesa de zapatero con un color añil que le pareció, pensando en su novia, muy bonito; le cambió el colchón a la cama, que era de hierro con bolas de cobre en las dos puntas de la cabecera, y pintó también, no toda la pieza, que no tenía tiempo para tanto (porque ahora tenía que reunir para los gastos), pero sí el ángulo de la cocina, que estaba cubierta con una cortina roja, y que es donde tenía el lavamanos y una cocinilla de kerosén.

Todo eso y más fue haciendo Serapio durante aquellos días de fiebre. Tanto, que casi enfermó, porque le estaba costando dormirse; hasta había dejado de comer como tenía costumbre, y había comenzado a preocuparse por cosas que no le importaban antes: la ropa que iba a vestir, las flores que le habían dicho que tenía que llevar al puerto. Todo eso. Pero luego que hizo lo que pudo se miró en el espejo que tenía en la balda de la cocina, repasó todo lo que había hecho en la pieza, lo miró con ilusión, y le pareció muy bueno.

Como debió parecer a Dios este mundo cuando lo hizo.

En Tendida no se sale para América como para cualquier otra parte. A Vicenta la fueron despidiendo por turno, casa por casa; con comidas hasta el anochecer, con cenas hasta la madrugada; con cohetes; y la ceremonia de la iglesia, con otro sobrino del cura en representación de Serapio, fue de las que no se olvidan más en el pueblo. Don Sergio habló muy bonito; muchos lloraron de la emoción; y Vicenta, que estaba que se le iba la sangre a los pies. Luego del banquete y los regalos y los bailables de la charanga, por fin, le hicieron las maletas. Pero cuando aquello subió al tope de todo, como un sobrado, fue en el momento de la despedida. Era anochecido cuando llegó el autobús de línea de la capital; los tres músicos del pueblo arrancaron con el himno nacional; los ojos de don Sergio parecían de vidrio mojado; doña Julia lo vio todo entre lágrimas, como a través de un mar. A tanto llegó, que ni a los pasajeros del autobús, a los que sorprendió esta fiesta, ni al chófer mismo, se les ocurrió protestar por la demora en la parada.

Más bien parecían conmovidos también por la despedida.

Y después de doce días largos de mar y mar llegó el barco a puerto. La Guaira estaba caliente como un horno. Ella, Vicenta, estaba sudando, pero bonita, de blusa blanca, con un bolso negro en la mano, apoyada en la baranda; asustada; y miraba, miraba, sin ver; lo que había en el muelle era un gentío, un mar de cabezas ruidoso y caliente; y no terminaba de ver a su novio, ¡a su marido! Envidiaba a la gente que se abrazaba con alegría y con las palabras ya antes de poder tocarse, porque eran el uno del otro desde

antes. Estaba mareada, hacía mucho calor, todo estaba blanco de sol. A lo mejor era por eso que se sentía tan tan mal que le costaba respirar este aire que olía a salitre y como a café. Fue cuando alguien le tocó discretamente el hombro, y fue una voz que dijo en tono emocionado: "Vicenta". Ella volteó de un salto, porque no supo más despacio, y no supo qué decir, porque era Serapio, tal cual, aun más guapo que en la fotografía; y él la besó en los labios y ella no supo. Él cogió su bolso y la agarró del brazo y bajaron los dos la pasarela sin apenas dar tiempo a que le revisaran el pasaporte.

Vicenta se acordó de pronto de las maletas.

Pero ya estaban caminando fuera del muelle y él diciéndole, mientras la empujaba suavemente dentro del coche, que era de aquel azul tan bonito de la fotografía, que no se preocupase, que lo de los bultos era cosa del día siguiente. Vicenta se dejó sentar como borracha, por el calor, seguramente, y ¡también por la emoción de encontrarse con un desconocido que era su marido! Pero arrancó el coche, velozmente, y, cosa extraña, con eso sólo, con verse fuera del puerto, se tranquilizó. Ya el susto había quedado atrás, en el pueblo, en el barco, en el muelle.

Le regresó el miedo cuando se detuvo el coche frente al hotel.

Vicenta no dijo nada; fue él quien se adelantó a explicarle que aquello no era la zapatería, sino que primero tenían que comerse la luna de miel en este hotel. Subieron a un primer piso por unas escaleras de cemento feas; él con el bolso negro en la mano, ella agarrada de su brazo y llevándole el paltó; como si ya estuviesen casados, ¡y era verdad! El cuarto, cuando entraron, le pareció a ella pequeño y oscuro. Quiso decir algo, pero no se atrevió a voltear, porque sintió a Serapio desnudándose; ella se asustó y lo esperó y lo presintió (¡aterrorizada!) cuando se le estaba acercando por detrás, y no pudo sino dar un brinco cuando le llegó a pasar los brazos por la cintura; él la besó luego en el cuello, que fue cuando comenzaron aquellas manos a desnudarla, desde la blusa, que era una blusa blanca sin mangas, hasta el sostén y luego la falda y todo sin atreverse ella a mirarlo siquiera, porque no podía, porque no le alcanzaban las fuerzas; hasta que él ya no tuvo nada más que quitarle y la levantó en brazos, que es cuando ella le vio la cara, y lo demás, porque estaba desnudo.

Vicenta no podía oírlos, porque no estaba por oír nada en este momento, pero alguien que estuviese desocupado hubiese escuchado en el cuarto contiguo los ruidos de aquel jolgorio; y era que había tres hombres turnándose en un como miradero (un hueco pequeño de vidrio) y explicando con señas lo que veían por vez.

Luego se fueron calmando los ruidos en el cuarto.

Cuando se despertó Vicenta, ya era mañana; aunque todavía temprano. Buscó a su marido a tuestas, pero no estaba; no se movió, sino que se quedó así, aletargada, un rato, había comenzado a entrar la luz. Y esperó. Así fue viendo más y más de la habitación, como si alguien le estuviese alumbrando poco a poco desde la ventana. No le gustó, porque todo, hasta el piso, estaba sucio. Se levantó, y se puso primero los zapatos; le daba asco aquel cemento sucio; no hacía frío; aunque estaba desnuda del todo, porque el camión se le había quedado en la maleta; ¿dónde se habría ido Serapio a aquella hora?; comenzó a vestirse, y se arregló con lo que tenía en el bolso; se peinó; rezó un Avemaría,

como hacía siempre al levantarse; y abrió la puerta porque sí; el pasillo le pareció estrecho y feo, como si nunca hubiese entrado por ahí; volvió a cerrar la puerta con susto; no se atrevió a más; a preguntar por Serapio, por ejemplo. Se puso a buscar sus cosas en el bolso, que algunas eran recuerdos de amigas y de su madre, y a mirar los papeles. Pero el tiempo daba para todo, porque no regresaba Serapio, ni tocaba nadie la puerta de la habitación tampoco. Fue cuando pensó que podría salir del hotel y ver algo de la ciudad. ¡Cómo no se le había ocurrido antes! Tomó el bolso, salió al pasillo, y bajó un poco apresuradamente las escaleras sucias pintadas de azul; salió a la calle casi corriendo, y tropezó con un ruido infernal de cornetas y pitos y una hilera quieta y trepidante de coches, y una luz que encandilaba; Vicenta se asustó y estuvo a punto de regresar al cuarto.

Pero se dijo firmemente que debía preguntar en el hotel por su marido.

Había una muchachita limpiando el piso de la entrada, que era un embaldosado rojo con un mostrador donde quedaban todavía algunas botellas vacías de la víspera. La niña no había visto bajar a nadie. Vicenta no se fue, sino que se sentó en un sofá destripado del recibo, y esperó hasta que salió una mujer gorda y greñuda, y le preguntó qué quería. Vicenta le dijo si había visto a su marido. ¿Quién era su marido? Serapio Vallejo. ¿Qué tenía ella que ver con Serapio Vallejo para recordarlo? Vicenta le explicó que ella y su marido habían alquilado un cuarto en el hotel, y que esta mañana ya no estaba en la cama, que había salido; y a todo esto eran las doce...

– ¿Le pagó él?

Vicenta le dijo que Serapio seguramente había salido a comprar algo, y regresaría, claro, a pagar el hotel.

– Bueno –le dijo ya con la grosería–, ¿en qué habitación estuvo durmiendo usted?

Vicenta le dijo dónde: en la primera habitación entrando en el primer piso.

– Ah, la del miradero –dijo, y luego se rió; Vicenta no sabía de qué.

Entonces la mujer se le sentó al lado. Ella, Vicenta, le estaba viendo la pintura cuarteada en los labios, los ojos chorreados, los pelos quemados y de por lo menos tres colores, los dientes amarillos. Luego le dijo la fulana: "Usted es nueva, ¿verdad?" Vicenta dijo que sí, que acababa de llegar por barco el día antes. "No, eso no –dijo ella sonriendo–, pero no importa, porque ya sé con eso que es nueva." Y trató de tranquilizar a Vicenta. Se ocupó de ella desde entonces con un amor que nadie que viese aquella facha podía suponer dentro, en aquel cuerpo.

Vicenta se lo contó todo, como era.

La mujer le dijo que la esperara. Vicenta esperó más de una hora, hasta que salió ella vestida con unos dorados relucientes, mucho más linda. Cogió a Vicenta del brazo, la empujó suavemente y salieron a la calle. Montaron en un taxi y llegaron a la dirección que Vicenta tenía de Serapio, que es donde estaba la zapatería, en un entresuelo que respiraba y veía por un hueco a la altura de la calle de tierra, muy retirada del centro de la ciudad. Y cuando la mujer llegó a la puerta (con Vicenta siempre detrás) la tapó con su humanidad reluciente, agarrándose los dos lados del dintel, y dijo:

– ¿Serapio Vallejo?

Serapio se levantó con susto y dijo con la cabeza que sí.

– ¿Usted espera a su esposa? –dijo la mujer, y Serapio, que estaba con un zapato en la mano y la boca llena de clavos, no supo ya cómo ponerse, y tardó en hablar, y cuando habló, dijo (y aunque no se parecía a la Vicenta del retrato):

– ¿Es usted?...

– No, pero se la traigo... pase m'hija...

Serapio dejó el zapato, escupió los clavos en su delantal azul, y dijo atropelladamente, mientras se frotaba las manos, que él había estado en el muelle, hasta con flores, a recibirla, y que ella no apareció, porque no la encontró por ningún lado...

– Pero le voy a decir una cosa –le interrumpió la dama que había en aquella mujer, ya con Vicenta, asustada, a su lado y a la vista de Serapio–, que esta mujer, su señora, ha andado perdida por esas calles de Caracas, y yo le di habitación, y está muy asustada y todo eso, ¿comprende?...

Serapio estaba blanco. Vicenta estaba de un bloque, desamparada, como piedra. Y la mujer añadió, ya con la actitud de subir los tres escalones que había hasta la calle:

– Trátemela bien.

Indice

VOLUMEN I

Introducción, *por Iñaki Beti Sáez*

Fracaso
El hombre se calló y dijo
El agua corre río abajo
El cacho
Punto y aparte
El día de playa
El cielo tiene un roto de azulillo
Un real de sueño sobre un andamio
La luz se apaga al amanecer
La semilla vieja
La llegada de Engracia
El asalto
El espía
El hijo
La novia

VOLUMEN II

El regreso
De la niebla – Las manos grandes de la niebla
De la arena – El latido
De la sal – A la voluntad de Dios
Del barro – El turno
Del asfalto – Los hierros de Guanoco
De la madera – La carga del cedro muerto
De la perla – El cabo de la vida
Del aceite – La alcantarilla
Del cemento – La trampa del cemento
Ha nacido el Niño Jesús
Las tres caras de Dios
Prólogo
El mar es una orilla muy larga
El presente
Los gitanos
Rosa Chacón